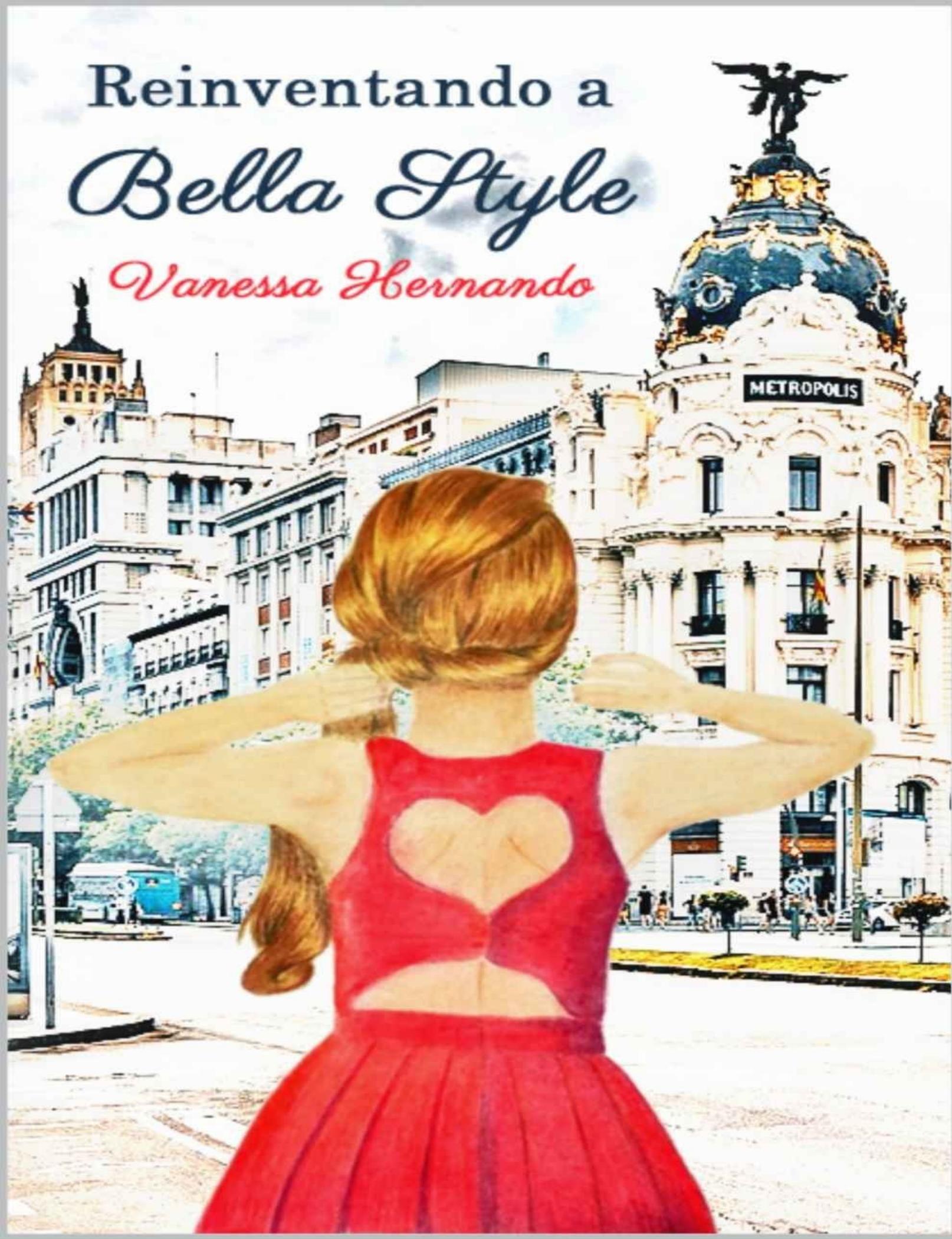


Reinventando a
Bella Style

Vanessa Hernandez



Reinventando a Bella Style

VANESSA HERNANDO

Copyright © 2019 Vanessa Hernando Cabero

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781699223994

El fracaso es la oportunidad de comenzar otra vez con más inteligencia.

Henry Ford

Capítulo 1

Estoy sentada en el despacho de mi madre, un espacio amplio y blanco con detalles en gris en el que nunca falta un ramo de flores frescas. Hoy huele a las rosas blancas con mimosas que tiene en un jarrón de diseño. Sobre su escritorio enorme y blanco brillante, siempre perfectamente organizado, tiene el último número de varias revistas de novias, el catálogo de la última colección nupcial del diseñador de moda entre las famosas y una carpeta blanca con ribetes dorados que contiene algunos de los secretos mejor guardados. María Elena López de la Calle, conocida en el mundo de las Wedding Planners^[1] como Mariele, es una de las organizadoras de bodas más importantes del país y, sin duda, la más solicitada de Madrid. Quizá por eso llevamos aquí más de media hora repasando *la agenda blanca* y devanándonos los sesos para cuadrarla con mi agenda profesional y su planning demasiado plagado de citas con novias de la alta sociedad madrileña como para hacerle un hueco a su propia hija.

Hemos tenido la misma pelea desde que Fede se arrodillo en Numa Pompilio hace ya casi un año y deslizó en mi dedo anular izquierdo un maravilloso anillo de compromiso de oro blanco y diamantes que me hizo saltar de mi silla y lanzarme a su cuello dando grititos de emoción que llamaron la atención de todos los que teníamos alrededor. La nuestra prometía ser una boda sonada y mediática, en mi mundo todos esperaban el día en que Fede y yo nos diéramos el *sí quiero*. Por no hablar de lo mucho que lo deseaban mis seguidores. El video de la pedida tuvo más aceptación de la que esperábamos, más de dos millones de reproducciones solo en mi cuenta de Instagram.

Por si te lo preguntas, sí, todo el tema de la pedida estaba planificado al detalle: desde el restaurante que elegimos hasta el más mínimo gesto. Incluidos esos grititos emocionados por los que, aunque quede mal que yo lo diga, deberían darme un *Oscar*. Todo en mi vida lo está, por eso me cuesta tanto encontrar un hueco en mi agenda y me fastidia sobremanera que mi madre no haga el esfuerzo de encontrar uno en la suya que encaje con la mía. He perdido la cuenta de las veces que he puesto los ojos en blanco y mirado el reloj con impaciencia para no repetir que tengo una cita en menos de una hora en la otra punta de la ciudad. Mi madre sigue dando vueltas a las hojas, murmurando sobre si mover tal o cual cita para tener tiempo de acompañarme a elegir mi vestido de novia de entre los diseños de nueva colección que una prestigiosa marca ha tenido a bien regalarme para mi gran día.

—¿Crees que con una hora será suficiente?

Había concertado la cita con el diseñador en mi oficina, a pocos metros de la de mi madre, previendo lo que pasaría. Ella no va desperdiciar ni un minuto de más de su valioso tiempo conmigo, a pesar de que va a cobrarme por sus servicios igual que al resto de sus clientas y de que, evidentemente, soy su hija. No estoy segura de que una hora sea suficiente, pero es lo máximo que conseguire sacar de la organizadora de bodas más solicitada del momento según Vogue Novias. Y, desde luego, más de lo que sacaré de mi padre. Él está demasiado ocupado en el consejo de dirección de su gran empresa como para ayudar a su única hija en algo tan importante para ella. Anoto en mi agenda que debo avisar a su secretaria para que no cierre ningún compromiso para el día de mi boda.

Sí, mi padre es capaz de perderselo, ya lo hizo con la ceremonia de mi primera comunión y gran parte del banquete, con casi todos mis cumpleaños, mi graduación del instituto, de la universidad... Siempre tiene mejores cosas que hacer y muchísimo más importantes que cualquier cuestión que me incumba y no me apetece buscar un sustituto de última hora que me lleve al altar o hacer sola el recorrido por el pasillo de la iglesia que hemos escogido para contraer matrimonio. Son mis padres, soy su única hija, debería hacerle ilusión que pase por la vicaría.

Dejo *la agenda blanca* en el despacho de mi madre con la vaga esperanza de que le eche un vistazo y cuadre alguna cita más por su cuenta, además de ayudarme a pulir detalles de nuestro proyecto conjunto —que en su mayor parte estoy desarrollando por mi cuenta —que, con suerte, verá la luz en un par de meses y llenará estantes en librerías. ¡Todas las novias querrán una!

El chófer lleva esperando más de diez minutos cuando bajo. Me disculpo con él y le pido que corra. Vuela serpenteando entre el tráfico de la Castellana y me sujeto a la puerta como si eso fuera a salvarme la vida. No voy a llegar. Tenía que haberlo previsto pero, tonta de mí, supuse que mi madre sería puntual y no me entretendría demasiado con su falta de ganas y sus quejas. Si algo no soporto es la impuntualidad, me parece una falta de respeto y profesionalidad, me hubiera gustado recriminárselo a mi madre, pero bastante tenía con aguantar sus constantes reproches. Así que respiro aliviada cuando llego a la cita a pesar de hacerlo justa, muy justa.

Saludo a Henry con un apretón de manos y me enseña el motivo por el que he cruzado Madrid a toda velocidad un jueves a la cuatro de la tarde con más de treinta grados a la sombra: un precioso coche color rosa palo con el que llevo soñando meses. Cuando me ofrecieron la oportunidad de probarlo, no lo dudé un segundo. ¡Me muero de ganas de conducirlo! Aunque lo cierto es que no suelo hacerlo, prefiero la comodidad del alquiler con chófer, pero el trabajo manda y la marca nos ha contactado a varias influencers para una nueva campaña. No iba a ser yo la que se negara a pesar de que me da bastante respeto ponerme al volante después de tanto tiempo.

Colocan una cámara en el salpicadero enfocando la carretera; otra me enfoca a mí; Fabián, mi fotógrafo de confianza, y un pequeño equipo de grabación van en otro coche. Me explican que vamos a rodar en una zona poco transitada que han conseguido cerrar al tráfico para que esté más tranquila, pero lo cierto es que, a pesar de todas las miradas que tengo puestas en mí, cuando me acomodo en el asiento del conductor, doy al contacto y el motor ruje me siento tan... libre. Piso el acelerador, suelto el embrague y la pequeña bala rosa sale disparada hacia delante. Sonríe a la cámara, coqueta, le cuento mis sensaciones sin perder de vista la carretera y me divierto al llegar a una zona de curvas. Veo que el equipo me sigue de cerca, distingo el flash de la cámara en el retrovisor y...

Capítulo 2

Cuando abro los ojos me duelen por la claridad. Miro alrededor pero me siento desubicada. Algo pita a mi derecha con un sonido corto y repetitivo. Siento que tengo algo molesto en la garganta. La luz entra blanquecina por la ventana y huele a desinfectante. Oigo pasos y, de pronto, una voz desconocida me dice que esté tranquila y que avisarán a un médico. Me doy cuenta de que estoy en un hospital pero no entiendo que hago aquí, no recuerdo nada desde... ¿Cuánto tiempo llevo aquí? La chica que llega debe tener mi edad, es menuda y morena y tiene un acento del sur cuando me pide que me relaje y empieza a manipular un tubo que sale de mi boca y raspa a su paso por mi garganta. La primera bocanada de aire es casi dolorosa y, cuando intento hablar, la voz me sale ronca. Quiero preguntar por mis padres o por Fede, pero solo me sale pedir agua.

Mientras un celador me trae un vaso con una pajita, la doctora me explica con calma que llevo tres días sedada e intubada; me cuenta que sufrí un accidente de coche en el que di varias vueltas de campana y han tenido que operarme de una fractura abierta en tibia y peroné, que tengo varias contusiones en todo el cuerpo y algunas abrasiones. Como si de una película se tratase, me vienen a la mente escenas de lo que me acaba de contar, pero no distingo si son recuerdos o solo es mi cerebro imaginando lo que debió pasar hace tres días y me ha postrado en esa camilla. Me miro la pierna, envuelta en una aparatosa escayola; palpo como puedo mis costillas y siento un dolor punzante en el costado.

—¿Y mi móvil? —pregunto con la voz rota.

—Supongo que lo tendrá tu madre o los chicos que avisaron a emergencias.

De pronto caigo en la cuenta del equipo de cámaras que me seguía y tengo más urgencia por tener el teléfono en mis manos, intento levantarme pero el dolor me frena. Busco mi bolso mi bolso con la mirada sin encontrarlo y desisto cuando recuerdo que ni siquiera sé cómo llegué al hospital.

—Avisaremos a tu familia —dice con un tono dulce.

La enfermera sale farfullando algo que no llego a escuchar y la doctora me sonrío pasándome un mando que sirve para mover la cama a mi antojo y llamar a las enfermeras, después se va y me quedo mirando la habitación blanca y amplia, el aparato que emite un pitido rítmico, la aguja que tengo clavada en el antebrazo, las bolsas de los medicamentos, la televisión que funciona con monedas, la ventana cerrada con llave... y espero. Espero. Espero...

No sé las horas que pasan hasta que alguien que no trabaja en el hospital aparece y es Fabián. No es la primera vez que va a verme y lo hace para asegurarme que no ha filtrado ninguna imagen. Lo dice angustiado y no tardo en enterarme del porqué. La noticia de mi accidente se ha hecho viral. Me lo enseña en su teléfono: todos los periódicos se han hecho eco de la noticia, las revistas de cotilleos han publicado incluso imágenes del accidente.

Recupero mi teléfono cuando lo trae mi madre a última hora, en una visita fugaz que apenas dura cinco minutos excusándose en que tenía la agenda, como siempre, muy ocupada. Supongo que organizar la boda de una desconocida y no sé cuántas fiestas de compromiso, nacimiento y similares es más importante que correr al hospital cuando te avisan de que tu hija ha despertado de la sedación. Al menos ella hace acto de presencia en “esa clínica cochambrosa”. Tengo que

sentirme agradecida a pesar de que no aparta la vista de su teléfono, no me pregunta cómo estoy y, prácticamente, sólo abre la boca para protestar. Pero es que mi padre no ha venido ni un solo día, está demasiado atareado entre reuniones y, aunque no lo dice, partidos de golf en el club de campo con sus colegas, socios y gente con la que espera hacer negocios.

Cuando mi madre se va, justo en el momento en que una celadora regordeta me lleva la cena, enciendo el móvil. Creo que el bolso salvó mi teléfono nuevecito de hacerse añicos. Cientos de notificaciones esperan que las atienda. Mensajes de mis amigos preguntando cómo estoy, seguidores comentando mi última foto, compañeras de profesión compartiendo stories de ánimo y deseándome una pronta recuperación... Hasta han creado un hashtag con el que acompañan fotos antiguas. Al menos se están cuidando de no compartir imágenes del accidente de todas las que se han filtrado. Pongo los ojos en blanco. Me cuesta tragar la falsedad que desprenden todas esas publicaciones y mensajes, no es muy creíble, que digamos. Algunas de esas personas jamás me han dado un *like*, nunca me han enviado un mensaje ni mencionado en ningunas de sus publicaciones. No puedo dejar de pensar en que deben estar frotándose las manos con todo este asunto y me invade una sensación de desánimo que lo llena todo.

La celadora pasa una hora después a recoger la bandeja con la cena que apenas he tocado y no puedo evitar preguntar quién ha ido esos días a visitarme.

—Pues —duda—. La señora que estaba antes y un chico que siempre preguntaba si ya había despertado y tenía algo muy importante que decirle.

—¿Y mis amigas? ¿Mi prometido?

Ella sacude la cabeza y sale de mi habitación con prisa, apurada. No debería haber preguntado. No quiero pensar mal y aún así no puedo evitarlo. Quiero creer que, quizá, no han querido ir hasta que estuviera consciente para poder hablar conmigo y evitarse el mal trago de verme tirada en una cama, con un tubo en la garganta, dormida, inconsciente.

Repaso mis redes sociales mientras espero que me llegue el sueño. Leo los mensajes que mis seguidores han escrito en mis fotos y me han enviado por privado y sonrío pensando que tengo los mejores seguidores del mundo, que se preocupan por mí, que les importa que me recupere pronto y bien y, por lo menos, se acuerdan de que existo a pesar de ni siquiera conocerme. Y, con ese pensamiento, me acaba por vencer el sueño.

Capítulo 3

Han pasado cuatro días desde que desperté. Cuatro. Mi madre no ha vuelto. Mi padre ni siquiera me ha llamado. Mis amigas se han limitado a mandar un ramo de flores sin tarjeta, peonías rosas que la enfermera se encarga de poner en un jarrón improvisado con una botella de agua cortada sobre la mesita. Aún no sé nada de Fede, ni un mensaje, ni una llamada, mucho menos una visita. Sin embargo, sus redes siguen actualizándose varias veces al día, claro que eso puede deberse a su ayudante, para eso le paga. Yo también he actualizado, ayer pedí a una celadora que me pasara el neceser de maquillaje que siempre llevo en el bolso. Suerte que mi madre se acordó de llevarlo el día que desperté. Me maquillé como pude para cubrir las ojeras y algunas imperfecciones, pero no pude hacer nada con la abrasión de la mejilla derecha y menos con lo poco que llevo en el bolso, que sólo sirve para retocarme cuando sé que voy a pasar todo el día fuera de casa. Cuando la vi en el espejo por primera vez me asusté. ¿Cómo iba a tapar eso? ¿Cómo iba a disimularlo? ¿Tardaría en curar? ¿Se podría operar? Se lo pregunté a mi doctora sin rodeos tan pronto entró a hacer la ronda esa mañana.

—A ver —dijo comprensiva, sentándose en el borde de la cama—. ¿Se puede? Sí, claro, una cirugía estética muy común y sencilla. Pero ahora mismo no es nada recomendable, otra anestesia en tan poco tiempo... No es necesario, puede esperar.

—¿Hay riesgo? —cuestioné dispuesta a consultar una segunda opinión.

—Ana... Mira, siempre que entras a quirófano hay riesgos, no solo es por la anestesia, pueden pasar mil cosas pero en este caso —dijo cogiendo mi mano—, en tan poco tiempo puede... Puede que no despiertes.

Me asusté. Esa última afirmación me daba bastante miedo. Una cosa era querer volver cuanto antes y otra jugarme la vida por una cicatriz. No sería la primera vez que una de las nuestras sufre las consecuencias de una operación estética. No diré nombres, supongo que todos sabréis de quien hablo cuando os diga que todo esto me recuerda demasiado a una compañera que terminó por dejar sus redes después de una pequeña intervención sin importancia para borrarse un lunar bastante antiestético que, para más inri, era su seña de identidad, le provocara una parálisis facial permanente. Claro que podía esperar. ¿Podrían mis seguidores? Busqué con el móvil formas de disimularlo, pedí por internet unos correctores y bases de maquillaje de alta cobertura, descargué algunas aplicaciones que podían ayudarme a borrarla de forma digital y me olvidé de entrar en quirófano por el momento. No estoy dispuesta a quedarme en coma por una marquita en la mejilla.

La foto que subí ayer fue para tranquilizar a mis seguidores y compañeros y demostrarme a mí misma que puedo seguir con mi trabajo a pesar de todo; enseguida volveré a estar al pie del cañón. Pero no hace falta ser una experta para darse cuenta de que algo va mal, algo ha cambiado. La imagen no ha tenido el mismo alcance que de costumbre y los seguidores han bajado varios cientos en la semana que llevo ausente. No soy tonta, sé muy bien cómo funciona esto, la constancia es mi mejor arma y a nadie le interesa verme posando en bata de hospital salvo por el morbo de las secuelas de mi accidente.

El alma se me cae un poco más a los pies cuando la doctora me dice que tardaré varios meses en volver a andar. Miro la escayola y pregunto una fecha exacta.

—No puedo dártela —responde con sinceridad—. Tendrás que hacer fisioterapia, tómatelo con calma, aprende a escuchar a tu cuerpo. En unos días te daremos el alta y deberás llevar control médico. No fuerces y no quieras correr. Estas cosas van despacio y puede ser desesperantes, pero las prisas no son buenas y, en este caso, son contraproducentes.

Asiento sin ganas y vuelvo a centrar la vista en el móvil cuando sale de la habitación. Reviso mi cuenta. Bella Style lleva años siendo el centro de mi vida. Lo tengo todo muy estudiado, incluso llevo años siguiendo el mismo formato, solo cambiando los colores del *feed*^[2] cuando me aburro o, como mínimo, una vez por temporada. Intento adaptarme a los colores de moda, seguir un modelo con el que me sienta cómoda y que no me robe demasiado tiempo de edición. Quizá sea hora de modificarlo, pero ¿a quién le interesa ver un vestido colgado en una percha? La gente me sigue porque le gusta mi contenido, ver lo que como, dónde voy, qué llevo puesto y cómo combino esos zapatos tan maravillosos de terciopelo que parece que solo sirven para looks de ceremonia, pero quieren verlo en mi cuerpo y les entiendo, no es lo mismo un perchero que un maniquí.

En mi agenda de redes sociales, una tipo filofax turquesa que compré hace años y para la que yo misma diseño los recambios cada año, anoto ideas mientras repaso las cuentas de mis competidoras que, claramente, me han tomado la delantera en los temas de actualidad. Todas las elegidas han publicado ya la promoción del coche y aprovechado la coyuntura para lamentarse de mi mala suerte; la nueva temporada empieza a dejarse ver por sus perfiles a pesar de que no pega mucho ver abrigos en pleno mes de agosto. Ni siquiera MyLovelyLooks ha dejado de subir sus *outfits* a pesar de estar embarazada de trillizos. Eso sí, es difícil que algo luzca bien con ese barrigón, pero la gente espera como agua de mayo cualquier actualización sobre el estado de sus *lookitos*, cada ecografía es recibida como un regalo y aplaudida como si fuera algo excepcional, casi como si fuera parte de su familia. Todos pensábamos que Jimena In The Sky se retiraría cuando le pusieron brackets o, al menos, se mantendría en un segundo plano, pero consiguió ponerlos de moda; o que AllMyShoes lo haría al partirse un tobillo y no poder ponerse sus taconazos... Bueno, quizá este último no sea el mejor ejemplo, cambió sus posados por bodegones y su cuenta se vino abajo sola por mucho que parecieran sacados de una revista de moda. Ahí tenía mi razón para no cambiar de estilo. Pero, ¿cómo iba a posar con esa marca horrible en la cara y con la escayola? ¿Cómo iba a mostrar un *look* si no podía ponerme los dos zapatos? Apenas había conseguido tapanla con varias capas de un corrector buenísimo, sólo conseguí salir decente porque giré la cara para que no se me viera, pero el izquierdo es mi lado malo y no me siento del todo cómoda enseñando directamente ese perfil. Además, me habían recomendado no maquillarme ni poner nada que pudiera taponar los poros de la zona para evitar infecciones, tenía que dejar respirar la piel y que le diera el aire para que curase por sí sola. ¿Qué marca querría colaborar conmigo si no podía utilizar sus productos? Se me venían a la cabeza tres colaboraciones que, casi con total seguridad, iba a perder. Y vaya si me dolía perderlas.

Estoy dándole vueltas al tema y haciendo números de cuánto me va a costar económicamente estar apartada de las redes, cuando Fede asoma la cabeza. ¡Por fin! Le veo tan guapo que me cuesta no levantarme y abrazarle. Se acerca a darme un beso, pero se aparta cuando ve la herida en mi mejilla. Su cara es de horror, como si hubiera visto un fantasma. Voy a hablar cuando, sin mirarme, suelta:

—He hablado con Borja. Dice que pidió que te llevaran a su clínica y se negaron—. Mira mi pierna y pone una mueca de asco—. Menuda chapuza te han hecho. ¿Has pensado en borrarte eso de la cara?

Su voz está a medio camino entre el reproche y la repulsión pura y dura. Creo que le miro mal, pero suspiro para calmarme y repito como un loro lo que me dijo la doctora sobre la cirugía.

—Bah, habla con Borja, seguro que no es para tanto.

Vuelvo a lanzarle una mirada asesina. Parece que no le importa lo que pueda pasarme, que el hecho de que pueda quedarme en coma no le importa lo más mínimo. Hace como si nada, se sienta en la butaca junto a la ventana y mira su móvil con gesto preocupado.

—Me han preguntado por ti —dice con un tono tan neutro que no sé a qué se refiere.

No puedo evitar hacerme ilusiones con que sean Caye y Meli quienes se han preocupado por mi estado y se me iluminan los ojos, pero no tarda en aclararlo.

—Deberías mirar el correo —ahora parece cabreado.

Es lo único que no he mirado desde que tengo el teléfono y lo cierto es que no había caído en que debería haber sido lo primero en la lista de repasos dado que todas las comunicaciones con las marcas las llevo a cabo por esa vía. Es evidente a lo que se refiere, tengo varios correos sin leer de marcas rescindiendo el contrato. Así, sin rodeos. Algunas argumentan que no he cumplido los plazos, algo comprensible dadas las circunstancias; otras se excusan, precisamente, en esa eventualidad para dar por finalizada nuestra relación comercial, no sin antes desearme una pronta recuperación. Tengo que confesar que no me sorprende, es algo que esperaba que pasase, pero supuse que tardarían más en hacerlo, que al menos esperarían a que saliera del hospital. Miro a Fede, que ahora tiene cara de enfadado y mira por la ventana.

—No eres la única —casi gruñe —Yo he perdido varias y unos cuantos seguidores —. Es tan escueto que sus palabras casi cortan el aire.

Se levanta guardando el teléfono en el bolsillo trasero de su vaquero desgastado último modelo y se acerca a mí, juraría que su mirada es desafiante. Espero que se siente en la cama, que me demuestre algo de afecto, incluso estiro la mano a pesar de lo molesta que es la vía cuando muevo el brazo para tocarle, pero solo vuelve a hablar.

—Vas a tener que volver lo antes posible, esto no puede seguir así. ¿Sabes lo que me supone haber perdido a Trousers? —cuestiona visiblemente molesto —. Cuatro mil. Al mes.

Tengo ganas de encogerme de hombros. Yo también he perdido, sin hacer demasiadas cuentas me salen más de veinte mil euros al mes, pero en mi cabeza da vueltas la idea de recuperar la movilidad de la pierna sin prisa y el miedo a otra cirugía que la doctora me ha metido en el cuerpo. Me interesa más volver a andar bien que eliminar las malditas cicatrices que me queden. Pero él no lo entiende o no quiere hacerlo. Supongo que es más fácil pensar que no quiero ponerme en marcha que creer que no puedo hacerlo.

Se gira antes de salir de la habitación, agarrado a la manilla de la puerta como dándole dramatismo, y, mirándome con aire de suficiencia, dice:

—Habla con Borja. Hay que acortar plazos.

—De acuerdo — musito sin ganas.

—Tenemos que minimizar los daños.

Tenemos. Últimamente solo habla de nosotros cuando se refiere a negocios. Ni siquiera lo usa para hablar de la boda. Es eso “la” boda. Ni suya, ni mía ni, mucho menos, nuestra. Bajo la mirada. Sé que su empresa y la mía están muy relacionadas, tanto que compartimos algunas campañas, para algunas marcas somos un pack indivisible y si yo fallo, a él no le quieren para nada. También sé que si él ha llegado a ser uno de los influencers masculinos más destacados y demandados es, en una grandísima parte, gracias a que yo lo soy entre las féminas. Y mi trabajo me ha costado. Si yo caigo, él va detrás. Y no puedo hacerle eso.

Capítulo 4

Me digo a mí mismo que ha sido un mal día, solo eso, pero cuando viene un chaval de veinte años a la clínica con los tendones hechos trizas y tengo que confirmarle lo que ya le ha dicho el médico, que no volverá a jugar al fútbol de forma profesional, me quedo un poco hecho mierda. Quique dice que soy demasiado empático, no puedo no hacerlo, es mi forma de ser. Quizá porque lo sabe, propone que nos quedemos tomando unas cañas cuando salimos de la clínica. La verdad es que no me gusta demasiado salir por esta zona, no es la primera vez que me miran de arriba abajo, buscando los distintivos que dicen que mi ropa y, por ende, yo mismo, tenemos la clase suficiente para entrar en sus locales. Aun así acepto porque las cervezas con Quique son terapéuticas y, además, tenemos que terminar de planear la salida del fin de semana. Queremos aprovechar que aún no hace demasiado calor para hacer una ruta en bici que se nos lleva resistiendo casi dos años. Parece que esta será la definitiva, aunque no cantaré victoria hasta que estemos subiendo el puerto de montaña a lomos de nuestras bicicletas.

—¿Y Claudia? —cuestiona cambiando de tema.

—¿Qué Claudia? —mi amigo alza una ceja crítica.

—Ekaitz, me preocupas —sentencia y yo me encojo de hombros.

—¿Porque no quiero hablar de ella? No es mi novia ni nos debemos explicaciones ni tenemos que contarnos todo lo que hacemos.

—No lo digo por eso —me mira fijamente.

—Ya. Tampoco nos hemos jurado fidelidad...

—¿Me estás diciendo que no te importa? —suena incrédulo.

—No —respondo, no quiero añadir nada más, pero intuyo que no se va a dar por vencido y aclaro —. No voy a volver a verla, si es a lo que te refieres. Pero el problema lo tiene ella, no soy yo quien tiene pareja.

Quique da un trago a su caña para vaciarla y, nada convencido por mis palabras, espeta:

—Tú sabrás.

Esperamos un buen rato a que Toño aparezca tal y como habíamos quedado, pero no lo hace y la ruta vuelve a quedarse como algo pendiente después de dos cervezas más que nos tomamos sin hablar de nada que no sea alguna cosa que nos ha pasado esa tarde en el trabajo, sin entrar en detalles, sin expresar emociones. Cualquiera diría que somos amigos desde hace más de diez años...

Cuando llego a casa intento repetirme que los malos días son solo eso, días en los que las cosas no salen como esperabas; días en los que te toca dar malas noticias; días en los que discutes con tus amigos en voz queda; días en los que escondes las cosas que te escuecen y te fastidian... Intento no pensar en la racha de días de mierda que llevo, pero desde hace un par de semanas lo veo todo un poco demasiado negro. Claudia, esa chica de la que hablaba mi amigo, era solo una amiga con derecho a roce con la que empezaba a encariñarme. Estoy seguro de que la culpa es mía por querer algo más cuando dejamos bien claro desde el principio que lo nuestro era solo sexo.

No nos habíamos prometido nada más que sinceridad, algo básico en una relación como la nuestra. Pero ella no lo fue y me enteré por las malas. A veces Madrid no es lo suficientemente grande.

Me tiro en la cama después de cenar un revuelto de setas congeladas que no sabe a nada y me hace añorar los que preparaba mi madre con los perretxikos^[3], los niscalos y, con suerte, algún boletus que recogía con mi tío y mi padre, a veces con mis abuelos, en nuestras salidas al monte en otoño. Añoro esos días en los que lo único que importaba era estar pendiente de los disparos de los cazadores y los ruidos de los animales.. Los días de mierda extraño mi Ondárroa natal y mi familia. Las charlas aparentemente insulsas con mi padre que siempre sentenciaba con algún sabio consejo; las tardes en la cocina con mi madre al volver el viernes a casa para descansar del ajetreo universitario; los ratos de juego con mi sobrino... Me prometí hace tiempo no llamar en los días malos, mi madre se preocupa solo con oír mi tono de voz y termina por colgar llorando. Y bastante tienen con los días malos de Gadea. Mi hermana acaba de separarse, tiene un niño de tres años y un trabajo a tiempo parcial que no le da para pagar la mitad del piso que le corresponde, el abogado, dar de comer al niño... ; así que se ha mudado con mis padres, le ha dejado la casa al capullo de su ex marido y procura que a Mikel no le falte de nada. Mientras, mis padres se ahogan entre préstamos de estudios —que pago en gran parte yo a pesar de sus negativas —, la hipoteca de la que, por suerte, cada día queda menos y los gastos añadidos de tener otras dos bocas en casa.

No, no voy a llamarles para contar que un chaval del que no han oído hablar en su vida se ha quedado sin futuro por una mala entrada en un partido amistoso, ni para hablarles de la chica con la que me acostaba un par de veces por semana y de la que he descubierto que tiene novio de muy mala manera. No, prefiero rumiarlo solo mientras Leiva canta que toda esa puta electricidad era una mentira más de lo que fuimos.

Química cerebral. Un montón de hormonas que se activan y juegan con nuestras neuronas. Eso es el amor. Pura química. Llevo años protegiéndome del amor romántico, queriendo creer que no existe, tengo cosas mejores en las que pensar y a las que dedicar mi tiempo libre. Y aún así, sigue escociendo la mentira. Toño diría que me pican los celos, pero es algo más simple que todo eso. Yo voy de frente, pongo mis cartas sobre la mesa y me gusta que hagan lo mismo conmigo. ¿Habría follado con Claudia de haber sabido desde el principio que tenía pareja? Lo más probable es que no, pero al menos habría sabido del palo que iba y no se me habría quedado cara de gilipollas cuando me dejó con el saludo en la boca al cruzarnos en Callao.

Me duermo con los cascos puestos, escuchando esas canciones que hablan de lo que siento, que lo expresan mejor que yo. Escuchando a Iván Ferreiro preguntando «quién no tuvo valor para marcharse»; a Zahara gritando «me moriré de ganas de decirte...». Con mi cabeza repitiendo que mañana será otro día, uno mejor. Y sueño con el campo, con los montes de la zona, con la playa, con mis abuelos enseñándome qué setas son las mejores en cada época y para cada plato y con mi madre cocinándolas con cariño, batiendo los huevos con energía, tanta que me parece oírla, pero solo son las agujas del reloj con su tic-tac. Cuando me despierto faltan diez minutos para que suene la alarma.

Capítulo 5

Un coche me espera en la primera planta del parking de la clínica. La doctora termina de darme papeles e instrucciones y pregunta si va alguien a recogerme. No sé por qué miento y le digo que mi novio me espera abajo. Supongo que es menos patético aunque, dado el escaso número de visitas que he tenido en las dos semanas que he estado ingresada, no creo que suene muy creíble. Guardo la esperanza de que mis amigos y mi prometido estén en mi casa con una bienvenida sorpresa preparada.

La doctora Ruiz quiere asegurarse de que sigo el programa de curas y me recomienda una crema para que no me quede tanta marca en la pierna cuando me quiten la escayola, pero, sobre todo, en la cara.

—No se quitarán del todo, pero se disimularán bastante.

Me callo las intenciones de borrarlas con cirugía en cuanto sea posible, es algo a lo que he estado dando vueltas en los últimos días. Quizá ahora sea demasiado pronto, pero nadie ha dicho nada de esperar un par de meses. Asiento cuando me da un volante con el membrete de la clínica y la coletilla “unidad de fisioterapia”. Me esperan unos meses de una cosa llamada magnetoterapia, masajes, ejercicios de fortalecimiento a determinar por el facultativo... Y muletas. ¿Hay algo más hortera y antiestético que unos palos metálicos?

—Quiero verte en quince días —dice con tono severo y la seriedad asomando en sus ojos castaños mientras me entrega otro papel con membrete en el que se especifica el día, la hora y el número de la consulta a la que debo asistir—. Es una lesión seria, Ana —me recuerda— tómatelo con calma.

Esas últimas palabras parecen una súplica. El chófer me ayuda a subir en el asiento trasero y, media hora después, aparca en doble fila frente a mi portal ganándose los pitidos e insultos de otros conductores a quienes ha cortado el paso. Pero le da igual, me acompaña hasta el ascensor y pregunta si estaré bien y podré abrir. Asiento y le agradezco la preocupación con una propina mientras, en la calle, los cláxones braman para que quite el coche del medio.

Confieso que abro la puerta aguardando una sorpresa, pero solo encuentro mi salón vacío de gente. La casa está en penumbra, con las persianas a media altura y las ventanas abiertas. Soraya, la mujer que limpia y cocina para mí, debe haberlas dejado así para mantenerla fresca. Me dejo caer en el sofá blanco y espero que alguien se digne a contestar el dichoso mensaje en que informaba, a las ocho y diez de la mañana, de que me mandaban a casa. Es cerca de la una y la única que se ha preocupado ha sido Soraya, que ha dejado preparada una ensalada de kale, tomate y bulgur y un zumo de Fit Food de mis frutas preferidas junto a una nota en que se puede leer «Bienvenida a casa, señorita De la Vega». Además, me ha enviado un mensaje para saber si necesitaba algo como que se acercase a casa para ayudarme con cualquier cosa.

Mientras como, reviso el correo y sigo tachando colaboraciones en mi agenda de trabajo. He perdido otras seis marcas esta semana. Dos de ellas son un auténtico mazazo y no solo a nivel

económico. Cuando empecé, fueron de las primeras en confiar en mí y escuece que, después de tantos años y ahora que necesito apoyo, me dejen de lado. También tengo un mensaje del diseñador de mi vestido de novia cancelando la cita hasta nuevo aviso.

«Dudo, y si me equivoco hágamelo saber, que vaya usted a contraer matrimonio hasta su entera recuperación, fecha indeterminada a día de hoy. Por ello creo conveniente esperar a dicho momento para concertar una nueva cita. Atentamente». Reza el mensaje que leo cuatro veces hasta entender el trasfondo del mensaje. No es un aplazamiento, es otra cancelación.

Suspiro, tendré que hablar de todo el tema de la boda con Fede y mi madre. No había pensado en tener que posponer el enlace y menos cuando faltan más de nueve meses, pero tiene razón, esperaré a estar recuperada del todo y poder calzarme los taconazos de Prada con los que llevo soñando desde que tengo uso de razón. Lo último que quiero es partirme una pierna caminando hacia el altar. Y, desde luego, tampoco me apetece llenar sus agendas con citas que ya no van a tener lugar porque, al parecer, hasta mi entera recuperación, no habrá boda.

Después del correo paso a las redes sociales. En mi último registro de seguidores contaba con casi dos mil más en Instagram de los que tengo hoy. Aún así sigo teniendo cientos de mensajes sin contestar llenando mi buzón, casi todos me preguntan lo mismo, así que voy hasta mi tocador cojeando porque olvido que necesito las malditas muletas y me maquillo a conciencia intentando cubrir la abrasión de la mejilla derecha que ahora es una costra que no se disimula ni con el mejor de los fondos de maquillaje. Centro mis esfuerzos en hacer un delineado perfecto y maquillar mis labios con el Rouge Dior Liquid tono 999. No puedo darme el visto bueno, pero al menos no tengo pinta de acabar de salir del hospital.

Vuelvo al salón cojeando, mullo los cojines y pongo el trípode con el móvil frente a mí. Todo listo para el directo. En menos de un minuto hay setecientas personas siguiéndolo, bastantes teniendo en cuenta que no lo he anunciado con demasiada antelación. Se duplican enseguida. Suma y sigue mientras comienzo a aclarar los motivos de mi ausencia. Hablo de lo poco que recuerdo del accidente, de mi lesión, incluso bromeo con la marca de la cara. Explico que estaré un poco ausente porque debo centrarme en mi recuperación y comienzan a bajar los espectadores mientras cuento que llevo una placa, nueve tornillos y veinte grapas en la pierna y que pasará algún tiempo hasta que me quiten la escayola y pueda volver a andar con normalidad y calzarme unos tacones. No sé si se me forma el nudo en la garganta al ver como bajan los conectados o porque, por primera vez desde que desperté, soy consciente de lo que pasa. Empieza a parecerme absurdo el maquillaje y la puesta en escena. Me siento ridícula hablándole a la cámara del teléfono y a las miles de personas que están siguiendo la retransmisión de algo que a mis allegados parece no importarles lo más mínimo.

Cuando me despido de mis seguidores y corto la conexión, rompo a llorar con ganas. Sollozo como llevaba tiempo sin hacer, sin preocuparme por las arrugas o porque la máscara de pestañas corra por mi cara. Y aunque, para cuando llega mi madre a eso de las nueve y media de la noche, ya llevo varias horas calmada y he borrado de mi rostro cualquier signo del destrozo post llantina, ella lo nota en mis ojos enrojecidos. Chasquea la lengua, cómo no. Para ella llorar es signo de debilidad salvo que seas una novia feliz el día de su boda, solo en ese caso las lágrimas están justificadas. Además, es antiestético, estropea el maquillaje, reseca la piel y hace que parezcas más mayor. Por supuesto, me lo hace saber sin rodeos, lo suelta como un discurso aprendido y, por si cabe alguna duda, no pregunta los motivos. Ni se inmuta cuando le digo que el diseñador de mi vestido de novia ha cancelado la prueba ni que he pensado aplazar la boda hasta que me recupere. Y no, no le fastidia que anule todas las citas que tenemos pendientes, lo veo en su sonrisa

profesional y en su semblante relajado, es un alivio para ella y su apretada agenda. Y, sospecho, lo sabía incluso antes que yo.

En los escasos veinte minutos que pasan desde que ha llegado hasta este momento, en que acaba de salir de mi casa, no pregunta cómo me encuentro ni si necesito algo; no se encarga de que esté cómoda ni de ayudar a darme una ducha... Solo mira a su alrededor, juzgando la decoración que, según ella, ya está *demodé*, y hace que escucha cuando le hablo de la lesión y las instrucciones del médico. Sólo es la visita de rigor que hace porque es lo correcto y lo que se espera de ella y sólo así podrá presumir delante de sus amigas de lo buena madre que es yendo a visitar a su hija lisiada. Me quedo desanimada. Me siento sola y me apetece uno de esos helados con forma de pez que todas mis compañeras enseñan en sus cuentas, como hice yo en su día, aunque sé que se irá directo a mis cartucheras ahora que no puedo quemarlo en una sesión de running o yoga, así que me limito a pedir que me traigan algo sano de un restaurante cercano mientras veo las horas pasar y espero que venga Fede, mis amigas o llegue la hora de acostarme.

Capítulo 6

Intentar ponerme el pijama fue una odisea digna de Homero, así que decidí dormir en camisola sólo por no tener que hacer el esfuerzo de ponerme el pantalón, pero no imaginaba que ducharme sería tan complicado. Me da una vergüenza terrible que Soraya me vea de esa guisa, así que planeo hacerlo sola y así estar arreglada cuando llegue a prepararme el desayuno; pero cuando Soraya entra por la puerta me encuentra sentada en el inodoro, intentando cubrir la escayola con plástico de cocina sin éxito y llorando de rabia.

De niña mi madre me enseñó a no encariñarme con el servicio. Dicho así suena frío, pero al final era lo mejor. Las niñeras iban y venían cada poro tiempo, las cocineras, las limpiadoras... Nadie se quedaba demasiado y, cuando se iban, lo pasaba mal. Así que nunca he entablado mucha relación con Soraya y el hecho de tenerla arrodillada frente a mí, concentrada en colocar una bolsa de basura bien pegada a mi piel con esparadrapo y ayudándome a entrar en la ducha, me da bastante apuro. La mujer lo hace con cariño, con cuidado. Cuando, con un nudo en la garganta, le pido que me ayude a vestirme, quiero que me trague la tierra.

No dice una palabra cuando aparezco en la cocina con el pelo arreglado en unas ondas suaves, maquillada de forma tan sutil que ni me he molestado en disimular la abrasión y preparada como si fuera a ir a algún sitio que no sea el sofá. Aunque quizá debería acercarme a la clínica de rehabilitación y pedir cita para empezar cuanto antes. Pienso en ello mientras devoro el muesli casero que ha preparado Soraya esta misma mañana. Observo los movimientos ligeros de la mujer mientras limpia mi casa con brío y no puedo evitar seguirla con la mirada cuando desaparece en mi dormitorio.

—¿Qué le apetece comer hoy, señorita?.

—No se preocupe —murmuro —creo que saldré a comer con mis amigas.

La mujer me mira con el ceño fruncido y asiente, pero no puede evitar hablar.

—El médico le ha recomendado reposo total. Por un mes —me recuerda en tono maternal.

Un mes. Apenas llevo quince días y ya me muero de aburrimiento. Ella insiste en preparar la comida y yo cedo porque, en realidad, no tengo ningún plan ni albergo la más mínima esperanza de que mis amigas acepten salir a comer conmigo. Cuando se marcha deja varios recipientes en la nevera con lo necesario para el fin de semana. Es en ese momento cuando me doy cuenta que es viernes. Hoy tocaría post con *outfit after work*, algún plan para después del trabajo y, según mi agenda, la presentación de un perfume en la terraza del Círculo de Bellas Artes. Repaso las redes después de subir un look antiguo con un hashtag *remember*. Caye presume de desayuno en el local de moda. Meli da los buenos días por stories con una antifaz nuevo de Victoria's Secret y después enseña su nueva rutina de belleza con un set de productos que le regalé hace unas semanas. Fede enseña la acreditación del evento al que planeábamos ir juntos. Al menos otras influencers han tenido la decencia de poner que me echan en falta. Aunque sé que es por quedar bien, la mayoría tienen que estar como locas con mi convalecencia si eso supone, como parece, que van a destronarme. Seguro que más de una ya ha salido ganando con mi ausencia a juzgar por cómo presumen de sus nuevas colaboraciones. Sigo pasando stories durante horas, dando algún *like*, cotilleando a mis rivales... Cuando veo que mis amigas están tomando un *brunch*^[4] en un local

frente a mi casa. Voy a reconocer que no me enorgullece mi reacción, pero me da tanta rabia que cojo mi bolso y las muletas y, sin pensarlo, me acerco donde sé que están. No me cuesta localizarlas, siempre nos sentamos en el mismo sitio, parece nuestro reservado. Una vez llego a su altura, me siento en una silla que queda libre en su mesa y finjo lo mejor que sé.

—Siento el retraso chicas —sonrío y cojo una carta para esquivar sus caras de asombro.

—Creí que seguías en el hospital —se excusa Meli.

Caye no se esfuerza en disimular su malestar, no le gusta que esté allí sin que nadie me haya invitado. Es evidente que saben que salí hace dos días, quizá a Meli se le haya pasado porque trabaja como una mula en esta época, pero Cayetana no tiene excusa.

—Es lo malo de contar todo al momento en redes sociales —divago fingiendo que hablo de una noticia falsa sobre el acoso a los famosos.

Mi amiga me lanza una mirada asesina y finge como mejor sabe —que es francamente mal — que entiende a lo que me refiero y me sigue la corriente. A veces me da pena por Meli, ella es muy inocente, es casi transparente y no entiende las puñaladas encubiertas que nos lanzamos Caye y yo. Y, aún así, Cayetana es mi mejor amiga, quizá por eso me está fastidiando tanto que me excluya.

—¿Qué tal tu pierna? —pregunta, al fin, con la vista fija en el ronchón de mi mejilla.

—Bien —miento—. Un poco de rehabilitación y, en unos meses, como nueva.

—¿Y eso de la cara? —hace una mueca de desagrado.

—Tiene que curar solo. Si queda marca...

—Borja te la quita.

Caye mira a Meli incitándole a abrir la boca. Al fin y al cabo ella es la más interesada en que vuelva a la acción. Acaba confesando entre dientes que le vendría muy bien algo de información exclusiva. Me cuadro, más que dispuesta a soltar una mala contestación, pero no quiero montar ninguna escena pública que hunda más mi carrera, así que asiento y le invito a llamarme un día de estos. Y lo espeto con inquina, dejado ver que me molesta —y mucho — que lleven sin dar señales de vida desde que tuve el accidente cuando solíamos quedar a diario aunque solo fuera para vernos dos minutos y subir la foto de rigor a las redes. Me siento dolida, pero lo disimulo bajo una coraza de indiferencia y sigo hablando como si nada. Alabo su ropa, su eye-liner perfecto... todo para distraer la atención de mi pierna, del tiempo que me mantendrá alejada del trabajo, de las posibles secuelas físicas y laborales y, sobre todo, de la boda que aún no tengo claro cuándo va a celebrarse. Pero todo me resulta muy artificial, más que de costumbre, quiero decir. Cuando terminamos de comer nuestros *bowls* de Poke^[5], fingido discutir quién paga la cuenta, y una tensa sobremesa, nos despedimos con dos besos al aire y ponemos rumbos opuestos. Yo finjo ir a Serrano a unos recados, no me apetece meterme en casa y dejarles ver que soy una ermitaña forzada. Apenas he andado veinte metros y me siento agotada, me duelen los hombros, las manos, el golpe de las costillas se resiente y la pierna... juro que ahora mismo desearía que me la arrancasen.

Me siento en el primer banco que encuentro, tengo tantas ganas de llorar que me avergüenzo solo de pensar que alguien puede verme. Cuando estoy a punto de llamar a una empresa de coches con chófer que me lleve a casa, mientras estoy buscando el móvil en el maxi bolso de Michael Kors, encuentro el papel de la clínica de rehabilitación y sí, llamo a mi chófer de confianza, pero le pido que me lleve allí.

Espero encontrarme con un sitio deprimente, lleno de lisiados, de paredes blancas amarillentas, personal hastiado y pacientes tristes. Para mi sorpresa, me topo con una

repcionista joven y sonriente detrás de un mostrador colorido en una sala decorada con buen gusto.

—¿En qué puedo ayudarte?

Extiendo el papel ante ella, que lo coge y lee atentamente antes de consultar algo en su ordenador y señalarme unas sillas frente a una puerta azul turquesa.

—¿Te importa esperar unos minutitos? El doctor Irizar te atenderá en cuanto acabe con un paciente.

Afirmo sin ganas, no puedo evitar mirar a mi alrededor mientras recorro los apenas dos metros que separan el mostrador de las sillas. Puertas de colores, paredes salpicadas con cuadros, dibujos... Al fondo del pasillo distingo un mural lleno de color que parece salirse de la pared. Mientras espero, no puedo dejar de mirarlo hasta el punto de no darme cuenta de que hay alguien parado frente a mí, apoyado en el marco de la puerta azul. Carraspeo. Levanto la vista, tengo que mirar muy arriba. Mucho. Creo que mide cerca de dos metros, tiene el pelo castaño despeinado en unos rizos que se amontonan pugnando por caer sobre su frente, una barba poblada y desenfadada y una nariz que resaltaría sobre todo lo demás de no ser por sus ojos verdes, tan claros que casi parecen transparentes. Lleva un pijama de casaca gris con toques turquesa y pantalón del mismo color, lejos del típico uniforme blanco o verde que me esperaba. Me levanto con esfuerzo, la pierna me duele a rabiarse y me cuesta tanto andar que al final tiene que sujetarme por la cintura y dejar que me apoye en él para recorrer los pocos centímetros hasta la consulta.

Me deajo caer en la silla frente a su mesa y observo cómo lee el informe que acabo de pasarle. Se rasca la barba y me mira antes de decir algo obvio.

—Hay que esperar a que te quiten la escayola para empezar con las movilizaciones...

Y aunque sé que es lógico, aunque lo había pensado mil veces mientras le daba vueltas a cuándo pedir cita, no puedo evitar sentirme desanimada. Hago un esfuerzo brutal por no echarme a llorar, pero los ojos se me inundan y siento que mi pecho empieza a vibrar. Su rostro cambia una milésima de segundo para volver a su rictus profesional, empuja una caja de pañuelos y se gira hacia el monitor de su ordenador. Me parece ver cómo su nuez sube al tragar saliva, pero lo disimula bien. Me tiende un papel con una serie de puntos.

—¿Sabes cuándo te lo quitarán? —cuestiona sin un ápice de emoción en la voz.

—Tengo cita la semana que viene —me cuesta contener el sollozo.

Asiente, teclea en su ordenador y se gira hacia mí. Me pide que le informe cuando me quiten la escayola para concertar la primera sesión de movilizaciones. Pasa a explicarme en qué van a consistir esas sesiones, pero es todo tan técnico que agradezco que me lo de anotado.

—No te asustes —sonríe y me quedo embobada —suena peor de lo que es, pero tienes una lesión grave y, si no queremos que queden secuelas, tenemos que trabajar duro y empezar cuanto antes.

Asiento, todavía alhelada por la visión fugaz de esa sonrisa amplia, sincera, de las que no parece que te preocupen las arrugas y que, seguro, no es nada profesional. Vuelve a sonreír cuando se levanta para acompañarme a la puerta. Me tambaleo al ponerme en pie, aún no me acostumbro a las muletas y a que las necesito para todo. Me sujeta por el codo y bromea.

—Cuidado no te rompas la otra pierna antes de arreglarte esta.

Noto que me mira de arriba abajo y me avergüenzo al instante por mis bailarinas de hace dos temporadas. Suelo llevar tacones, pero no es nada práctico cuando tienes una pierna rota. Del vestido de pre-temporada, algo pasado de moda, mejor ni hablamos. Mi aspecto, en general, con una escayola que parece renegrida cubriendo mi pierna desde los dedos del pie hasta mitad del

muslo y hace que parezca una columna del Partenón no es el mejor del mundo. Supongo que está acostumbrado a ver escayolas, tengo ganas de preguntar si no hay algo menos... antiestético, pero veo pasar un chico con la pierna envuelta en una aparatosa férula de espuma negra y se me quitan las ganas. Nos despedimos con un apretón de manos, bastante flojo por mi parte, parece que he apagado el modo profesional y no recuerdo eso de que los apretones tienen que ser firmes porque denotan seguridad en una misma. Para colmo creo que me sonrojo y se me escapa una sonrisa bobalicona.

Llego a casa agotada, agobiada y frustrada porque siguen sin darme plazos, nadie me dice cuándo podré volver a ponerme unos pitillos o un mono, cuándo podré calzarme de nuevo mis tacones o, sencillamente, bañarme sin ayuda de mi asistenta. Estoy revisando el desastre que provoca mi inactividad en redes cuando suena el timbre. Tardo más de lo que pretendo en abrir y me sorprende encontrarme a Meli y Borja al otro lado de la puerta. Mi amiga se ha cambiado de ropa y ahora lleva un vestido camisero de rayas con unas sandalias romanas; el vestido lo reconozco en cuanto lo veo, fue una colaboración desafortunada, no dieron con las tallas, pero a ella le queda estupendo. Me saluda con su sonrisa sincera y dos besos de sus labios Russian Red^[6] al aire. Borja, en cambio, casi no se acerca y mira con asco el yeso que me recubre la pierna.

—¿No podían haberte puesto una *fixit*^[7]? —me encojo de hombros, no sé a qué se refiere—. En la pública son unos inútiles. Te pasa por no hacer caso y no pedir traslado. Deberías haber ingresado en mi clínica —sentencia y me muerdo la lengua para contenerme, pero decido que no tengo por qué callarme. Fede me pediría que me calmara si estuviera aquí, pero como aún no se ha dignado a aparecer por el piso, pues que le zurzan.

—Igual es que estaba inconsciente y no podía decirles que me llevaran a tu súper clínica, pero, aunque no sea de tu incumbencia, me ingresaron en la que tiene asignada el seguro de la empresa. —espeto con inquina.

Borja es un engreído, siempre lo ha sido. Lleva insistiendo en el tema de la clínica desde que ingresé, al menos eso me contó mi madre. Y de ser por ellos y por mi señor padre del que, por cierto, sigo sin tener noticias, me habrían trasladado, pero los médicos no lo permitieron. Borja sigue despotricando sobre la sanidad pública sin que ni Meli ni yo le prestemos atención. Mi amiga me interroga con curiosidad auténtica, quedándose con todo lo que le cuento sobre el accidente, al lesión y lo poco que sé sobre los tiempos de recuperación.

—No quiero que nada de esto trascienda —pido y confío en que no lo usará en su favor.

—Eso de la mejilla —señala Borja con una mueca de desagrado—, cuanto antes pases por mis manos para quitártelo, mejor.

Sacudo la cabeza y vuelvo a ignorarle, es más sencillo y menos agotador. Meli se interesa por cómo voy a llevar mi trabajo y termino por confesar que no tengo la menor idea y que, por el momento, he decidido tomarme un descanso. Aunque, cuando se van y reviso el correo, me arrepiento. Detesto la falsa compasión, las puñaladas disfrazadas de preocupación... ¿Tan difícil es decir las cosas a las claras? Tengo media docena de emails que empiezan preguntando cómo me encuentro para seguir lamentándose por finalizar nuestra colaboración y terminar diciendo que no dude en contactar con ellos si me interesa volver a colaborar en un futuro. Me enfado aunque, en el fondo, les entiendo. Una influencer tullida que lleva semanas sin publicar nada nuevo no es rentable.

Paso un buen rato redactando una respuesta estándar que suene sincera y sosegada aunque

sienta que podría salirme humo por las orejas. También gasto algo de tiempo buscando la forma de continuar con mi actividad cuando apenas puedo salir de casa, por no hablar de asistir a eventos o ponerme ropa de la temporada de otoño. Si no te dejas ver, es difícil que las marcas te elijan para mostrar sus productos.

Cuando me acuesto lo hago dando vueltas a la cabeza a todo lo que me ha pasado desde ese fatídico día en que me salí de la carretera, todas las colaboraciones que he perdido y termino soñando que me rodean los representantes de marcas con los que solía codearme y me van despojando de cada prenda, los zapatos de cristal, los pendientes de brillantes, el bolso de diseño... Me quitan todo lo que llevo puesto y me veo como una Cenicienta moderna que va transformando su maravilloso estilismo en unos tristes harapos pasados de moda.

Capítulo 7

Estoy demasiado acostumbrado a tratar con deportistas que entienden la importancia de la paciencia en las recuperaciones, que en su ansia por recuperarse lo antes posible, por volver a jugar, a competir, entienden la importancia de los tiempos. Por eso cuando veo a una chica joven, menuda y bastante mona, con una aparatosa escayola en la pierna y que apenas se sujeta con las muletas esperando frente a mi puerta, tengo ganas de sermonearla, pero me muerdo la lengua. La noto perdida, asustada. Tengo la sensación de que no entiende lo que pasa ni lo que le espera, así que le explico lo que vamos a hacer empezando por esperar a que le retiren el yeso. Va bien vestida, su bolso parece costar más de lo que cobro en medio año, no puedo evitar cuestionarme por qué no ha preferido una férula 3D en lugar de ese armatoste, pero no pregunto, bastante tiene con la lesión. Veo en su cara que no le gustan los plazos que le doy. También estoy acostumbrado a lidiar con eso. La gente piensa a menudo que con la placa y los tornillos podrán andar bien en cuestión de días, pero una pierna rota no es ninguna broma. Y menos cuando hay cuatro fracturas entre tibia y peroné.

Sonríó para quitarle peso al asunto y porque hay algo en esa chica que me gusta. Puede que sean sus ojos verdes tan expresivos —y ahora inundados por las lágrimas que intenta controlar— o la forma en que intenta que el vestido largo de flores que lleva no se abra y deje a la vista la escayola. Me resulta tierna, casi frágil y me doy una bofetada mental porque la última vez que alguien me produjo esa sensación acabé metido de cabeza en una relación tóxica. Quizá endurezco demasiado el gesto porque, cuando se levanta, se tambalea y parece aún más asustada que antes de entrar en la consulta. Sonríó levemente mientras la sujeto por el codo. Su pelo castaño desprende un aroma frutal al flotar alrededor de su cara perfectamente maquillada. Bromeo con ella sin poder evitar echar un vistazo. Tiene cuerpo de modelo, puede que se dedique a eso aunque es algo bajita para lo que suelen ser. Claro que, para mi metro noventa y dos es complicado que alguien sea alto. Noto que masca una pregunta mientras mira fijamente la férula de espuma de otro paciente. No sé quién le recomendaría ponerse eso de la misma forma que no entiendo quien le pondría un yeso a Ana habiendo cosas como la 3D.

Paso la tarde dando vueltas al caso de esa chica, buscando en mi memoria qué podría hacer para acortar unos plazos tan imprecisos. En mis primeros años traté a un chico joven con una fractura en el primer tercio del peroné. Algo sencillo, limpio, pero, por alguna razón, el hueso no empezaba a soldar por sí mismo y la rehabilitación se dilató más de siete meses entre magnetoterapia y diversas técnicas que no servían de mucho. Ana parece tener prisa por recuperarse por alguna razón que desconozco. Quizá en su día logre averiguarlo.

Quique me mira fijamente mientras picotea del platito de patatas que nos han puesto con las cañas. Que te conozcan tan bien, a veces, es una putada. No abre la boca, pero me interroga con sus ojos grises hasta que tengo que soltar lo que me angustia y vuelve a reprenderme por ser tan empático con los pacientes. Resoplo, sé que no debería hacerlo, que las personas que pasan por mi consulta y mis manos no son más que conjuntos de huesos y músculos, nervios y tendones; cuerpos que tratar, como aquellos maniqués con los que practicaba cuando aún era un estudiante de primero. Así debería ser, pero siempre me ha costado separar la parte humana de la física. Por

desgracia, no solo me pasa en el trabajo. Eso sí, nunca he pasado de que me afecten los sentimientos de mis pacientes. Una cosa es ser humano y otra jugarse el pan por gilipollas y por pensar con la entrepierna.

Mi amigo me juzga con la mirada mientras le cuento lo que pienso y le pido opinión.

—A ver, primero de todo, deberías hablar con su traumatólogo para saber qué piensa, pero quizá algo de movilidad controlada le vaya bien. Claro que, con el yeso, no es posible. ¿Tú qué crees, Toño? —pregunta a nuestro amigo que acaba de llegar y aún no se ha sentado.

—Que deberíais dejar de pensar sólo en el trabajo —protesta María soltando sus rizos de la cola de caballo en que se los recoge para trabajar y dejándolos caer en una marea negra que le llega por debajo de los hombros.

—Este fin de semana hará bueno, ¿os hace ruta por la sierra? —propone Toño. María resopla exasperada.

—Parecéis monotemáticos —protesta.

—Dile a este —Quique me señala con un gesto de la cabeza—. Ahora le preocupa acelerar la recuperación de alguien que aún no es ni su paciente. De mal en peor...

—Vamos a ver, Ekaitz, ya sabemos cómo eres y no nos sorprende, pero, ¿de verdad? —tercia María.

—No exactamente —me defiendo—. Ella es... será mi paciente, sólo que aún lleva el yeso y no se le puede tratar.

—Pues eso —farfulla Toño, se nota que quiere cambiar de tema.

—Yo te entiendo —cuenta María—, pero es agotador, por experiencia. Yo era así y al final no desconectas, no dejas de pensar en el trabajo y acaba por invadir toda tu vida. No es sano —me coge de la mano y me mira comprensiva con sus ojos castaños—. No te estoy diciendo que seas una máquina sin sentimientos, pero no te impliques tanto. Y ahora planead lo de la bici, que a mi marido ya le sale humo por las orejas —ríe.

Pronto nos vemos con el móvil en la mesa, buscando una ruta de varias horas para la mañana del domingo y acabamos decidiéndonos por una que ya hemos hecho varias veces y que nos llevará por la sierra hasta un pueblecito en el que pararemos a reponer fuerzas antes de afrontar el descenso.

María se aburre y repasa su Instagram cuando oigo una voz conocida saliendo de su teléfono. Ni siquiera sé por qué la reconozco, pero sé que es ella aún sin verla y no puedo evitar pedir a mi amiga que me enseñe quien habla sólo para asegurarme.

—¡Es ella! —exclamo demasiado alto.

—¿Quién?

—Mi paciente.

—¿Bella Style? ¡Venga ya!

—Te lo juro por mi madre. Tiene una fractura múltiple en tibia y peroné y una escayola hasta medio muslo, ¿a que sí?

—¡Y yo qué sé! Eso no lo enseña. Ha dicho que tiene una lesión y sé que tuvo un accidente porque se filtró —protesta María—. ¿Es ella de verdad? —dice enseñándome una foto tan de cerca que no puedo enfocar la imagen y con demasiada emoción en la voz.

—Viva la protección de datos —farfulla Quique.

—Sí, seguro —digo serio y ella empieza a dar saltitos en la silla, algo que nunca habíamos visto y nos deja boquiabiertos.

—Porque no la habéis visto probando maquillaje, es como una urraca —se ríe Toño y ella le

da un codazo sin disimulo.

—Me encanta esa chica, tiene un estilazo...

—Y una cartera... —comenta Toño entre dientes.

—Que sí —protesta su mujer—. Benditos clones low-cost.

Nosotros, que no tenemos ni idea de ropa, maquillaje y todas esas cosas que emocionan tanto a nuestra amiga, asentimos sin entenderla aún sabiendo lo mucho que le molesta. Entorna lo ojos y nos señala amenazante.

—He estado más de media hora escuchándoos hablar de pistas, marchas, piñones y cosas de bicis de las que no tengo ni pajolera idea, ahora os fastidiáis y me escucháis hablar de ropa dos puñeteros minutos.

María se enfada con razón, cuando viene con nosotros, por lo general, se habla de ciclismo, rutas nuevas que nos gustaría probar o ya hemos hecho, algo de baloncesto, la última serie a la que se ha enganchado Toño o el último rollo de Quique. Si nos pilla en plan profesional, solemos comentar nuevas terapias, el último aparato que ha comprado la clínica o algún caso extraño o difícil que nos haya llegado últimamente, en este caso no le importa demasiado. María también es fisioterapeuta, sólo que ella trabaja en un hospital público, estudió mucho para aprobar unas oposiciones que sacó con la mejor nota de la convocatoria y tuvo la suerte de conseguir plaza fija un par de años después. A menudo dice que nos envidia por poder tratar a los pacientes en condiciones. Es muy frustrante ver interrumpido un tratamiento porque no conceden más sesiones o ha agotado el máximo que prescribe la seguridad social y tienes que derivarle a la sanidad privada, dejar lesiones a medio curar o no tener recursos para hacer algo más; que las novedades lleguen tarde si es que llegan —o no poder ofrecer algo más adecuado al paciente porque no lo cubre la pública. Nosotros envidiamos su salario porque, seamos sinceros, cuando trabajas para el estado, el sueldo es algo más alto. Aunque si he de ser franco, para alguien que se dedica a esto por vocación, pesa más un trato adecuado al paciente que un salario más abultado. Y yo soy de esos que estudiaron fisioterapia por vocación.

Cuando era un adolescente, en una de las muchas salidas en bici que hacíamos por los alrededores de mi Ondárroa natal, mi tío se despeñó. Aún no sé por qué perdió el control de la bici en un camino que conocíamos como la palma de la mano. Oí los gritos desde los pocos metros que había avanzado y volví para verle tirado en el suelo con los huesos sobresaliendo de su pierna. La imagen no fue nada agradable y los médicos no le daban muchas esperanzas. Hablaban de una cojera permanente que, probablemente le impidiera realizar algunas actividades como el senderismo —otra afición que compartíamos— o el ciclismo. Le invadió el desánimo, quiso tirar la toalla, pero dio con uno de esos fisioterapeutas que no abandonan y lo dan todo porque el paciente recupere lo máximo posible. Mi tío cojea levemente cuando hace un sobreesfuerzo, pero gracias al doctor Zabala, recién titulado por aquellos entonces, a sus cincuenta y muchos sigue saliendo con su bici de montaña, el año pasado hizo varias rutas por Pirineos con un club de montaña del pueblo y, aunque no es lo que más le gusta, participó en varias carreras populares. Él me despertó la vocación junto a ese joven médico inconformista que no tiró la toalla.

—¿Es muy grave? —cuestiona María y la miro sin comprender—. Lo de Bella...

—¿Ana? —dudo.

—¿Se llama Ana? —ahora la que duda es ella. Me encojo de hombros.

—Fractura doble de tibia con desplazamiento, y también doble en el peroné con fijación con placa y clavos e inmovilización con yeso. Tiene para unos seis meses si todo va bien.

—Dicen que van a quedarle marcas en la cara —tuerce el gesto—. Aunque, por lo que dices, ese es el menor de sus problemas.

—Sinceramente, con una pierna rota, una herida en la cara es lo que menos me preocuparía —sentencia Quique.

—Es modelo —señala Toño.

—Influencer —corrige María.

—¿No es lo mismo? —cuestiona él y ella sonríe.

—Casi, pero no —sé que no nos explica más porque no lo entenderíamos, como cuando intentó explicarnos la diferencia entre un muffin y una magdalena y acabó desistiendo.

—A ver, vive de su imagen, quizá algo de importancia sí que tenga...

—Pero con eso no puedo hacer nada, lo que está en mi mano es recuperar esa pierna.

—¿Has pensado algo? —pregunta María en tono profesional.

—Movilización, pero mientras tenga el yeso...

—¿Y después?

—Electroterapia, masajes... Magnetoterapia para acelerar la consolidación, por supuesto.

—Poco más se puede hacer —afirma María—. Algún ejercicio propioceptivo, marcha progresiva... Aprovecha que tú tienes tiempo para tratarla. Si estuviera en mis manos, en un par de meses se la quitan de en medio.

—Es lo bueno de las clínicas privadas —afirma Quique.

Me voy a casa dándole vueltas a la conversación. Si estuviera en el lugar de María, estaría frustrado, como ella. Tiene que joder decirle a un paciente que no está curado que no vas a seguir tratándole porque no hay dinero y recomendarle que vaya a una clínica privada y pague por lo que la sanidad pública no quiere darle o tardará meses en prescribirle. Qué suerte tienen las personas como Ana, esas que no dudan un segundo en gastar una pequeña fortuna, que para ellos es calderilla, en tratamientos que deberían ser accesibles para cualquiera.

Lo entiendo, el estado del bienestar tiene sus límites y es ahí donde entran las empresas privadas como la clínica en que trabajo. A veces pienso que maldita vocación y que, tal vez, me haya acomodado y el contrato indefinido que firmé al poco de acabar la carrera se haya convertido en la excusa perfecta para no avanzar, no presentarme a unas oposiciones, establecerme por mi cuenta o montar algo con mis amigos.

Todavía recuerdo el día en que Quique y yo dejamos el currículo a unos señores muy trajeados que pasaron cerca de dos horas explicando cómo funcionaban sus clínicas y las condiciones del puesto que ofrecían. Unos días antes, había cogido mis cosas y me había marchado del micro-piso que compartía con Amaia rompiendo mi relación con ella. Supongo que venir a Madrid era una huida hacia delante y el contrato una oportunidad que, como dijeron mis padres tragándose la pena que les daba que me marchase tan lejos, no podía dejar pasar. Todos dicen que tuve suerte —no hablan del trabajo duro para sacar buenas notas y el curro que me llevó a aprobar todo a la primera —y que esta estabilidad es lo mejor que me podía pasar en la vida, pero allí, sentado en el metro, me pregunto si esa estabilidad no será una cárcel y si no me habré acostumbrado a esa tranquilidad.

Capítulo 8

Salgo de la consulta del traumatólogo tan cabreada que mi primer impulso es llamar a Borja. Casi he descolgado cuando salta una notificación de nuevo contenido de Fede en su Instagram. Siempre puntual con sus publicaciones, aunque el mérito es más bien de su asistente. Quizá tenga que llamarla para que le recuerde que tiene una novia convaleciente a la que no estaría de más que visitase de vez en cuando. Desde aquella visita fugaz en el hospital, toda nuestra relación ha sido vía WhatsApp y aún con esas ha sido prácticamente nula. Alega no tener tiempo, es época de eventos, de cerrar nuevas colaboraciones y conseguir otras que sustituyan a las que ha perdido por mi culpa... Y también me echa en cara que otras ocupen el hueco que he dejado, que aún no me haya puesto en marcha, que no tenga un plan, que no llame a Borja para que «me quite eso de la cara» porque «seguro que él puede hacer que te recuperes antes».

Borja en realidad no es médico, trabaja en una clínica sólo porque su familia es la propietaria. Su padre, en cambio, sí lo es, aunque lleva años sin ejercer y se dedica a dirigir la clínica. Pero Borja se dedica a temas administrativos y de marketing. Le encanta jactarse de los logros de “su” equipo médico como si fueran suyos a pesar de no haber entrado a un quirófano en su vida más que para sacar la pertinente foto. Lo que no se puede negar es que está al tanto de los últimos avances. En su negocio lo importante es estar a la última. Esto no lo digo yo, son palabras suyas y prometo que el día que se las escuché tuve que reprimir el impulso de darle un bofetón. Después reparé en que no se refería a salud si no a estética, en nuestro círculo siempre queremos lo último de lo último para estar perfectos y borrar los signos del paso del tiempo, de la vida en la gran ciudad, de la falta de horas de sueño... Yo misma he acudido varias veces a su clínica para eliminar las arrugas de expresión y hacerme algunos tratamientos para mejorar mi aspecto. Pero dudo muy seriamente que Borja y su equipo de cirujanos plásticos puedan hacer que mis huesos suelden más rápido. Además, la marca de mi cara está curando bien, me preocupa más lo que hay debajo del yeso y el papel que he leído cuatro veces desde que he cerrado la puerta de la consulta.

Lo admito, ver a Fede como si nada me da tantísima rabia que cancelo la llamada a Borja y busco el número de la clínica de fisioterapia para pedir cita, quiero empezar cuanto antes. El traumatólogo me ha recomendado empezar ya con unas sesiones de no sé qué magnético, menos mal que me lo ha escrito en un papel, porque no me veo capaz de repetírselo a la recepcionista. En realidad creo que es porque la situación me tiene bloqueada y no sé muy bien cómo actuar. Me explico, desde que me desperté en el hospital me he dejado me he dejado llevar por la inercia. No sé muy bien cómo comportarme, qué hacer. Supongo que tiene que ver con que siempre, desde que llevo en el mundo de las influencers, quiero decir, he llevado una agenda muy organizada, todo lo tenía planificado al milímetro, desde cuándo y dónde hacer fotos, el sitio en que voy a comer o la ropa que voy a ponerme. Todo está planificado con una semana de antelación. Como mínimo. Y ahora me encuentro con meses de trabajo anulados, una agenda que no puedo llevar a cabo y que sigo mirando cada día esperando encontrar algo que pueda hacer que no sea tachar colaboraciones o repasar citas que ya no tendrán lugar. A veces dedico algo de tiempo a buscar inspiración, aunque eso lo hago más bien pasando horas en Instagram y Pinterest. Creo que ya he repasado un millón de veces mis estadísticas y lo único que saco en claro es que los seguidores no dejan de

bajar y que me niego a subir bodegones o videos contando cómo me siento que sólo sirven de carnaza.

El chófer me deja justo en la puerta de la clínica a la mañana siguiente. Llevo un vestido a rayas hasta los tobillos; en mi pie sano llevo una sandalia romana negra porque al intentar calzarme el zueco y andar con él por poco no me abro la crisma. Así que renuncio a la moda y al calzado de temporada y me decanto por algo cómodo que evite que acabe con la otra pierna rota en la medida de lo posible. Mientras iba en el coche, he mandado un mensaje a las chicas y otro a Fede informando de que empezaba, por fin, después de un mes y medio, la rehabilitación. De primeras piensan que ya me han quitado la escayola, pero el entusiasmo se disipa cuando les digo que aun llevo ese aparatoso chisme blanco en la pierna. Con todo, les cito para una merienda en Bump Green cuando salga de la clínica porque me apetece recuperar un poco la normalidad. Y, también, porque quiero hacer un pequeño experimento. Pero me sale el tiro por la culata y rechazan la invitación alegando que tienen la agenda completa.

Me siento a esperar frente a la misma puerta azul. Pensaba que estaba preparada, al fin y al cabo, ya le había visto una vez, pero me quedo boquiabierta cuando el doctor Irizar se asoma apoyado en el marco ataviado con un pijama celeste y fucsia que le queda de muerte. Dice mi nombre como paladeando esas tres letras tan simples. A-N-A. No sé si me impresiona más su metro noventa o sus ojazos verdes que hoy brillan de forma diferente. También sonrío abiertamente. Me siento tentada de preguntar el motivo de esa aparente alegría, pero recuerdo que es mi fisioterapeuta, no un amigo, y me contengo.

Sospecho que yo también sonrío aunque ya no sé si es porque su presencia me descoloca o porque, por fin, puedo empezar la rehabilitación y veo más cerca el final de mi calvario personal.

—Bueno, al fin podemos hacer algo con esa pierna —dice mientras lee el informe del médico—. No te voy a engañar, la magnetoterapia no es obra milagros y los resultados varían de unas personas a otras.

—¿Me va a doler, doctor Irizar?

—Llámame Ekaitz, por favor. Y no, la magneto es indolora. Verás —duda un momento y se levanta—. Acompáñame.

Ralentiza el paso. Lo sé porque con esas piernas kilométricas debe ser capaz de andar un metro y medio por zancada, pero yo soy más lenta que una tortuga con las muletas malditas. Andamos por un pasillo largo, dejando a ambos lados puertas coloridas. Al llegar al final se abre una sala inmensa, de paredes naranjas y mobiliario igual de colorido. De primeras me satura un poco el estallido cromático, después veo a varios niños y adolescentes enganchados a cables o medio metidos en máquinas y me doy cuenta de lo duro que debe ser para ellos estar, de una u otra manera, impedidos. ¡Si lo es para mí y soy adulta! Me quedo mirando a uno fijamente, tiene la mirada triste mientras unos parches blancos pegados a sus piernas hacen que sus músculos se contraigan. A su lado hay unas muletas, lleva una camiseta de fútbol, no reconozco el equipo aunque no es que sea una experta en ese deporte.

—Era futbolista —me explica Ekaitz—, en la cantera de un equipo bastante bueno de segunda, no volverá a jugar nunca —lo dice con una pena sincera, algo en mi cerebro se activa. La pregunta que me ronda me da migraña y la escupo sin intentar callarla.

—¿Yo volveré a andar bien?

Ekaitz me mira de arriba abajo y sonrío divertido. No sé qué le hace tanta gracia, me siento ridícula con estas pintas tan... tan de la temporada pasada.

—Si te portas bien, sí.

Me guía hasta una especie de cilindro donde una niña de unos diez años está metida hasta la cintura. La pequeña lee un libro mientras la máquina trabaja sin hacer ruido.

—Cris, ¿te duele? —pregunta Ekaitz.

—Un poquito —murmura apartando la vista del libro.

—¿Te hace daño la máquina? —dice agachándose para quedar a su altura.

—No —dice como si la pregunta le resultara absurda—. ¿Te da miedo? —me pregunta con una mueca graciosa. Cuando sonrío me doy cuenta de que le falta un diente, no debe tener más de diez años. Es una niña muy simpática—. Al principio da un poco de susto porque no sabes lo que es, luego sólo es aburrido —se ríe y la máquina emite un pitido. A la pequeña le falta salir corriendo, pero cojea levemente y se va con paso ligero hacia unas barras en las que le espera otro doctor.

—No te voy a engañar, el resto de la terapia puede ser dolorosa, pero es necesario si quieres volver a ponerte unos tacones, Bella —me hace un guiño y maldigo porque sabe quién soy. No me hace mucha gracia que mi identidad sea de dominio público y, aunque sé que soy un personaje de internet, me hace sentir vulnerable que lo sepa.

—Vosotros también tenéis eso del secreto profesional, ¿no?

—Tus secretos están a salvo conmigo.

Salgo de allí con citas programadas para una semana y me calma tener algo que apuntar en mi agenda, es como si planificar las cosas me serenase. Cuando la dejo en su sitio, veo el cuaderno blanco, el proyecto que llevaba junto a mi madre y creía haber dejado en su despacho el día del accidente descansa ahora en la mesa de mi salita de estar repleta de notas adhesivas y apuntes a lápiz.

—Su madre lo mandó traer esta tarde —comenta Soraya y doy un brinco en el sofá.

Normalmente se va a las seis y ya son cerca de las siete. La veo cambiarse las zapatillas por los zapatos y coger su bolso. Antes de acercarse a la puerta, entra en la salita y me dice que ha dejado preparada una tortilla vegana y un zumo relajante para la cena junto a mi medicación y me desea buenas noches. Me fastidia pensar que la única persona que se preocupa por mí lo hace únicamente porque le pago un sueldo.

Aún es pronto para cenar, reviso el móvil por si alguien me ha enviado un mensaje o quiere venir a verme, pero ni Fede se ha dignado a ello. Eso sí, su Instagram está lleno de buenos deseos y bonitas palabras, se jacta de estar cuidando de mí, animándome. Verle tan falso, tan embustero, mientras el público cree todas y cada una de las cosas que salen de su boca me da bajón y me hunde más en el estado de desánimo en que me encuentro. Y creo que es por lo mucho que me gustaría que sus palabras fuesen verdad.

Pensaba que trabajar en «la agenda blanca» me ayudaría a levantar el ánimo, mi madre la ha llenado de notas remarcando lo que ella cree que está mal, que parece ser casi todo, y, cuanto más lo leo, más me doy cuenta de que no tenemos la misma idea en relación al proyecto. Yo quiero que les sirva a todas las novias del mundo. En realidad, fue idea de la editorial, pensó que así habría más ventas que si lo dirigiéramos solo a gente de nuestro entorno. Pero mi madre... Bueno, ella es Mariele López de la Calle y todo lo hace a lo grande y para la alta sociedad.

Empiezo a quedarme traspuesta mientras repaso las notas y me esfuerzo por entender qué diablos pensaba mi madre cuando decidió embarcarse en este proyecto. La gente de nuestra clase

no necesita una agenda para organizar su boda porque ya tiene a personas como ella para que se la organice. Es absurdo pensar que alguien que puede destinar una partida de su presupuesto a vestidos de repuesto para el banquete y el baile, varios zapatos para cambiarse a medida que transcurre el día y detalles como contratar maquilladoras y peluqueras para que asistan desde primera hora a las invitadas, vaya a gastarse dinero en una agenda pudiendo pagar a alguien que se encargue de gestionarlo todo por ella. Y, si lo hacen, es solo porque está de moda y queda de lujo en sus fotos de Instagram. No, mi idea era crear algo útil para las novias de a pie, las desafortunadas que hacen malabares con el presupuesto para poder incluir una barra de alpargatas en el baile. Quizá la culpa es mía por involucrar a la organizadora del «*baby shower* más *cool* del momento», según una prestigiosa revista del corazón, en algo dirigido a la clase media.

Apenas pruebo la tortilla, apuro el zumo y cojeo hasta la cama sin poder evitar echar un último vistazo al móvil sólo para comprobar que nadie se preocupa por mí.

Capítulo 9

Me maquillo con un ahumado en tonos suaves y remato con un labial mate color berenjena que me encanta, remato con un delineado negro intenso muy marcado y alargando el rabillo del ojo. Sonrío como buena anfitriona y espero a que lleguen mis invitados sentada en un taburete de la barra de la cocina. Espero. Espero... Soraya mira impaciente el reloj, ya hace un buen rato que tenía que haberse ido a casa; yo disimulo que me está dando bajón revisando las redes sociales en busca de alguna señal que me indique que están de camino o, al menos, me permita desmontarles la excusa cuando tengan la cara de dármeles. Cuando suena el timbre doy un respingo. Meli se disculpa por la tardanza excusándose en que tenía que cerrar unos temas urgentes en la redacción. No sabe nada del resto, pero no tardamos en averiguar que están en la reinauguración de una terraza en el centro a la que yo también estaba invitada antes del accidente. Reprimo las ganas de pedirle que se marche, sospecho que, si está allí conmigo es porque necesita información de primera mano y, como me niego a dársela y que la utilice para trepar, me dedico a indagar en su relación con Borja. La noto distraída y sólo da muestras de tener sangre en las venas cuando exclama:

—¡Será capullo! ¿Esto es trabajar hasta tarde? —me pone el móvil tan cerca que no soy capaz de enfocar la imagen —. ¡Le mato! ¡Te juro que le mato!

En la foto salen Borja, Fede, Caye y algunas personas más de las que no recuerdo el nombre ni si las conozco de algo más que de cruzarnos en alguna fiesta y ver sus seudónimos por las redes.

—Lo siento, Ana —murmura porque sabe lo que eso significa, pero yo planto mi mejor sonrisa y le quito importancia demostrando una vez más que, a veces, el pintalabios es sólo una bonita máscara bajo la que esconder lo que sentimos de verdad. Y esto me duele demasiado como para dejarlo pasar. Pero lo entierro aunque sólo sea por esta noche.

Que sólo estemos Meli y yo lo hace todo más distendido. Nos reímos recordando momentos embarazosos, mordisqueamos las galletas de avena como ratoncillos, nos entretenemos mirando fotos y videos viejos... Y, de pronto, pregunta.

—¿Cómo estás? —por su tono sé que no quiere cotillear. Meli suele ponerse tensa cuando esconde segundas intenciones, pero esta vez está relajada y sus ojillos brillan preocupados. No hay ni un atisbo de profesionalidad en ella.

—Bien —miento, pero ella me conoce y no puedo engañarla con un poco de carmín berenjena —. Cansada, no puedo dar ni dos pasos seguidos —me quejo —. Y esto va demasiado lento. Me agobia ver lo poco que he avanzado.

—¿Has hablado con Borja?

—¿Puede hacer que me suelde antes el hueso? —espeto con sarcasmo y ella niega con la cabeza —. Pues no hay nada de qué hablar.

Noto como su vista se fija en la marca de la abrasión. La costra se terminó de caer hace unos días, pero ni el mejor corrector de mi arsenal ha sido capaz de cubrirlo por completo, siempre queda una pequeña marca de piel descamada. Cambio de tema, le ofrezco una de las cosas que más le gustan y es divertida para las dos. Con algo de esfuerzo, nos dirigimos a mi despacho donde unas cuantas cajas, demasiadas para lo que suelo tener acumulado, descansan en un rincón.

Algunas aún conservan el precinto intacto, pero, dado que la mayoría de las marcas que me enviaron esos productos ya no colaboran conmigo, he decidido hacer una poti-fiesta con Meli. Ella siempre se queja de ser el segundo plato y quedarse con las sobras que Caye y yo no queremos, pero hoy puede elegir. Hoy todo lo que salga de esas cajas puede ser suyo. Es mi forma de agradecerle que esté aquí esta noche, conmigo.

Me siento en el sofá y la veo disfrutar como un niño la mañana de Reyes. Abre las cajas de ropa, zapatos, maquillaje, tratamientos... Esparce su contenido por el suelo y, al contrario, de lo que suele hacer Cayetana, separa primero aquellas cosas que cree que pueden gustarme o quedarme bien y, después, selecciona unas pocas que pide permiso para coger o probarse. Yo le dejo llevarse lo que quiera, no tengo ningún interés en quedarme nada de lo que me hayan enviado, no quiero publicitar marcas que me han dado la espalda en los momentos difíciles. Me maldigo por no haber sido más equitativa en el pasado. Meli es una buena chica, agradecida y, por lo que me está demostrando, amiga de sus amigas. Al fin y al cabo es la única que se ha dignado a aceptar mi invitación a pesar de no ser un gran evento social. Cuando se marcha a casa lo hace con un gran botín y una sonrisa tan grande que no le cabe en la cara. Me consta que se han quedado muchas cosas que le gustaban en el despacho. Como ese labial rosado que ha dejado en mi montón o la falda tableada de flores que se ha quedado mirando embelesada cerca de dos minutos y ha doblado cuidadosamente antes de dejarla en la caja donde ha ido guardando esas prendas que cree que me favorecen. Vuelvo al despacho y hago un gran esfuerzo para agacharme y rebuscar en mis montones y cajas unas cuantas de esas cosas que Meli no ha querido llevarse a pesar de que le encantaban y las aparto para dárselas en otro momento.

Me acuesto sin mirar las redes, no quiero amargarme la que ha sido, sin duda, una gran noche.

Capítulo 10

Debo estar en racha de sueños reveladores, ya son varias noches en las que parece que mi subconsciente me envía señales. Quizá, no poder centrarme en el trabajo hace que mi mente ponga en orden las ideas. Cuando me despierto lo hago con la idea de tener que quedar con Fede. Es una obligación que me auto impongo, debemos hablar de una boda que se ha retrasado y ya no tengo muy claro que quiera celebrar y no es lo único. ¿A qué viene esto? Pues a que he soñado que me probaba los vestidos más maravillosos del mundo y ninguno me hacía llorar, ninguno me hablaba, ninguno era mi vestido... Y a que me ha dado tiempo a rumiar la rabia que me dio que Fede prefiriese pasar la noche dejándose ver que conmigo, que soy su prometida y, se supone, debería importarle más que estar en el candelero. Lo primero que hago, después de tomarme el zumo detox que me ha preparado Soraya, es llamarle. No enviar un wassap o un correo, no, una llamada que no me coge. El siguiente intento es llamar a su despacho, donde su ayudante me informa de que mi querido novio está muy ocupado y no puede atender llamadas por lo que me pide que le deje un recado al que sé que no hará caso o que concierte una cita en alguno de los pocos huecos de su agenda que sé que va a cancelar en el último momento con alguna excusa tonta. Así que recorro al plan B, o C, según se mire, y pido un coche para presentarme en su oficina, aunque esté a dos manzanas de mi piso, no puedo ir andando.

Soraya me ayuda a ponerme algo mono y a la moda, aunque sigo sin poder llevar pantalones y me desespera llevar cerca de dos meses con la puñetera escayola y un solo zapato. Intento por todos los medios tapar la marca que tengo en la mejilla para que no se fije en ella, pero solo consigo crear un parche que hace evidente que tengo algo en esa zona de mi cara y desisto. Si esa marca es más importante que lo que tengo que contarle, tendré que tomar medidas.

El conductor no tarda ni dos minutos en dejarme en la puerta, menos de lo que tardo yo en subir y bajar del coche. En el ascensor hasta el ático donde mi chico tiene el despacho, repaso mentalmente el discurso que llevo preparando desde el desayuno. Entro sin llamar, como siempre. Su ayudante me hace un repaso tan exhaustivo que estoy por preguntarle qué tal va la soldadura de mis huesos, parece tener rayos X en los ojos.

—Fede está ocupado —me dice con esa voz de repipi que tanto me molesta.

Pero me giro hacia su mesa y le veo repantigado en la silla, con los pies sobre el escritorio, riéndose mientras trastea con su móvil. Estoy segura de que me ha visto y prefiere hacer como que no sabe que estoy ahí, vuelvo a mirar a su ayudante, que me observa con cara de malas pulgas.

—Yo no le veo tan ocupado.

Me gustaría acercarme airada, demostrar lo mucho que me cabrea que me ignore, pero con las dichas muletas solo puedo cojear y dejarme caer en el silloncito turquesa frente a su escritorio cuando llego exhausta a pesar de los pocos metros que lo separan de la entrada del estudio. Aparca el móvil y sonrío antes de preguntar con fingido interés:

—¿Cómo estás?

—¿Por qué no viniste anoche? —gruño evitando su pregunta. Se levanta y rodea la mesa para

sentarse en el brazo del silloncito y coger mi mano entre las suyas.

—Nena, Bella —susurra zalamero—. Sabes cómo es este negocio. O te ven o desapareces. Mira tú cuenta. Si no voy a esas fiestas y todos esos eventos y compromisos... Me arrastrarás en tu caída. Así podré ayudarte a remontar el vuelo cuando, bueno, cuando decidas volver.

—Cuando pueda volver —corrijo.

—Sí, bueno, eso... La verdad, no es muy... *fashion* esa escayola —se ríe y sé que lo hace de mí porque utiliza el mismo tono mordaz con que se burla de los blogueros pequeños—. Es de bastante mal gusto, ¿por qué no te la quitas?

—Quizá porque no puedo —escupo las palabras intentando volver a mi discurso, pero veo cómo vuelve a su silla y a fijar su atención en el móvil y se me descolocan las ideas.

—Deberías subir algo, un *tbt*^[8] o algo así, revive tu cuenta porque se muere —y me enseña la pantalla señalando un número de seguidores muy por debajo del que tenía hace unos meses. Mi autoestima se desploma, siento cómo mi mundo se hunde sin que pueda hacer nada para salvarlo... Ni para salvarme. Para colmo, antes de que pueda decir nada sobre el tema, Fede suelta sin mirarme a la cara — he cancelado la boda.

Así, unilateralmente. Ha llamado a la iglesia y anulado nuestra fecha, cancelado todo lo que ya habíamos contratado desde el restaurante hasta el fotógrafo, y avisado a su parte de amigos y familiares. Y tiene la cara de pedirme que hagamos un comunicado conjunto explicando que sólo es un aplazamiento debido a mi estado físico.

—Vete a la mierda, Fede —exploto perdiendo los papeles y el hilo de todo lo que quería decirle de forma educada. Quiero marcharme deprisa, para que a mis ojos no les dé tiempo a desbordarse, pero, una vez más, las dichosas muletas no me dejan y aguanto el tipo como puedo hasta llegar a la calle donde espero que llegue el coche para ir a la clínica de rehabilitación y lucho con todas mis fuerzas para no echarme a llorar.

Capítulo 11

Sé que algo va mal en cuanto la veo en la sala de espera. Y no solo por los ríos negros que corren por sus mejillas, si no porque no está, como de costumbre, tan enganchada al móvil que ni se entera de que estoy frente a ella. No debería, pero la llevo al baño de empleados y salgo en busca de alguna compañera que me dé una toallita o algo con lo que pueda limpiarse el desastre que las lágrimas han provocado. Trato de ser profesional y no meterme demasiado en su vida, aunque no puedo evitar preocuparme, así que tanteo el terreno.

—¿Malas noticias?

—Acabo de dejarlo con mi novio —solloza y se deja caer en una silla hundiendo la cara en sus manos para que no la vea llorar otra vez.

María nos contó que Ana llevaba toda la vida con el mismo chico y, aunque fingía no prestarle demasiada atención, tomé nota mental de todo. Ana es una chica guapa, simpática, incluso, cuando se quita la máscara de superestrella de las redes sociales y se permite ser ella misma, mostrar sus preocupaciones e inquietudes. A Quique le preocupa que me encapriche de ella o, peor, que me encoñe. María fue más directa.

—Ni se te ocurra enamorarte, Ekaitz, que la cagas. Recuerda el juramento.

Pero yo no entendía por qué estaban tan obsesionados con el tema, solo es una paciente más con la que, quizá, he empatizado algo más de la cuenta. Cuando termina de limpiarse la cara, pasamos a la magnetoterapia. Me fijo en que es la primera vez que la veo sin una gota de maquillaje y está preciosa. Lleva el pelo castaño recogido en una cola de caballo, los ojos marrones están enrojecidos por las lágrimas, pero los veo más expresivos que otras veces. No trata, como otras veces, de guardar las apariencias, no se esconde tras una sonrisa perfectamente pintada, se la ve derrotada, cansada y me marchó para no preguntar por qué. Porque ya sé la respuesta. Las rupturas son duras, sobre todo cuando una de las partes se esfuerza por no acabar la relación pero, al mismo tiempo, la otra se esfuerza en dinamitarla. No puedo evitar pensar en mi experiencia.

Amaia y yo no éramos buenos el uno para el otro, yo estudiaba demasiado mientras mis padres se esforzaban para pagar mi parte del alquiler. Ella estudiaba un poco menos, trabajaba a jornada parcial y se esforzaba por querer siempre más de lo que tenía y lo que podía darle. Llenaba todo mi tiempo libre pero el suyo lo llenaba también con sus amigas y compañeros de trabajo con los que solía salir de vez en cuando. Era celosa, absorbente, posesiva y siempre encontraba algo que echarme en cara. Como que salí a celebrar mi graduación con algunos compañeros y amigos. Amaia era, sobre todo, vengativa. Cuando llegué a casa de madrugada, ella había salido, me había dejado un mensaje para avisarme. Estaba aburrido viendo las horas pasar en el despertador y me puse a revisar Facebook. No soy muy amigo de las redes sociales, tengo WhatsApp casi por obligación, pero esa noche me pareció buena idea revisar las fotos que habían subido mis amigos; mi hermana, que había ido a cenar con su entonces novio y lucía orgullosa un pedrolo en la mano izquierda —síntoma de que, por fin, se habían decidido a dar el paso de casarse —; y Amaia con sus amigos. Me encontré con algo que hubiera preferido no ver y es que a mi novia le pareció buena idea subir fotos en actitud demasiado cariñosa con un chico al que no había visto en mi

vida. Cuando entró por la puerta, a las nueve y media de la mañana siguiente, yo había tenido demasiadas horas para rumiar lo que había visto y darle vueltas a la forma en que se lo diría, pero no me dio tiempo. Me miró ceñuda y puso en entredicho lo que había estado haciendo la noche anterior. Quise replicar, quise decirle que no tenía nada de qué preocuparse, no como yo, pero tragué saliva y me armé de valor para sentenciar nuestra relación con un sencillo «se acabó». Recogí lo más básico y prometí volver a en unos días a recoger todo lo demás. Ella gritó, lloró, protestó y me suplicó que perdonara la estupidez que había hecho acostándose con aquel desconocido. Esperaba que lo de las fotos hubiera sido sólo un tonto para darme celos y ya estaba muy quemado de aquella actitud tóxica, así que me fui.

Después de eso pasé unos días muy perdido, no sabía qué hacer con mi vida después de compartirla con otra persona durante tres largos años. Lo pasé mal a pesar de haber sido quien cortó la relación, como si algo se me hubiera roto por dentro, como si faltara una pieza. Por eso reconozco los sentimientos de Ana, solo que yo encontré pronto una solución y, aunque hay quien sigue pensando que huí, yo sigo creyendo que era la única forma de avanzar.

Atiendo a otros pacientes mientras la máquina de magnetoterapia hace su trabajo y ella hojea una revista de moda que alguno de mis compañeros le ha dejado. Termina unas movilizaciones y un masaje antes de que su máquina pite avisando del fin de la sesión. Por lo general, suele quedarse tranquila esperando que vaya a ayudarla a salir del tubo, pero hoy se sienta y parece tener prisa por marcharse. Y la entiendo, de verdad, pero justo por eso le hago pasar a la consulta.

Me hace gracia ver cómo intenta demostrar lo enfadada que está, cómo camina intentando hacer ver lo que siente: el cabreo, la rabia, la frustración y, quizá, el dolor. Sé que suena dramático, pero romper con alguien a quien has querido duele como si te arrancaran una parte de tu ser. En mi caso, distraerme suele aliviar ese dolor. Me tienta la idea de invitarla a tomar algo, un café en mi descanso, tal vez, pero recuerdo el juramento hipocrático y me doy una bofetada mental mientras recuerdo las palabras de Quique sobre involucrarme demasiado. No, no es buena idea, y termino diciendo lo primero que se me ocurre y me parece una buena excusa: pregunto por la siguiente cita con el traumatólogo, recomiendo una radiografía para comprobar si la terapia está haciendo algún efecto y recomiendo mover los dedos del pie. Ella solo asiente y promete mantenerme al tanto de todo.

—Estoy deseando que me quiten la escayola —suspira.

—Bueno —elijo las palabras para no parecer un aguafiestas, pero me sale mal —. Aún quedará un largo camino después de retirar el yeso...

—Al menos podré vestirme en condiciones —mira su pie descalzo —. Esto está completamente pasado de moda, es como de hace dos temporadas.

Suena superficial y forzada, parece que el tema ropa le molesta sólo por el qué dirán, no porque sea algo que le preocupe en realidad. Aunque sospecho que el tema puede dar para varias horas de conversación, escupo la pregunta sin pensar en las consecuencias, me sorprende estar realmente interesado, suele pasarme con todas las cosas que no entiendo, soy una persona muy curiosa, y, siendo sincero, no comprendo cómo funciona el mundo de una influencer.

—A ver —empieza —¿quieres la versión larga o la corta?

—¿Qué diferencia hay? —cuestiono mientras doy un vistazo a la agenda y sospenso el tiempo que tengo.

—Versión corta: hacerse fotos, recibir regalos, ir a fiestas y que te paguen por todo ello — dice seria.

—¿Versión larga?

—Estar SIEMPRE perfecta —remarca la palabra «siempre» —, vestir siempre a la moda, seguir todas las tendencias, da igual que el péplum te saque culo de pato o el corte midi te haga parecer un retaco; aceptar todo lo que te dan las marcas y decir que TODO es maravilloso; ir a todas las fiestas y eventos y dejarte ver disfrutando aunque estés agotada o enferma; asumir que TODA tu vida es pública y no enfadarte cuando algún capullo difunde las imágenes del peor día de tu vida. No parar NUNCA, no pasar ni un día sin subir una foto. Tener toda la vida planificada con meses de antelación. ¡Si hasta mi pedida de matrimonio fue un paripé orquestado! Mi boda va... iba a retransmitirse en directo en Youtube, toda la flor y nata de la alta sociedad de Madrid y los influencers más cotizados estaban invitados aunque la mayoría me caen fatal. Iba a ser la boda del año y realmente solo me importaban cuatro personas de entre los quinientos invitados. Tienes que asumir que los que te sonrían a la cara están deseando que tropieces para pasarte por encima, que todo es falso y los que hoy te adulan mañana te darán la espalda. Pero tienes que seguir sonriendo y publicando y da igual si tienes la pierna hecha añicos y no puedes andar si no es con esos malditos palos —señala las muletas—. Lo único que importa es que te operes para borrar la marca que el airbag te ha dejado en la cara, que vayas a la clínica de estética para que te retoquen las cejas que te han crecido mientras estabas sedada —se le rompe la voz y aguanta cómo puede el sollozo para tragarse las lágrimas y levantarse con toda la dignidad que le es posible—. Que nada de esto salga de aquí —pide en voz baja—. Bastante hundida está ya mi carrera.

Se marcha cojeando, fingiendo que no ha pasado nada, que no hemos mantenido esta conversación y todo vuelve a la normalidad. Siento pena por ella, una pena que me asquea, pero forma parte de mi forma de ser, de empatizar tanto con la gente. Me explico, yo soy un tío organizado, tengo mi agenda con las citas de mis pacientes, planifico las salidas al campo o con la bici y procuro mantener un poco de rutina en casa con la limpieza y la compra, pero de ahí a tener las veinticuatro horas del día planeadas va un trecho que me parece excesivo. Todos necesitamos dejarnos llevar, ratitos de fluir, desmelenarnos de vez en cuando, dejar que la vida nos sorprenda. Pero si le quitamos la espontaneidad, si la atamos en corto y lo tenemos todo controlado, nos perdemos lo más divertido y maravilloso de la vida. Y empiezo a ver en Ana una preciosa cáscara de oro completamente hueca, vacía. Cuando lo que opinen los demás pesa más que lo que quieres tú mismo, vivir se convierte en el ojo de un huracán.

Capítulo 12

Salgo de la consulta como si nada, como si la bomba que acabo de soltar no hubiera estallado, pero lo ha hecho y la explosión me retumba por dentro. Nunca se me había pasado por la cabeza o, mejor dicho, no me había parado a prestarle atención a ese pensamiento. Estaba demasiado ocupada siempre para pensar en todo lo que rodea a mi profesión, demasiado metida en ella para entender que lo que pensaba que me daba la vida estaba, en realidad, quitándomela. Los falsos halagos, las sonrisas que apuñalan por la espalda, esa perfección incómoda y la publicidad de todo lo que haces. Había archivado esa idea fugaz que, de vez en cuando, me cruzaba la mente en algún rincón oscuro para no tener que hacerle caso, pero ahora es como si un potente foco la alumbrara y no pudiera ver nada más. He olvidado cuando fue la última vez que hice cualquier cosa y no tuvo repercusión mediática. Desde mi bautizo hasta el accidente de tráfico pasando por la comunión e incluso cuando iba de compras. Todo era noticia, todo era de dominio público. ¿Qué quedaba para mí?

Para cuando quiero darme cuenta, la noticia de que Fede y yo hemos roto ha dado la vuelta al mundo. Los medios se han hecho eco y las redes se inundan con titulares sensacionalistas y montajes fotográficos. Solo puedo pensar en que esto es la puntilla a mi carrera, lo único que faltaba para terminar de hundirla en el olvido de las que fueron alguien y ahora nadie recuerda. Porque, por si queda alguna duda, todo el mundo me señala como la culpable de la ruptura, empezando por él. Y no se puede negar que sea cierto, fui yo quien dijo la última palabra, quien le mandó a paseo, pero no he perdido las ganas de luchar por el que ha sido mi único novio y el único chico con el que he estado.

He ignorado tanto el teléfono que las notificaciones abarrotan cada píxel de la pantalla. En un alarde de no sé muy bien qué, pero creo que viene empujado por mi amor propio, decido borrarlas todas, silenciar todo salvo las llamadas y guardar el móvil en el en el bolso. Hace diez minutos que tengo al chófer dando vueltas por Madrid porque no quiero encerrarme en casa. Algo muy dentro me dice que, si lo hago, se me caerá encima de tanto pensar. Consecuencias de replantearme toda mi vida, supongo.

Mientras pasamos por las calles atestadas de gente, me da por hacer balance. Me gradué en comunicación y protocolo, tengo un máster en organización de eventos y varios cursos en gestión de redes sociales y similares. A día de hoy, a excepción de los cursos y unos muy pocos conocimientos del grado, dudo que nunca haya utilizado nada de lo que estudié. La idea era ayudar a mi madre como wedding planner, pero me picó el gusanillo de las redes, me abrí un blog de moda y estilo un poco por insistencia de mis compañeras y amigas y otro poco porque sentía cierta pelusilla de todas esas blogueras americanas a las que veía por internet y de las que copiaba tendencias. No sé si por suerte o porque aprendí a gestionarlo muy bien, en poco tiempo ya era una prestigiosa influencer. Conforme crecía el número de seguidores, disminuían mis ganas de seguir los pasos de mi madre. Hasta que hoy he recordado lo que quería ser de mayor. No ha sido de casualidad, cuando una repasa el camino que le ha llevado donde está, no tarda en llegar al inicio de todo. Y, en mi caso, era la idea de seguir los pasos de mi madre. Todo se ve tan bonito desde fuera que parece casi irreal, pero nunca he encontrado mejor descripción para la profesión

de organizador de bodas que la de cumplir sueños.

Meli está esperando en mi portal cuando, por fin, me decido a volver a casa. Me confiesa preocupada que Borja ha decidido situarse del lado de Fede en este ríñon rafe, todos creen que terminaremos por arreglarlo, que sólo es fruto de la tensión por no estar al cien por cien y todo lo que eso significa para nuestras carreras. Asiento y miento y me digo a mí misma que quizá tengan razón y todo se deba a la frustración por haber descolocado mi vida, pero mi amiga se va una hora después y las mismas certezas siguen atosigándome.

Siempre he necesitado un poco de orden, pero lo que llevaba hasta el día del fundido a negro era demasiado. Si lo pienso a fondo, no dejaba ni un segundo a la improvisación y por eso ahora me cuesta tanto vivir sin un plan, sin saber qué voy a ponerme mañana, dónde y, si se terciara, con quién voy a comer, si tengo un evento, una sesión o alguna colaboración. Me entristece pensar que he supeditado mi vida a un guion estricto que no me permite vivir. Soy un mono de feria que solo sirve para ser visto, uno de esos cientos de carteles publicitarios que adornan Gran Vía... Hasta mi boda era una farsa, era lo que tocaba después de tantos años de relación, pero, ¿de verdad quiero a Fede?

Me duele más el haberme dado cuenta de toda la falsedad que me rodea que el hecho de haber cortado una relación de toda la vida. Somos amigos desde niños y, confieso, siempre me han atraído sus ojos oscuros y ese estilo que tiene tan elegante hasta cuando lleva un simple *jean* y una camiseta. Pero no sé cómo es realmente. Su vida es tan igual a la mía, tan planificada, tan perfecta cara a la galería que, sin tiempo para no estar expuestos, todo se reduce a sonreír y saludar. Nunca hemos discutido hasta ahora, nunca hemos sufrido una crisis o nos hemos distanciado porque todo lo que se esperaba de nosotros es que fuéramos la pareja ideal y representáramos nuestro papel a la perfección. Estábamos tan expuestos que no había un «detrás del telón». Tanto que se nos olvidó que estábamos dejando correr la vida mientras nos dedicábamos a actuar y que, al contrario que en el cine, en la vida no hay segundas partes y las historias no siguen después de la palabra fin.

Parece increíble lo que da de sí una pierna rota. Lo mismo se me ha subido un trozo de hueso al cerebro y ha producido el cortocircuito que ha desencadenado toda esta tormenta de emociones que, de seguro, me robará el sueño. Quizá por eso he sacado de la estantería mis proyectos del grado y del curso de wedding planner y me he centrado en hacer mejoras en la agenda blanca. Tal vez solo necesite un proyecto nuevo. Puede que lo único que necesite sea centrarme en algo para desconectar. O, a lo mejor, estoy ante un nuevo camino, ante la alternativa a resignarme, fluyendo por primera vez en años.

Capítulo 13

Estoy tan concentrada que no oigo el timbre. Es sábado, el final del verano nos ha regalado una tarde de tormentas y no espero a nadie. Y menos a alguien que abre con su propia llave. Sólo Soraya, mi madre y Fede la tienen y ninguno suele utilizarla cuando saben que estoy en casa. Me cuesta un par de minutos llegar al salón desde el despacho. Me encuentro a Fede de pie, vestido impolutamente con un pantalón chino negro, camisa azul cielo y americana tostada; lleva el pelo revuelto de forma estudiada y unas gafas de pasta que no necesita pero le hacen parecer muy interesante. Siempre he creído que le dan un aire muy sexy. Tardo unos segundos en reparar en el ramo de rosas rojas de tallo largo que lleva en la mano. Reprimo las ganas de soltar las muletas y correr hacia él para encaramarme a su cuello, entre otras cosas porque dudo que mis huesos sujetos por una placa de titanio soporten una carrera de tres metros. Pero se me dibuja una sonrisa y se me ablanda el corazón.

Fede se disculpa y suena sincero. Me pide perdón y se arranca con un discurso que, conforme pasan los minutos parece más y más estudiado.

—De verdad, Ana, cariño, sólo quiero lo mejor para ti. Si me dejaras demostrarte lo mucho que me importas... Por favor, vuelve conmigo, te quiero y sabes que tú también me quieres, ¿qué sentido tiene todo eso? ¿Hay que aplazar la boda, qué más da? Lo que importa es que te recuperes y superemos esto juntos. Ya habrá tiempo de casarse. Lo primero es que te mejores, arreglar el hueso y las cicatrices...

Y saltó la liebre. Si hubiera tardado unos minutos más en hablar de cirugía estética, es muy probable que estuviera rendida a sus pies y hubiera accedido a volver con él, pero no, así no. Me doy cuenta en ese momento de que ha estado evitando mirarme a la cara desde que ha entrado por la puerta y me siento tentada de echarle, pero no quiero montar una escena y darle pie a lanzar un escándalo por las redes así que respiro hondo y niego con la cabeza buscando las palabras adecuadas sin encontrarlas.

—Eso no va a pasar —replico al fin—. Tú y yo no vamos a seguir perdiendo el tiempo juntos, desperdiciando nuestras vidas y perdiéndonos lo que nos tenga preparado. No voy a arriesgarme a entrar en un quirófano por una marquita que, seguramente, desaparezca con el tiempo y una buena crema, no pienso operarme las cicatrices de la pierna sin saber cómo son o si tendrán que volver a abrirme si no queda bien. Y no voy a volver a ser una influencer.

Vomito estas últimas palabras como si me estuvieran ahogando, como si no me dejaran ver la realidad. Salen de mi boca sin que me de tiempo a filtrarlas, un pensamiento fugaz que no tengo claro si es una realidad o solo forma parte de la pataleta. Pero casi lo agradezco porque, de haberles dado una mínima vuelta, es muy probable que nunca las hubiera pronunciado y no sintiera la liberación que siento ahora mismo.

—Por favor, vete. Y llévate las flores, no las quiero. Ya conoces el camino.

No me molesto en levantarme del sofá. Cuando cierra la puerta a su espalda siento que me he quitado un peso de encima y lo veo todo más claro. No le quiero, dudo haberlo hecho alguna vez. Y así es mejor para los dos.

Se me pasa la hora de cenar centrada en la agenda. He pasado la tarde revisando apuntes,

tomando notas, repasando y siguiendo cuentas de *wedding planners* en las redes y buscando ideas que hagan de esta la guía definitiva. Le he dado un giro total y ahora sí es lo que quería en un principio, ahora sirve para todas las novias. Tiene una parte que explica paso a paso las cosas más importantes de una boda, desde el papeleo y los plazos hasta los detalles de los invitados y todo aquello que no puede faltar. He añadido un apartado para anotar todas las citas previas, un *check-list* con calendario para que sea casi imposible olvidar nada y llevarlo todo al día, unas páginas donde poder hacer una comparativa de los proveedores seleccionados, otras para lluvias de ideas y paneles de ideas... Cuando quiero darme cuenta me he quedado dormida sobre los apuntes y otra nueva idea germina, es sólo un pequeño brote verde que tengo que regar, sobre el que tengo que reflexionar mucho y trabajar más para sacarlo adelante, pero también noto algo cálido que nace y anida en mi pecho y reconozco la ilusión con la que empecé mi proyecto de bloguera, con la que trabajaba al principio.

Paso el domingo ojeando las revistas de novias que me prestó mi madre para ayudarme a organizar mi boda, pero ahora lo hago por gusto, por recordar lo mucho que me gustaba verlas, imaginar que era yo quien hacía realidad los sueños de todas esas parejas montando esos escenarios de cuento... El gusanillo vuelve a picarme y me siento tentada de llamar a mi madre y pedirle un trabajo junto a ella, pero algo me dice que no es buena idea, que no es lo que quiero. No, mi idea no tiene que ver con ayudar a chicas consentidas y sin ningún problema económico a hacer de su boda un cuento de hadas porque no me supone ningún reto. El verdadero desafío es conseguirlo cuando se tiene un presupuesto limitado.

Es triste asumirlo, pero ya no espero que nadie vaya a verme, seguramente Fede se haya encargado de poner al día a nuestros amigos y, estoy convencida, ahora son sólo los suyos. A última hora me sorprende recibir un mensaje de Meli preguntando cómo estoy y otro en el grupo donde estamos ambas y Caye, quien acaba de convocar una reunión urgente para desayunar en Salvador Bachiller. Casi puedo averiguar el tema central de la reunión y me excuso en mi pierna rota para trasladar la reunión a mi casa. Acceden enseguida y anoto en mi agenda la reunión antes de llamar a Soraya para pedirle que vaya media hora antes y disculparme con ella mil veces por el abuso. Necesito que me ayude a vestir y a prepararlo todo antes de la llegada de las chicas.

Por la mañana preparamos la barra de la cocina como si del restaurante más *cool* de Madrid se tratase, todo es instagrameable: tenemos zumos ecológicos de Fit Food, croissants de mantequilla, pan de chocolate, financiers^[9] de frambuesa, tartaletas de limón y tartar de mouse de mandarina con chocolate con leche de Fenty bistró. Soraya ha preparado su café especial y tiene listo el espumador de leche para cuando lleguen mis amigas. Yo me he maquillado con un look *no make-up*^[10] y llevo el pelo recogido en una cola de caballo que he rizado ligeramente con espuma para darle un efecto mojado que he decorado con un pañuelo de seda; llevo un mono largo de satén rosa de Victoria's Secret que cubre casi toda la escayola y una zapatilla a juego.

Meli llega primero, cargada con su maletín de trabajo, lleva uno de los vestidos que le di en nuestra pequeña fiesta y calza unos zapatos divinos de la última temporada de Michael Kors que, de seguro, no se ha comprado ella. Caye llega tarde, como siempre. Ella sigue asegurando que es elegante llegar unos minutos tarde —depende del día pueden ser cinco, treinta o más de una hora— aunque me esfuerce en recordarle que es una falta de respeto mientras miro a una Meli impacientándose y mirando el reloj, inquieta por llegar tarde a la redacción. Eso sí, ella está perfecta, con su delineado totalmente simétrico, sus labios Ruby Woo^[11] potentes y un ligero rubor que parece natural pero lleva el nombre de Channel impreso en la polvorera. Calza unos tacones

de vértigo de Jimmy Choo que resuenan en mi piso y hacen que mi zapatilla muera de vergüenza y yo de envidia.

—No sabía que fuera de una fiesta de pijamas —espeto con sarcasmo mientras le da su gabardina a Soraya de muy mala manera.

Viene en plan diva, lo sabe y está dispuesta a recitar su discurso sin interrupciones. Espera que acate sus órdenes disfrazadas de consejos y buenas intenciones, pero no me engaña. Su sermón se parece mucho al de Fede. Si yo caigo, ellos caen. Si yo dejo de recibir regalos, ella no podrá rapiñar nada y no es que tenga demasiadas colaboraciones. Así de sencillo. Es lo que tiene vivir a la sombra de los demás. Caye no se ha molestado en aprender a llevar su negocio, se ha dejado arrastrar por mi fama, por mis menciones y recomendaciones y, si eso desaparece, su empresa se va a pique. Lo que pasa es que ya no estoy dispuesta a hacer lo que los demás esperan de mí, voy a tomar mis decisiones y no dejarme arrastrar por lo fácil y lo cómodo de lo conocido.

—Piénsalo —dice pellizcando un croissant —¿qué más sabes hacer? Se te da bien esto y lo de la pierna es sólo un bache. ¿Cuánto falta para que te quiten la escayola? ¿Días, semanas? —me encojo de hombros —. Todos esperan tu gran reaparición, ponles los dientes largos, tú sabes hacer eso. Y cuando vuelvas, los tendrás de nuevo a tus pies.

—Las marcas prefieren a una niña de veinte años con las piernas enteras —espeto —. Mira, todos sabemos que esta es una profesión caduca y prefiero una retirada a tiempo. Se acabó.

—Igual que con Fede —tuerce el gesto en una mueca de desagrado —. Estás tirando tu vida por la borda. Ya sabes lo que pasará si sales —suena amenazante desde su casi metro noventa propiciado por el tacón de aguja. Se acerca a la puerta y exige a Soraya que le dé su gabardina a pesar de poder cogerla ella misma. Antes de salir, se gira haciendo rechinar los tacones en la madera —. Vas a perderlo todo.

Veo cómo mira a Meli y esta agacha la cabeza, demasiado sometida a la opinión de Cayetana.

—Deberías ir con ella —murmuro.

Caye tiene razón, voy a perderlo todo, pero ese todo no es real. No tengo amigos de verdad, quizá Amelia sea la única, puedo conseguir otro piso, otro trabajo, otra pareja... Puedo conseguir una vida de verdad.

Capítulo 14

Han pasado cerca de tres meses desde el accidente. Octubre se nota en el ambiente a pesar de que el sol brilla con fuerza. En el barrio de Salamanca las últimas tendencias en abrigos empiezan a pasear por la calle. El mío es de primeros de año y no me importa llevar solo un botín Chelsea puesto y otro en el bolso. Creo que hoy será el día. La doctora Ruiz examina mi radiografía y la resonancia para asegurarse de que todo va como debe y puede, por fin, quitarme la escayola. Me aconsejó llevar unas medias tupidas para tapar los estragos de tres meses sin que la luz del día tocara mi pierna. Creo que se refería a la depilación, pero a mí me preocupa más la evidente diferencia de tono entre ambas y que mi pierna derecha parece una ciruela pasa.

Ekaitz se alegra cuando aparezco por la clínica sin el yeso. Nuestra relación se ha estrechado en este tiempo, he empezado a saber más de ese chico guapo de ojos verdes, pelo revuelto y nariz aguileña. Ahora sé que es vasco, vizcaíno, para más señas; que tiene una hermana mayor, que vive en Tetuán... Y él sabe que no siento ni un poquito haber roto un compromiso y una relación seria. Creo que los ojos se le encendieron cuando se lo dije. Pero, por ahora, se mantiene profesional.

—Es una buena noticia —dice con sinceridad—. Pero no voy a engañarte, viene la parte más dura y, puede, dolorosa.

Creo que palidezco ante la expectativa de que pueda doler más de lo que me ha dolido estos meses atrás, pienso que me vine muy arriba cuando la doctora habló de quitar la escayola. Ya me veía andando subida a unos botines de tacón maravillosos que vi un par de días atrás en el escaparate de una boutique junto a mi portal y resulta que aún queda la peor parte de todo este calvario.

—Al menos puedes llevar los dos zapatos —sonríe de esa manera tan abierta, tan suya.

Cientos de arruguitas se forman en sus ojos y alrededor de su boca. Mi madre se horrorizaría, ella, que a sus casi sesenta no tiene ni un pliegue en su piel, a la que no recuerdo haber visto sonreír nunca más allá de una mueca sostenida apenas unas milésimas de segundo y que a la mínima señal de una marca de expresión, corre a inyectarse bótox o hialurónico. Quizá por eso respondo a la sonrisa de Ekaitz con un gesto contenido que apaga las chispitas que empezaban a crepitar en mi estómago. No, no es hambre, por mucho que quiera convencerme de ello. También quiero convencerme de que no me siento atraída por mi fisioterapeuta, que sólo es una especie de Amor de transferencia^[12] y no se me encoge el corazón cada vez que me toca o me sonrío. Quiero creer que es así de simpático con todos sus pacientes y no soy especial. Pero cuando posa su mano en mi espalda para acompañarme a la sala donde empezaremos con los masajes y las rotaciones siento que el mundo se para y sólo estamos él y yo.

Se me pasa en cuanto me gira el tobillo la primera vez. Me sujeta el pie con sus manos grandes y cálidas. Lo hace con suavidad, pero mis músculos atrofiados protestan y se me saltan las lágrimas. Lo repite varias veces y reprimo las ganas de llorar y chillar de dolor. Cuando sube por el gemelo ejerciendo una ligerísima presión, bramo, lloro y me agarro a la camilla para no retorcerme y acabar por caerme.

—Lo siento —se disculpa y desaparece de la salita para volver con un aparato—. Esto te

calmará y ayudará a que baje la inflamación. Después probaremos las barras —comenta mientras coloca unos electrodos en mi pierna amoratada e hinchada. No me he fijado hasta ahora en que parece una columna de garaje golpeada. Puedo ver claramente la cicatriz por la que lo cirujanos fijaron las placas a mis huesos hechos trizas. Me había hecho demasiadas ilusiones y bromeo conmigo misma sobre que aún me queda bastante hasta poder enfundarme un vaquero estrecho.

Trato de relajarme mientras noto como los músculos de mi pierna se mueven suavemente gracias a la funda que ha colocado en mi pierna. Ekaitz ha bajado la luz para ayudarme a desconectar pero yo sólo pienso en lo horrible que estoy, en lo ridícula que me veo con la pierna forrada de un plástico azul oscuro y, como una visita inesperada, los labios rojos de Caye aparecen en mi memoria y espetan con crudeza «lo vas a perder todo». Esas cinco palabras retumban en mi cabeza, se repiten como un mantra que no me deja pensar en nada más. Se me forma un nudo en la garganta cuando pienso que llevo semanas sin saber de ellas, desde el fatídico desayuno en mi casa que no era más que una *intervención*^[13] disfrazada de reunión de amigas. Semanas en que las he visto por redes disfrutando de la vida mientras yo me centraba en mis nuevos planes y en recuperarme de una lesión que me está dando más guerra de lo que esperaba. De repente ya no lo tengo tan claro. ¿Quiero perderlo todo? ¿Quiero quedarme sola, perder los poco amigos que tengo y mi forma de vida? ¿Quiero dejar de ser Bella Style y ser, simplemente, Ana?

La luz sube de intensidad de forma gradual. Ekaitz trabaja en silencio mientras desconecta la máquina y algo parece nublar sus ojos verdes. Puede que la niebla también cubra los míos. Me ayuda a ponerme de pie y me pasa las muletas para ir a la sala común, donde me esperan las barras: dos barandillas de madera paralelas de unos tres metros de largo. Andar esa distancia me parece una utopía, inimaginable, no puedo dejar de pensar que es demasiado pronto para intentarlo, pero me sujeto con fuerza y doy un paso y otro y otro hasta que algo me falla y, cuando creo que voy a besar el suelo, me estampo contra su pecho. Y mundo deja otra vez de girar.

Capítulo 15

Las sesiones con Ana se me hacen tan difíciles que necesito hablarlo con alguien que me entienda y no se limite a recordarme la deontología. María sorbe su café sentada frente a mí en la cafetería del hospital donde trabaja, la espuma le deja un bigotillo adorable que me hace complicado tomarla en serio.

—Tal como lo veo —dice tras limpiarse con una de esas servilletas con mensaje divertido que ponen en todas partes —tienes dos opciones: traspasas el paciente a un colega o te aguantas hasta que acabe el tratamiento.

—¡Pueden pasar meses! —protesto como un adolescente.

Se encoje de hombros. Es lo que hay, ahora mismo no puedo hacer mucho más que esperar o rendirme. Lo que María no sabe es lo difícil que se hace todo después de saber lo que sé. Ana me confesó hace unos días que no siente nada después de dejar a su novio de toda la vida. Nada. Cuando corté con Amaia sentía rabia, necesidad de alejarme. Pero ella no. Quizá sea demasiado práctica o la falsedad de su mundo se cuele hasta en las relaciones amorosas. Tal vez ni siquiera había amor... Pensar en eso hace que algo demasiado parecido a la ilusión crezca dentro. María me mira cuestionándome, se me debe ver en la cara, pero soy incapaz de tomar una decisión y decido apartarlo, ocultarlo detrás de la transferencia para no asumirlo.

—Dudo que sea transferencia. Eres muy empático, pero no es eso esta vez. Hay algo más, Ekaitz. Piénsalo —. Apura su café y me da un beso en la mejilla antes de marcharse y dejarme hecho un mar de dudas.

Y aquí estoy, casi dos meses después con Ana sujetándose a mis hombros para no irse al suelo y yo rodeando su cintura para no dejarla caer. El gimnasio ha desaparecido, la clínica, la gente, todo el mundo. Todo. Sólo existe ese momento que parece eterno. Pero el mundo vuelve a la vida y me disculpo antes de salir corriendo porque, de repente, lo he entendido todo. Busco a Quique con desesperación.

—Miriam —pregunto a la recepcionista —¿has visto a Quique?

—Ha salido antes. Asuntos personales.

Blasfemo y trato de calmarme antes de volver con Ana, tenemos que terminar la sesión. Después llamaré a mi amigo y le pediré un favor que le deberé toda la vida. Hasta entonces he de ser profesional. No puedo evitar que el ambiente esté algo tenso, dudo si ella puede notarlo aunque me parece ver algo en la forma en que me mira a través de sus pestañas infinitas.

Decido pasar a la sala para ponerle hielo antes de que se vaya a casa y meterme en mi despacho a pensar en qué voy a hacer si Quique no acepta tratarla... y en qué haré si acepta. Y además me corroe la culpa, me han podido las ganas de acelerar el proceso, era demasiado pronto para las barras y ha pasado lo que nadie quería. Ahora tengo miedo de haber empeorado algo por mis prisas y, tengo que asumir, ha sido toda una falta de profesionalidad por mi parte. Si lo sumamos a que pretendo quitarme el paciente de encima, todo este asunto me hace cuestionarme a

mí mismo, mi profesión y la maldita vocación.

Paso el resto de la tarde disperso. ¿Y si me equivoco? ¿Y si sólo es mi puñetera empatía o la dichosa transferencia? María tiene demasiadas ganas de emparejarnos a todos para dejar de ser la única chica del grupo. Además, creo que también le interesa conocer a Ana por aquello de que es su icono de estilo. No paro de darle vueltas hasta que nos juntamos en el bar al finalizar nuestros turnos. María cuestiona si ya he movido ficha ante la interrogante mirada de Toño, que no tiene ni idea de qué estamos hablando. Por desgracia, su mujer se ha cansado de guardar el secreto y se lo cuenta todo mientras él asiente y me fulmina con la mirada.

—Pásasela a otro ¡YA! Tanto si estás enamorado como si estás encoñado o si es transferencia, ya has arriesgado demasiado.

Trago saliva y, con ella, las ganas de contarles lo que ha pasado horas antes. Sería como terminar de cavar mi propia tumba. Hay demasiadas preguntas sin respuesta, demasiadas dudas. Demasiado riesgo en todo esto. No puedo hacer más que quedarme ahí mientras mi amigo me abronca sin piedad. María me lanza miradas compasivas, creo que, en parte, se siente culpable de haber confesado nuestro pequeño secreto. El silencio se hace cuando Quique se acerca a nuestra mesa.

—¿Quién se ha muerto? —pregunta después de pedir un tercio de clara.

—La carrera de este imbécil como no haga algo.

—¿Otra vez esa chica? —pone los ojos en blanco—. Bueno, se acerca el fin de semana, ¿por dónde hacemos la ruta?

Sé que quiere cambiar de tema. Quique no me mostrará su apoyo delante de Toño, nuestro colega es el más sensato de todos pero, a menudo, es demasiado estricto. Cuando María y él se van y nos quedamos a solas frente a otros dos tercios y un plato de calamares, se pone pensativo. Quique es una de esas personas que parecen superficiales, pero, en el fondo, es un tío sabio. A la hora de dar consejos no se limita a dar su opinión o una recomendación estándar, él lo medita y busca la mejor manera de ayudar. Por eso no me extraña que se quede callado un buen rato mientras picotea del plato. Da un par de tragos a su cerveza y se aclara la garganta como cuando se pone serio con sus pacientes.

—Vamos a hacer una cosa —se inclina sobre la mesa como si habláramos de un alto secreto—. Mañana hacemos cambio de paciente oficial. Cuando llegue se lo comunicamos y, si quieres, le cuentas los motivos. Pero si aceptas un consejo de amigo, mejor se lo dices tomando un café fuera de la clínica y te evitas problemas.

Asiento y me siento relajado por primera vez en toda la tarde. Noto como se me destensan los músculos de la espalda y el peso de los hombros desaparece. Toño tiene razón, pero también la tienen Quique y María. ¿Y si es verdad que me gusta? ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no saltar al vacío?

Capítulo 16

Me siento tan bien cuando salgo de la consulta, a pesar de que la pierna me duele bastante, que decido pasear por el barrio y darme un caprichito en forma de esos botines tan divinos que no sé cuándo podré ponerme. Además, me paso por Fit Food y pido mi zumo preferido, el Aloha, junto a un sándwich de pavo y aguacate que me tomo tranquilamente sentada junto al ventanal después de hacer la pertinente foto y subirla a Instagram, claro. Me da por pensar que la he sacado por costumbre más que por gusto. No he sentido, como otras veces, la necesidad inmediata de contar lo que estoy haciendo, dónde y con quien; ni de quedarme esperando el primer *like* como si me fuera la vida en ello. Quizá sea porque, si le doy una vuelta y miro alrededor, a todas esas mesas llenas de parejas y grupos de amigos, me parece un poco patético estar aquí sola. Esta es mi mesa preferida, la que solía compartir con Meli y Caye en nuestros *Bruch* de los domingos o cuando quedábamos para cotillear lo que fulanita o menganita habían subido a sus redes, ponernos al día o repasar las tendencias del mes y las cosas que nos habían enviado las marcas. Y ahora miro a través el ventanal como la gente pasea subida a sus zapatos de marca, con bolsas de tiendas de lujo colgadas del codo junto a su bolso último modelo, ojeando su móvil o hablando por el manos libres, charlando y riendo con sus acompañantes y me siento sola, vacía y falsa.

Miro de reojo la bolsa con mis botines de doscientos cincuenta y siete euros, último modelo, de ante color camel con quince centímetros de tacón y no siento nada. No hay emoción, no hay ganas de estrenarlos ni de enseñárselos a todo el mundo conjuntados con un *outfit* de súper tendencia en una foto sacada en algún lugar idílico como el centro de Gran Vía o la azotea del Palacio de Comunicaciones. No, sólo hay una punzada en el estómago y la extraña sensación de que algo no encaja y creo que soy yo. Creo que estoy forzando demasiado las cosas, que me estoy obligando a volver a algo que ya no sé si me gusta. Me pregunto si de verdad quiero volver a ser Bella Style, si lo que le dije a Fede ese día como una teoría, un pensamiento fugaz, es real y me exijo una respuesta sincera que, a decir verdad, no puedo darme.

Cuando entro en mi piso de casi cien metros cuadrados, se me antoja pequeño, diminuto, asfixiante. Como si pudiera aplastarme si sigo ahí dentro. Mire donde mire sólo veo restos de una vida que no siento mía. Como una espectadora en un teatro, cada detalle de mi casa parece un escenario decorado al milímetro, estudiado para encajar en las tendencias y en un estilo de vida demasiado artificial. Y mi vida se asemeja a un papel que llevo interpretando demasiado tiempo. Un Show de Truman del que, de repente, me siento cansada. Quiero salir. Huir. Aclararme las ideas y hablar con alguien que no esté empeñado en que lo que necesito es volver a mi rutina de trabajo cuanto antes porque estoy aburrida y eso es lo único que me pasa, que en cuanto pise una fiesta o me ponga un modelito que aún no ha llegado a tiendas, volveré a ser yo y a sentirme al cien por cien.

Pero los botines me observan desde su caja brillante, me llaman, me piden que me los ponga y compruebe si todos tienen razón y soy yo la que se equivoca. Cojeo hasta el armario y rebusco lo más nuevo que tengo. Un *mom jean* con la etiqueta aún colgando que recibí a finales de agosto; un vestido largo de punto que me han enviado de una de las pocas marcas que aún colaboran conmigo; un blazer estampado de leopardo que me regaló Caye porque se lo habían regalado a

ella y no lo quería porque le parecía demasiado vulgar; una blusa con estampado de cadenas... Escojo la blusa y el pantalón, me peino y retoco el maquillaje para que parezca otro y me visto con esfuerzo. Doblar la pierna me hace ver las estrellas y el traspies que doy nada más calzarme las botas me hace llorar a lágrima viva, ni siquiera las muletas me ayudan a sujetarme de pie, así que me dejo caer en la cama, la máscara de pestañas forma ríos negros por mis mejillas. Me observo en el espejo de cuerpo entero que me devuelve la imagen de alguien derrotado. Sin pensarlo, disparo la foto y la comparto con la única persona que creo que me entenderá antes de tumbarme sobre una montaña de ropa nueva. “Menudo fraude”, le escribo a Meli con la vista borrosa y las manos temblorosas. Me cuesta más de diez minutos llegar a la puerta en gran parte porque no puedo quitarme los dichosos botines sin que el dolor me haga chillar.

Meli es demasiado buena para este mundo de hienas, demasiado inocente y comprensiva, pero desde que cruza el umbral sé que me dirá lo que está programada para decir: que todo irá bien, que sólo es cuestión de tiempo que esté al cien por cien y que volveré más fuerte que nunca y, sinceramente, no quiero escuchar eso así que miento, me invento que me horroriza la moda de la temporada otoño-invierno, que esos estampados y cortes ochenteros me resultan horteras y le digo que esos botines tan divinos que he comprado en un impulso consumista son una colaboración que me matan los pies y que quedarán preciosos con su nuevo vestido *animal print*.

—Ana, dime la verdad —me mira con sus ojillos castaños cargados de preocupación—. Una no llora así porque deteste el estampado pañuelo o los pantalones anchos. Y esos botines no son una colaboración, los vi el otro día en la tienda de abajo y tienes la bolsa en la entrada.

Siempre habíamos subestimado a Meli, la periodista de clase media que tiene que comer a base de pasta y huevos si quiere comprarse una blusa de marca, y resulta que es la única con dos dedos de frente y una pizca de empatía.

—No eres un fraude —murmura— sólo estás perdida. Es normal estarlo a veces, es normal replantearse la vida después de un accidente como el tuyo. ¡Casi te matas, por Dios! Volviste a nacer esa tarde, Ana. Nadie va juzgarte si no haces lo que todo el mundo espera que hagas. Yo no voy a juzgarte si decides no quieres hacer esto nunca más, si me dices que quieres dar un giro a tu vida y volver a empezar. Y, déjame decirte, que nadie debería hacerlo y, si lo hacen, si se permiten el lujo de opinar sin saber por lo que estás pasando, no se merecen estar en tu vida.

—¿Por qué me da la sensación de que esto no es sólo por mí? —cuestiono.

—Me estoy planteando dejar a Borja —espeta y parece quitarse un peso de encima, pero, creo, la miro alucinada—. Me he cansado de no ser suficiente, de no tener suficiente clase, elegancia, dinero, tetas... De que me diga lo que tengo que hacer y con quien debo o no ir... ¡Hasta me prohibió verte! «Tenemos que estar del lado de Fede, que es el único sensato» —se burla imitando a su novio—. Estoy cansada de esto, de no ser nunca natural, de medir todo lo que digo, hago y como en su presencia porque igual engordo y la celulitis no es nada atractiva, porque me pueden salir arrugas si me río y tendrían que inyectarme bótox —frunce el ceño y sacude la cabeza.

—Te entiendo —es lo único que acierto a decir antes de que el silencio se instale en mi piso y mi amiga decida que es hora de marcharse a su casa.

La acompaño a la puerta y suelto la muleta para abrazarla.

—Gracias por quedarte a mi lado —susurro.

—Eres mi amiga y te quiero —afirma con convicción—. Espero que sigas queriéndome cuando no sea la novia de Borja —sonríe y baja las escaleras a toda velocidad—. ¡Mañana te llamo! —grita desde el portal.

Cuando cierro la puerta vuelvo a mirar mi piso. Quizá yo también deba dejar a alguien.

Capítulo 17

Espero pacientemente mi turno hojeando una revista de decoración que he comprado esa misma tarde.

—¿Bella? —me pregunta una voz conocida.

Cuando levanto la vista me encuentro a Iria, una bloguera que ha crecido mucho en los últimos meses, más o menos desde que yo desaparecí de las redes. Es rubia, delgada, no demasiado alta, pero muy guapa y con un estilo muy natural que, ahora que me fijo, está desdibujado, hay algo diferente, pero disimulo y saludo con efusividad. Evito el tema, la mayoría niega haberse retocado hasta cuando es obvio, como en el caso de Iria.

—Hace dos semanas me puse pómulos —dice orgullosa—. Y mañana me pondrán ácido hialurónico en las arruguitas —se señala la zona de alrededor de los ojos.

Sonrío, asiento y le digo que me parece estupendo aunque en realidad estoy pensando por qué una chica que aún no ha cumplido los veinticinco necesita polioperarse y borrar unas arrugas inexistentes. Ya no escucho su parloteo, solo pienso en la cantidad de veces que he hecho lo mismo: hialurónico, bótox, masajes linfáticos y drenantes... Todo para borrar el paso del tiempo antes incluso de que empiece a notarse.

Desde una puerta verde, me llama un médico al que he visto alguna vez en la sala común pero no conozco. Quizá Ekaitz tenga el día libre, pienso, tal vez esté enfermo o tenga algún asunto personal.

—Me llamo Quique —dice tendiéndome la mano cuando entro en la consulta—, seré tu fisio a partir de hoy.

No sé por qué esas siete palabras hacen que algo se resquebraje dentro, con lo bien que me cae Ekaitz, lo guapo que es, lo que me relaja hablar con él... Quique es más distante, más frío, como si no quisiera tratar conmigo. Y, de acuerdo, no es feo, es algo más bajito, tiene los ojos grises y el pelo castaño claro rizado, pero... no es Ekaitz. Estoy dándole vueltas a preguntar qué ha pasado para que me hayan cambiado de terapeuta en mitad del tratamiento cuando, está claro, me iba bien como estaba. Los electrodos trabajan mis músculos atrofiados cuando la puerta de la salita se abre y oigo una voz familiar que me habla muy bajito, como si nadie pudiera enterarse de lo que va a decirme.

—¿Te apetece tomar algo a eso de las ocho? —murmura cerca de mi oído, reconozco a Ekaitz y asiento como si pudiera verme en la oscuridad—. Si te parece muy atrevido, lo entenderé.

—¿Sobre las ocho y media en el bar de la esquina?

—De acuerdo —le oigo sonreír y alejarse.

La sesión se me hace eterna y, cuando termina, aún faltan dos horas para nuestra cita. Me veo reflejada en un escaparate y decido que no puedo llevar ese horrible vestido *austero*^[14] negro en una primera cita y me doy el capricho de ir de tiendas a pesar de que mi armario rebosa de prendas que solo he usado una vez o a las que ni siquiera he quitado la etiqueta, pero es una ocasión especial y requiere algo que al menos haya escogido yo misma. Me decanto por un pantalón acampanado negro que, reconozco, me encanta poder ponerme, y un top amarillo miel

que quedará perfecto con un blazer *oversize* que tengo sin estrenar, unos mocasines de charol divinos de hace un par de años y mi cartera de mano dorada. En casa, me preparo un té de regaliz mientras la mascarilla hace efecto y esparzo el arsenal de maquillaje por el tocador para prepararme. Me hago un ahumado ligero con el delineado algo exagerado, mi iluminador favorito, mejillas sonrosadas y el Ruby Woo de MAC. Me observo en el espejo, de no ser por la dichosa muleta... Me veo guapa por primera vez en meses, me siento segura, me siento yo...

Donde me encuentro fuera de lugar es en el bar, rodeada de gente en vaqueros y camiseta o sudadera, trabajadores que acaban de terminar sus turnos y, algunos, aún llevan el mono de trabajo... Estamos en el barrio de Salamanca, pero no en la zona más distinguida y el bar no es uno de esos que salen recomendados en las guías o en los blogs. Es sólo un bar más.

Ekaitz llega apurado, disculpándose por la tardanza, y me da dos besos desenfadados y nerviosos. Lleva un vaquero básico, una camiseta blanca de una cadena de ropa low-cost y una chaqueta gris de punto gordo. Me encojo en la silla intentando no llamar demasiado la atención, mi seguridad se desvanece hasta que habla.

—Vaya, estás... preciosa —sonríe y sus ojos se entrecierran de una forma adorable, dibujando miles de arruguitas.

—Gracias —murmuro sonriente, coqueta y, otra vez, muy segura.

—¿Qué quieres tomar?

—Agua fría con limón.

—Ahora vuelvo —sonríe y se acerca a la barra donde un hombre con camisa de cuadros parece poner pegasa a mi petición.

Cuando vuelve parece exasperado, pero cambia de gesto enseguida mientras deja nuestras consumiciones en la mesa.

—Verás —carraspea y da un trago a su cerveza. Observo subir y bajar su nuez, como deshaciendo el nudo de su garganta, antes de volver a hablar —. Quizá esto te parezca inoportuno y entenderé que no quieras volver a saber nada de mí, pero creo que me gustas y, en fin, no quería quedarme con la duda —da otro trago a su cerveza y yo boqueo buscando una respuesta que no encuentro.

—Y tú a mí —digo sin pensar, y suena más sincero que cualquier otra cosa que haya dicho en toda mi vida.

—Por eso, a partir de hoy, te tratará Quique, no es ético que lo haga yo —me explica y, de repente, todo encaja: las sonrisas, el nerviosismo, la electricidad, la complicidad que teníamos y esa forma en que el mundo parece ralentizarse cuando me toca aunque sólo sea de manera profesional.

Cuando quiero darme cuenta estoy riéndome a carcajadas, despreocupada, sin importarme las arrugas, que se me descoloque el pelo o que se me marque la expresión en el maquillaje; sin pensar que no encajo entre toda esta gente ni en que la mano de Ekaitz ha cogido la mía... Un momento, ¡está cogiéndome de la mano! Me tenso, una corriente me recorre el cuerpo y me calienta las entrañas. Es una sensación extraña, desconocida, pero cómoda. Veo cómo me mira, con dulzura, cariño y sinceridad y me relajo de inmediato. Es como si nos conociéramos desde siempre, la conversación fluye y, por primera vez en mucho tiempo, quizá en toda mi vida, me siento yo, sin artificios.

Capítulo 18

Hasta que no llego a casa y saco las cosas del bolso para guardarlo en su cajón del vestidor, no me doy cuenta de que no he sacado el móvil en todo el rato que hemos pasado juntos. No he sacado ni una foto, atendido ni un mensaje, ni subido un storie... Solo Ekaitz y yo. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve así con alguien, sin sentir esa necesidad de contar mi vida a millones de personas que no me conocen de nada. ¡Y qué gusto! También me doy cuenta de que nadie se ha acordado de mí. El grupo con las chicas lleva semanas inactivo, incluso compruebo que no me hayan expulsado del mismo porque es muy raro que nadie haya dicho una palabra; la última hora de conexión de Meli es de ayer, aunque su móvil de empresa indica otra cosa, y a juzgar por los stories que ha subido en las últimas horas, ha tomado una decisión respecto a Borja.

Estoy cotilleando instagram cuando me llega una notificación de seguidor nuevo. Lo cual no sería una novedad si no fuera porque, desde agosto, el número no ha dejado de bajar. Es una cuenta privada con un nombre que no me dice nada hasta que leo la biografía: «fisioterapeuta por vocación. Apasionado del ciclismo. Un vasco en Madrid». Y se me dibuja una sonrisa por la que, seguro, mi madre me reprendería y me recordaría que las patas de gallo no son nada atractivas. Es Ekaitz. Tan pronto acepta mi solicitud, trasteo por sus pocas publicaciones, casi todas de paisajes y unas cuantas en las que sale ataviado con maillot, casco y gafas. Lo cierto es que no se esmera en las descripciones y no parece conocer la existencia de los hashtag, pero ese sencillo gesto me hace sentir más confianza. Me distraigo cuando salta el aviso de que Fede ha iniciado un video en directo. Ojalá hubiera una forma de verlo sin que sepa que lo he hecho, pero da igual, entro a cotillear por inercia. Está en un evento con Caye. Se les ve muy bien, perfectos, como siempre, disfrutando, divirtiéndose, dejándose ver. Caye lleva un mini vestido de lentejuelas negro con unos taconazos infinitos y Fede sigue fiel a su estilo de pantalón chino y americana. Y esa verde oscuro le queda demasiado bien. Muy en el fondo me molesta que nuestra ruptura no parezca haberle afectado lo más mínimo, no le puedo culpar, yo tampoco me he sentido mal y ni siquiera le he dado demasiadas vueltas, pero lo de verle tan unido a Caye me escuece. Además, nunca se han llevado especialmente bien y ahora parecen uña y carne, resulta irónico.

Supongo que a nadie le interesa lo mal que está uno, por eso las redes sociales están llenas de personas felices con vidas perfectas y la gente nos envidia tanto, porque no saben que detrás de una foto perfecta puede haber un día de mierda o uno maravilloso, pero lo que, seguro, hay son muchísimas horas de trabajo, planificación y edición. Y a mí ya no me apetece fingir que mi vida es un cuento de hadas, así que cierro la aplicación, me pongo el pijama y me meto en la cama con un libro que lleva en mi mesita de noche varios meses esperando ser leído. Cuando me despierto, lo hago con el libro abierto sobre el pecho, el reloj marca las dos y veinte de la madrugada y estoy completamente desvelada. La lucecita parpadeante del móvil me tienta a cogerlo, pero tengo tan claro lo que me voy a encontrar y que no me apetece verlo, que vuelvo al libro hasta que empiezan a pesarme demasiado los párpados y vuelvo a quedarme dormida plácidamente.

Soraya sube la persiana con suavidad para despertarme, son cerca de las once, la luz entra suave, un sol de otoño que brilla entre las hojas rojizas del árbol que hay frente a mi ventana y se cuelga en mi dormitorio iluminando la estancia. Me siento como nueva, de no ser por el ligero

dolor de la pierna, me levantaría de la cama de un salto. Mi asistente me acerca una bandeja con el desayuno: un *smoothie* casero de fruta natural, tortitas caseras de harina de espelta con sirope de cacao y un té negro delicioso que nunca me ha contado cómo hace pero tiene un toque avainillado que me encanta. Así es imposible empezar mal un día, al menos eso pienso durante los primeros minutos después de desayunar. La costumbre de mirar el móvil junto a una publicación de Fede, se han llevado esa sensación de bienestar. Tengo muy claro que sólo lo han hecho para fastidiar, de otra manera no me explico por qué han subido esa foto besándose. Me duele el estómago por la traición y sé que no estamos juntos desde hace un par de meses pero Caye es mi mejor amiga y eso no se hace. Las amigas no tocan a los ex de sus amigas y menos cuando hace tan poquito de la ruptura y siempre ha alardeado de no soportarle.

Ni siquiera la sesión de fisio me calma, quizá porque no son las manos de Ekaitz las que me tocan ni su voz la que me cuenta lo que me está haciendo. Durante el día, la rabia va creciendo y apoderándose de mí, me pueden las ganas de vengarme de alguna manera tonta e infantil que hasta yo sé que no surtirá efecto, así que prefiero llamar a Meli e invitarla a tomar algo para hablar del tema.

—Yo también estoy flipando —murmura dando un trago a su cóctel—. He hablado a Caye esta mañana pero aún no me ha contestado —se encoge de hombros—. Quiero creer que estaban muy borrachos y no sabían qué hacían o que es una estrategia de marketing.

—Ah, claro, que han perdido muchos seguidores por mi culpa —gruño antes de dar un sorbo a mi infusión.

—No le des muchas vueltas Ana. Y, por favor, no hagas ninguna tontería.

—Yo también he perdido mucho, ¿sabes? Conseguir volver a lo que tenía antes del accidente me va a costar la vida —medito en voz alta.

—Si alguien puede, eres tú —dice con fe—. Vamos, ya lo hiciste una vez, empezaste de cero y creciste cuando nadie te conocía, cuando ser una influencer era cosa de unas pocas modelos americanas contratadas por tiendas de moda. Y tú saltaste a la palestra con tu armario y tu móvil y llegaste a lo más alto. Puedes volver a hacerlo.

—Es que ya no sé si me apetece —me sincero casi sin querer.

—Pues no lo hagas. ¿Quién te obliga? Ahora puedes ser lo quieras, no tienes que volver a ser Bella Style si no es lo que quieres. Es lo bueno de todo esto.

—Es muy fácil decirlo. Siempre seré Bella Style, siempre seré la influencer que cayó, que fracasó, que se hundió...

—O puedes ser la que renació de sus cenizas y supo reinventarse. Mira Ana, no quería decirte nada, pero los últimos meses te veía muy cansada, siempre con la agenda a tope... No recuerdo cuando fue la última vez que hiciste algo sin planearlo antes, que salimos sin que pasaras horas preparándote y la noche subiendo mil fotos, más preocupadas porque todo el mundo supiera dónde estábamos y cómo íbamos vestidas que por disfrutar. Y ahora... Te veo agobiada, obsesionada con volver, y me da miedo que te hagas daño intentándolo.

No había hablado de esto con ella ni con nadie. A decir verdad, me da pánico que alguien llegue a enterarse de todas esas cosas que me rondan la cabeza, de mis ganas de abandonar, de tirar la toalla y volver a mis inicios, a ese sueño que tenía cuando empecé la carrera aunque, reconozco, lo hice empujada por mi madre y su fama, por la promesa del futuro fácil que tenía ante mis ojos. Tenía vocación, me maravillaba el mundo de la organización de eventos hasta que me vi engullida por mi hobby, por lo que sólo era un pasatiempo, algo con lo que divertirme y de lo que poder sacar algo de provecho en forma de ropa y zapatos caros y bolsos de marca que poder lucir

en mis eventos sociales. Pronto esos eventos fueron más de otros que míos, tomar una copa con mi novio o mis amigas ya no era algo superfluo ni divertido, era trabajo. Todo era trabajo... No quiero darle la razón a mi amiga y prometo que no es por cabezonería, sólo es que tengo que meditarlo. Tengo que pensar en lo que me ha dicho porque, en cierto modo, sí me siento obligada a volver. Siento como todos tiran de mí para que lo haga, para que empiece a subir fotos, a reconquistar seguidores y marcas, a volver a ser Bella.

He ignorado el teléfono todo el día, pero cuando lo conecto al cargador y la pantalla se ilumina veo los cientos de notificaciones de mis redes sociales y mi correo electrónico. Pierdo la cuenta de la cantidad de veces que me han enviado el post de Fede y unas cuantas capturas de pantalla de lo que ha subido Cayetana a sus stories. Se me revuelve el estómago otra vez, parece que lo hagan a posta, que quieran que reaccione de alguna forma estúpida y exagerada pero lo único que consiguen es que vuelva dejar el móvil en silencio y coja el libro que tengo en la mesita de noche hasta que las letras se emborronan y decido que lo mejor será apagar la luz para dormir.

La mente humana es extraña, los recuerdos archivados vuelven cuando menos los necesitamos, son inoportunos. Esta noche sueño con mi maravillosa pedida de mano y ese viaje que hicimos a París para celebrarlo. Esa es la versión oficial, claro, todo estaba orquestado por una marca de joyería —la del anillo de pedida que, no sé por qué, aún llevo puesto—, algunas marcas de ropa y una cadena de hoteles. Recuerdo lo bonita y fácil que era la vida junto a Fede, con mi trabajo, mi agenda, mis amigas... Recuerdo lo bonito y lo fácil pero olvido todo lo demás porque, en algún momento, mi cerebro lo ha clasificado en la carpeta más recóndita, la que reservo para las cosas malas como la vez que, yendo vestida totalmente de blanco, me manché del periodo en medio de clase a los quince años, aquel día que me pillaron en una foto para una revista con la boca manchada de algo que había picado en un cóctel o las cinco vueltas de campana que di mientras grababa un video para promocionar un coche. Ahí debe haberse quedado el estrés, las horas dedicadas a elegir modelito, las sesiones de fotos interminables y el hecho de no tener vida propia. De otra forma no me explico por qué me levanto con ganas de volver a ser la influencer Bella Style cuando parecía que tenía claro que quería ser, sencillamente, Ana.

Quique sonrío cuando entro en la sala común, le sigo hasta las barras paralelas donde me explica que es hora de ir dejado atrás a mis amigas las muletas. Hoy voy a andar. Sujeta a las malditas barandillas, eso sí. Cuando me agarro a la madera con firmeza siento que el miedo me paraliza, no es la primera vez y no tengo demasiado buen recuerdo de la última. A excepción del pecho de Ekaitz en el que acabé estampada. ¿Me cogerá Quique si me caigo? Le veo un poco distraído, como pensando en sus cosas. ¿Y si me hago daño? ¿Y si doy un traspié? Está justo al otro lado de las barras, nos separan tres metros escasos que, ahora mismo, me veo incapaz de recorrer. Intento buscar algo en esa sala que me de la confianza que me falta para dar el primer paso, pero solo veo gente enchufada a máquinas, con las manos envueltas en parafina y plásticos o los pies a remojo en agua con sal. Hasta que le veo al fondo de la sala, haciendo rotaciones al tobillo de un niño. Lleva la casaca turquesa y el pelo revuelto. Algo se activa en mi cabeza y doy un paso, pero sé que no es hacia Quique si no hacia él, quiero llegar a él. Tiene algo que me hace ser yo misma, esa despreocupación contagiosa, ese no necesitar aparentar nada, la naturalidad que desprende, el magnetismo... Y no, no voy a soltar ahora el rollo de la media naranja, el hilo rojo o la tontería esa de que me completa porque, seamos sinceros, es una afirmación bastante rancia; lo que sí sé es que me complementa y me hace sentir que a su lado soy mejor. Creo que me sumo demasiado en mis pensamientos porque estoy llegando al final cuando doy un traspié, los brazos me fallan y caigo a plomo, pero no oigo el golpe, no me duele nada, no toco el suelo. No entiendo

nada hasta que levanto la cabeza y le veo allí, como un déjà-vu, justo delante de mí, con sus ojos verdes impregnados de preocupación y sus brazos rodeando mi cintura para sujetarme. Ekaitz me pregunta si estoy bien, si me he hecho daño, si me duele algo... Y yo solo intento ponerme de pie porque, de repente, me da demasiada vergüenza estar tirada en el suelo con toda la gente que hay en la sala mirando hacia donde estamos. Mi cerebro empieza a bombardearme con preguntas sobre si alguien tendrá un móvil y se le ocurrirá subir un video de lo ocurrido a las redes sociales igual que hicieron con el accidente. Mientras pienso en todo eso, él ya me ha ayudado a levantarme y me lleva hacia una de las salas privadas para que me tumbe un poco. Quique llega justo detrás, dicen algo entre susurros y, aunque no les escucho bien, reconozco el tono de enfado en la voz de Ekaitz. Sólo logro entender algo sobre un masaje calmante y que deberían comprobar que todo sigue en su sitio.

Salgo de la clínica bastante bien, no tengo dolor ni noto nada extraño, incluso me atrevo a llamar a Meli y quedo con ella para tomar algo y, quizá, dar una vuelta por los escaparates del barrio. Necesito distraerme, desconectar de mi cerebro porque, seamos sinceros, ahora mismo estoy hecha un auténtico lío y prefiero no pensar en nada durante un par de horas. Estamos en una de nuestras cafeterías favoritas, al lado de los jardines del Retiro, cuando me llama Ekaitz, ha terminado su turno y quiere asegurarse de que estoy bien.

—Dile que venga —me insiste mi amiga por lo bajo mientras niego con la cabeza. No estoy muy segura de que sea buena idea.

—Estamos en *El perro y la galleta* —digo antes de colgar.

Meli da saltitos en su silla, dice que hablo de él como una adolescente enamorada. Yo creo que sólo es gratitud y cierto grado de admiración. Aunque debo admitir que, cuando le he tenido tan cerca esta tarde, algo se me ha removido dentro, una sensación de calidez y tranquilidad y, a la vez, algo nuevo, intenso, algo que no sentía desde... Quizá nunca lo haya sentido y por eso ahora me da miedo aceptar que puede que me guste más que físicamente. Llega acompañado por Quique y, por alguna razón, me siento decepcionada. Quizá esperaba tener algo de intimidad una vez Meli le haya dado el visto bueno pero, al aparecer con su compañero, parece más una visita profesional que algo casual. Puede que sea el orgullo lo que me hace el erguirme en la silla y adoptar mi pose de influencer estirada que mantengo hasta que una patadita de mi amiga por debajo de la mesa me hace chillar de dolor mientras dos lagrimones recorren mi cara. Rabio, maldigo en voz baja y lloriqueo mientras el dolor se expande desde la espinilla al resto del cuerpo. Ekaitz ha saltado de la silla y está ahora de rodillas frente a mí, examinando los daños tras remangarme el pantalón. Meli se disculpa llorosa y Quique, en un acto que creo que es de consuelo, le dice que no se preocupe, que seguro que no es para tanto.

—Tranquila, ha sido sin querer —murmura acariciándole el hombro.

—No —solloza mi amiga —es que estaba siendo una estúpida y no me he dado cuenta.

—¡No estaba siendo estúpida! —protesto ignorando el masaje que me está dando en medio del local que, por suerte, no está demasiado concurrido esta tarde.

—Venga, chicas —nos calma desde el suelo y sin perder la concentración—. Ana, sí que estabas siendo un poco engreída —susurra para que sólo le oiga yo —. ¿Te molesta que haya venido con Quique? —le señala con la cabeza, está sentado frente a Meli y le retira el pelo de la cara, creo que intenta ligar con ella —. Estaba un poco preocupado por dejar que te cayeras. Debería haberte sujetado él, pero yo...

—Gracias por recogerme —sonrío —No sé qué ha pasado...

—Es un poco pronto para que andes, supongo, o quizá estabas distraída. Ahora tienes que

mirar muy bien dónde pisas —me hace un guiño y noto la temperatura subiendo en mi vientre.

Está demasiado sexy visto desde este ángulo. El jersey azul se pega a su pecho y sus brazos fuertes, los vaqueros ajustados a sus piernas, sus ojos verdes están concentrados y sus manos trabajando con delicadeza los músculos doloridos de mi pierna. Tiene las manos suaves y grandes, cuidadas. Mi mente vaga lejos de allí, imagina cómo será que toquen otras partes de mi cuerpo; imagina sus labios recorriendo mi vientre y perdiéndose entre mis piernas; imagina su pelo deslizándose entre mis dedos; imagina sus brazos fuertes sujetando su cuerpo sobre el mío, sudoroso y jadeante. Se me escapa un suspiro antes de que pueda controlarlo, el pulso se acelera y siento como despierta una parte de mi cuerpo que lleva demasiado tiempo dormida. Me sofoco y se me encienden las mejillas en cuanto me doy cuenta de que estoy fantaseando en una cafetería, a plena luz del día, y con el dueño de mi ensoñación mirándome fijamente.

—¿No habíamos quedado con...? —insto a Meli. Es nuestro código secreto para huir de las situaciones embarazosas. Hacía mucho que no lo utilizaba pero hoy necesito esa vía de escape y mi amiga parece no pillar la indirecta, está demasiado ocupada tonteando con Quique —.Meli — insisto —, tenemos que irnos, no puedo ir muy rápido con las muletas...

—¿Qué diablos te pasa? —dice, visiblemente enfadada cuando ya estamos a un par de manzanas del local.

—Que... Estaba incómoda, eso es todo. Son mis terapeutas no creo que deba tomar café con ellos.

—Pero si ya habías quedado con Ekaitz antes, ¡menuda tontería! A no ser que... oh, Dios mío, ¡te has puesto cachonda!

—Meli, por favor, no seas ordinaria —respondo muy digna—. Es que no me sentía muy a gusto con la situación.

—A otra con ese cuento. Ekaitz es muy mono... —me da un codazo suave—. ¿Te gusta? Casi no me doy cuenta de que estoy asintiendo.

Capítulo 19

Reconozco que me está costando no llevar el tratamiento de Ana, sé que la he dejado en buenas manos con Quique, pero no puedo evitar preocuparme. Y menos cuando la veo de pie al inicio de las barras. Dejo de prestar atención a lo que estoy haciendo. Parece que va bien, la veo concentrada en algún punto de la sala, como si no pensara en nada más que el siguiente paso, pero algo me dice que no está centrada, no es en caminar en lo que está pensando. Y tampoco es que vea a Quique muy pendiente. Cuando me quiero dar cuenta está cayendo. Lo veo todo como a cámara lenta. Sus manos soltándose de la barra, los pies separándose del suelo... Quique está atónito, creo que no sabe cómo reaccionar. Y yo... yo corro, en un par de zancadas estoy colándome entre las barras de madera y sujetándola para que su preciosa cara no acabe estampada contra la moqueta azul de la sala común.

Cuando la dejamos en una salita para que se relaje después del susto, llevo a Quique a mi despacho y le pregunto en qué demonios estaba pensando, dónde tenía la puta cabeza para no darse cuenta de que Ana se estaba cayendo. Él sólo agacha la cabeza y se disculpa, se estaba fijando en donde ponía los pies, en la forma en que pisaba y se ha bloqueado cuando ha visto que tropezaba. Tengo ganas de gritarle, esto denota tanta falta de profesionalidad que deberían despedirle, pero es mi amigo, mi mejor amigo, hicimos juntos las pruebas para el puesto, vinimos juntos a Madrid, incluso llegamos a compartir piso durante una temporada... Tampoco es que mi actitud hasta ahora haya sido ejemplar. Así que me trago mis palabras y le pido que vaya a atender a Ana mientras le doy vueltas a la posibilidad de que nos denuncie por mala praxis. Por si no la hubiera cagado ya lo suficiente quedando con ella y pasándole el paciente a un colega sin consultarlo antes con los jefes. Si Ana se ha lesionado, si la lesión ha empeorado, está en su derecho de poner una queja.

Me quedo algo más tranquilo cuando Quique vuelve y me cuenta que está bien y no ha notado nada diferente a otros días. Aún así decido llamarla cuando acaba mi turno sólo para asegurarme, lo que no esperaba era que me dijera que fuera donde estaba tomando un café con su amiga. Pido a mi amigo que me acompañe en gran parte porque no quiero que ella piense que es una cita, pero también porque yo no quiero pensarlo. Además, ella está con una amiga, creo que es lo justo. Llegamos a *El perro y la galleta*, al ladito de El Retiro. Es uno de esos sitios pijos que están de moda y que mis amigos y yo no solemos pisar. Pero ellas están allí en su salsa, encajan a la perfección con el ambiente, se mimetizan. Yo me siento fuera de lugar y, lo que es peor, no la reconozco. Allí sentada, con la espalda erguida y la sonrisa impostada, se le ve la falsedad a la legua. Por primera vez desde que la conozco veo a qué se dedica, veo que está cómoda siendo una estirada, una engreída. Hasta que aúlla y da un bote en la silla. Palidece y su amiga lo hace con ella. Maldice en voz baja y llora mientras su amiga se disculpa entre sollozos y Quique intenta consolarla demasiado gentilmente. El muy capullo está aprovechando la oportunidad para ligar aunque no puedo culparle, la amiga de Ana es muy mona, pero estoy demasiado ocupado masajeando su pierna como para entretenerme con lo que mi compañero hace.

Es una situación demasiado extraña como para sentir lo que me hace sentir, calidez, cercanía, confianza... Y quizá un poquito de deseo. Desde mi posición la veo preciosa, indefensa y tierna,

todo atisbo de esa superioridad que tenía cuando hemos entrado a desaparecido y solo queda un ligero rubor en sus mejillas y un jadeo que se escapa involuntario de su boca. De repente parece que tiene prisa por irse. ¿De verdad se cree que ha inventado la técnica del «habíamos quedado...»? Como diría mi madre, eso es del año de la polca. Si ato cabos, podría asegurar que es lo que le pasa, pero hago como que no me entero y las dejo marchar poco antes de salir de ese local que ya empieza a llenarse de gente que se preocupa más por su teléfono que por su compañía.

De vuelta a mi piso en Tetuán le ofrezco a Quique una cerveza y me tiro en mi sofá de Ikea pensando en lo que ha pasado, en esa calidez que he sentido, en esa atracción que crecía y crecía y lo inundaba todo...

—Estás pillado, tío —afirma—. Te ha chafado que estuviera tan idiota pero te ha faltado tiempo para ponerte de rodillas.

—Es vocación —miento y las palabras me rasgan la garganta.

—Ekaitz, déjate llevar. Te conozco, le estás dando vueltas, sientes algo y te da miedo.

—Dijo el de los rollos de una noche.

—Eso es diferente, las mujeres y yo... Sencillamente, no encajamos para más de un rato. Pero tú...

—Sí, soy el vivo ejemplo de cómo llevar una relación. Por eso sigo con Amaia.

—Todas no son Amaia —farfulla—. Si te da la gana hacerme caso, no le des demasiadas vueltas y fluye.

Cuando se marcha sigo dándole vueltas, solo que ahora mi queridísimo amigo me ha metido en la cabeza la idea de fluir. Algo que aplico a muchos ámbitos de mi vida, algo que me sirve para las rutas en bici, que me sirvió para dejar Ondárroa y a mi familia y venir a Madrid, algo que aplico a todo, menos al amor. Ni siquiera sé si sigo creyendo en el amor. ¡Pero qué coño hago hablando de amor! Ana me gusta, incluso puedo admitir que me pone, pero de ahí a hablar de romance hay un largo camino. Entonces, ¿por qué se me acelera el pulso cuando leo su wassap ya entrada la noche?

Quizá tardo demasiado en darme cuenta de que Quique tiene razón, en admitir que no puedo quitarle los ojos de encima, que me gusta estar con ella, hablar con ella —cuando no se pone en plan «soy una súper estrella de las redes sociales» —... Pero cuando lo hago, cuando lo admito y me dejo fluir, ya no hay marcha atrás. Ha pasado casi un mes desde el incidente en las barras, unas semanas en las que me he permitido quedar con ella a tomar algo después de mi turno porque una cosa es fluir y otra tirarse a la piscina sin red. Ya he dicho que soy demasiado analítico, necesitaba tener más datos. En estas semanas Ana ha avanzado mucho, ha dejado atrás una de las muletas y camina por las barras con soltura, hoy vamos a experimentar, vamos a intentar que ande sin ayuda, si no hay dolores, estaremos muy cerca del final. Noto como tiembla, es normal que tenga miedo, pero me he reservado esta hora para estar con ella, no quiero arriesgarme a que Quique se bloquee si ella tropieza.

Empezamos conmigo sujetándola por el codo, no voy a decirle cuándo voy a soltar, no quiero que esté preparada, quiero que confíe en mí y en sí misma, en que puede hacerlo. En total, deben haber pasado unos cinco meses desde el accidente, ya es hora de probar.

—No cargues el peso sobre mí —indico —tus piernas tienen que sujetarte, poco a poco, no

tenemos ninguna prisa, piensa bien dónde vas a poner el pie, para antes de dar el siguiente paso y no lo hagas hasta que estés totalmente segura.

Camino a su lado, está tranquila, relajada, la suelto justo después del tercer paso pero sigo a su lado y dejo la mano en la misma posición que la llevaría si estuviera sujetándola para que no se dé cuenta. Tiene la vista fija en el frente a pesar de haberle repetido varias veces que mire por donde pisa, pero lo hace con tantísima seguridad que me aparto un poco más a cada paso que da. Casi no puedo creer que lo consiga, tengo que reprimirme para no darle un abrazo allí mismo. Insto a Quique a llevarla a una sala privada para darle un masaje relajante y después nos reunimos con ella en mi despacho para darle unas pautas. Una cosa es andar unos pocos metros sin apoyo y otra diferente que ya pueda hacerlo como de costumbre. Aún necesita una muleta y unas cuantas sesiones más, pero lo de hoy ha sido un gran logro y tengo tantas ganas de celebrarlo que no espero a salir de la clínica para proponerle salir a cenar.

Tengo ese nerviosismo que tiene un adolescente frente a su primera cita con la chica que le gusta. Llevo media hora frente al espejo estudiando qué ponerme para decantarme por algo con lo que siempre he estado cómodo, vaqueros, camiseta blanca, americana negra y deportivas blancas. Toño se mete conmigo diciendo que es mi look de chico moderno y hipster y yo me encabrono diciendo que no tengo nada de eso, que solo es mi estilo formal pero informal. Cuando llego al restaurante que he escogido, un sitio modesto pero donde se come de maravilla cerca de mi barrio, me siento ridículo por haber perdido tiempo pensando en mi imagen para venir a un sitio donde he cenado mil veces con mis amigos al salir del trabajo. Llega cinco minutos después, está preciosa y se nota que ha pasado bastante más tiempo que yo buscando el estilismo perfecto.

—Lo siento, llego tarde —se disculpa aunque apenas han pasado dos minutos de la hora a la que habíamos quedado—. No había forma de tapar esta maldita marca —se señala la mejilla. Recuerdo la primera vez que estuvo en mi consulta, tenía un ronchón horrible en la cara, una abrasión del airbag que lleva tratando de ocultar desde que la conozco y ahora no es más que una pequeña cicatriz.

—Estás preciosa. Prefiero verte sonreír a verte maquillada.

—¿Desde cuándo eres un intensito? —sonríe.

—Esa marca —le acaricio la mejilla —es solo la cicatriz de una batalla.

—Mis amigos insisten en que me opere para quitármela.

—¿Por qué? ¿Es vital? Quiero decir, ahora mismo tienes algo mucho más importante de lo que preocuparte —miro la muleta que ha dejado apoyada en la silla—. Estás viva —afirmo—. Tuviste un accidente muy grave, que estés aquí es un triunfo. Las marcas, las cicatrices, hay tiempo de tratarlas y borrarlas.

—¡Eso les dije yo!

Respiro aliviado, me estoy metiendo en donde no me llaman. Siempre he tenido una opinión muy clara respecto a las cicatrices: si no afectan a nada funcional, no son importantes. Y la de Ana, aparte de ser casi imperceptible debajo de todas las capas de maquillaje que, seguro, se ha puesto, no perjudica su movilidad ni nada por el estilo. Además, meterse en un quirófano por una cuestión estética me parece una absurdez y un riesgo innecesario. Estaba casi seguro de que ella no opinaría igual, pero me sorprende su reacción.

Llegan nuestros crepes y la veo debatirse, juega con el tenedor, rebusca en su bolso y la veo tentada de sacar el móvil. Casi puedo escuchar su lucha interna así que me decido a sacar mi teléfono y lanzar una foto que no voy a colgar en ninguna parte porque, seamos sinceros, a nadie le interesa lo que como, dónde ni con quien lo hago, pero para ella es diferente, es como si fuera una

necesidad, una costumbre tan adquirida que le resulta casi natural hacerlo. Pero después de enfocar, bloquea el teléfono y lo guarda de nuevo.

—Esta noche no —sonríe.

Capítulo 20

Después del incidente en las barras le cogí miedo a andar sin las muletas, lo cierto es que me costó recuperar la confianza en mis piernas hasta tal punto que Quique temía que hubiéramos dado un paso atrás. Aún así lo seguimos intentando. Los primeros días era incapaz de dar un paso sin llevarle justo detrás, al cabo de un par de semanas ya hacía el recorrido varias veces. Casi un mes después, ya soy capaz de hacerlo agarrada sólo con una mano y dar algunos pasos sin sujeción. Quizá por eso cuando me proponen andar por la sala sin más sujeción que la de mis piernas no me opongo aunque, en el fondo, me da pánico que no respondan. O tal vez sea porque Ekaitz está a mi lado, ofreciéndome su mano. Algo dentro me dice que con él al lado no va a pasarme nada. Aún así estoy algo recelosa y me pienso mucho cada paso que doy, sobre todo cuando me percató de que ya no hay nadie sujetándome. Intento centrarme en el punto donde voy a poner el pie y no en que su mano ya no se posa con suavidad en mi codo, en el aroma que desprende, caminando a mi lado, sin perderme de vista. Intento que mi cabeza no divague, pero no puedo evitar que viaje por los recuerdos y me permito soñar mientras intento encontrar un solo momento en que Fede me haya desconcentrado de esta manera. Ni siquiera creo que me haya atraído tanto como Ekaitz. Si lo pienso, ni siquiera creo que me haya cautivado nunca. Nunca me he parado a pensarlo en serio, pero ahora se me está cruzando la idea de que, quizá, salía con Fede porque era lo que tocaba, lo que se esperaba de mí. La niña bien, la hija del magnate, debe salir con el hijo de su socio porque es lo socialmente aceptado. Aunque ella no quiera. ¿Por qué acepté? Supongo que me sentía atraída por lo que tenían mis padres, esa relación aparentemente perfecta de cara a la galería.

Fede es guapo, no se puede negar la evidencia. Es un chico alto, con cara de niño bueno y unos ojos oscuros que dan a su mirada una mezcla entre dulzura y perversión, pero es un auténtico gilipollas. Si le conoces bien te das cuenta de que es un puñetero superficial al que solo le importan sus seguidores, gustar a la gente y que su cuenta bancaria tenga muchos ceros y la de instagram muchas localizaciones diferentes. A todo esto doy vueltas mientras me maquillo para mi cita con Ekaitz. Y sí, esta vez asumo que es una cita. Hemos quedado para cenar, algo que me sorprendió al principio. Pensaba que después de la escenita de *El perro y la galleta* no querría volver a saber de mí fuera de la clínica, pero supongo que las últimas sesiones de fisioterapia nos han unido bastante. He perdido la cuenta de las capas de diferentes correctores que me he puesto en la marca de la mejilla sin conseguir tajarla. Ni siquiera mi base de altísima cobertura y mi fiel esponja de microfibra han conseguido cubrirla por completo. Pero al cabo de una hora he conseguido hacer algo medio decente con mi cara. Y el eye-liner me ha quedado perfecto. Me pongo mi vestido de flores nuevo, unas botas camperas planas y un bolso a juego. Después del último repaso en mi espejo de cuerpo y de casi olvidarme la muleta, salgo de casa.

Le miro desde fuera, está más guapo que nunca. Supongo que será la costumbre de verle con esa especie de pijama que lleva por uniforme, pero esa camiseta blanca y la americana le quedan de muerte. Creo que empiezo a salivar antes de tiempo, pero cuando empieza a hablar de lo absurdo que resulta siquiera pensar en quitarme la cicatriz de la cara, tengo que confesar, se me cae el alma a los pies. En cierto modo estoy de acuerdo con él, soy la primera que no quiere meterse en un quirófano, pero hay otras formas de borrar marcas que no requieren una cirugía.

Disimulo como puedo, la verdad es que el ambiente se ha tensado un poco por mi parte, no tengo demasiadas ganas de seguir con esa conversación así que, en cuanto nos traen la cena, saco el teléfono dispuesta a sacarle una foto tal y como ha hecho él. Ni siquiera pienso en que a nadie le interesarán unas crepes saladas de un cuchitril de Tetuán, solo enfoco y... Nada. No disparo. No saco ninguna foto. Algo ha cambiado, algo que no entiendo. De las pocas veces que he quedado con Ekaitz, ninguna le he visto sacar el móvil. Cuando estuve fisgando sus redes, sólo encontré fotos de paisajes, rutas en bicicleta y otros deportes. Habla de lo que le apasiona y se nota. Y yo noto que esto ya no me entusiasma. Ya no quiero seguir siendo Bella Style, no quiero seguir vendiendo mi vida a las marcas, enseñando al mundo cosas que parecen deliciosas pero nunca llego a probar porque engordan demasiado. Y aún así, aunque parece que hace meses que tengo claro que no quiero seguir por este camino, algo me impide cerrar la cuenta y dejar de comportarme como Ana la influencer.

Ekaitz sonrío, llevo demasiado tiempo divagando y me he perdido la conversación, he conectado el piloto de las respuestas automáticas, me sale genial, soy una gran actriz porque ni siquiera lo nota. Y si lo hace, no lo demuestra.

—¿Y qué haces en Madrid? —pregunto al fin.

—¿Te cuento la historia larga o te hago un resumen? —sonríe haciendo referencia a cuando le conté los pormenores de mi profesión.

—No te cortes —hago un guiño y doy un sorbo a mi agua con limón.

—Bueno, como las novelas, esta empieza con una historia de amor. Un amor jodidamente tóxico y dañino. Llevábamos saliendo tres años, vivíamos juntos... Tal vez pienses que todo era perfecto pero en realidad —hace una pausa para soltar aire, como si estuviera pensando cómo expresar lo que quiere decir—. Amaia era controladora, celosa y absorbente. Ni siquiera podía salir con mis amigos a tomar algo sin que viniera con nosotros o hiciera un mundo de ello y se pusiera a gritar como una loca. Me pasaba la vida estudiando para poder conseguir una beca, a mis padres no les sobra el dinero, ¿sabes? Pues ella siempre decía que no hacía suficiente, nada era suficiente. No cocinaba suficiente, no limpiaba suficiente... El día de mi graduación decidí salir a divertirme un poco, a celebrar que por fin había terminado la carrera y había cumplido un sueño. Cuando lo supo, decidió hacer lo mismo solo que ella fue un paso más allá. Yo solo me tomé unas cervezas y pasé un buen rato con los compañeros contando batallitas y despotricando de los exámenes finales. Ella pasó un buen rato liándose con un chico al que ni siquiera conocía y asegurándose de que lo viera. Así que, cuando llegó a casa por la mañana, yo había hecho las maletas. Lo de acabar en Madrid fue pura casualidad, una clínica dio una charla sobre la apertura de una nueva sede en Madrid y ofertaron unos puestos de empleo, mandé el currículum y una recomendación de mi tutor de prácticas y aquí estoy —sonríe.

—Así que eres fisio por vocación...

—Sí, para algunas profesiones hace falta tenerla. Y tú, ¿por qué eres influencer?

—Por casualidad, supongo. Estaba estudiando comunicación y protocolo, quería ser organizadora de bodas, como mi madre. Siempre me ha gustado la moda...

—Se nota —me corta.

—Seguía a muchas chicas que subían sus modelitos a Instagram y pensé «¿por qué no yo?». Toda la gente que conocía alababa mi estilo, mi buen gusto y un día me abrí una cuenta y subí una foto. Cuando tienes conocimientos de *social media* es más fácil, pero lo mío fue fugaz, en poco meses ya era de las más cotizadas, las marcas me enviaban regalos a cambio de que los sacara en mi cuenta y entré en el mundo del todo. Me hice profesional hace ocho años, ya sabes, de forma

legal, soy autónoma, hago mis declaraciones de impuestos... Me olvidé de que quería ser *wedding planner* hasta que anuncié mi boda y una editorial me propuso escribir un libro sobre cómo organizar una boda. Es mi proyecto secreto, «La agenda blanca». Llevo unos meses trabajando en ella junto a mi madre, pero desde el accidente le he dado un giro, estoy esperando que la editorial me responda, espero que les guste...

—Vaya —parece sorprendido por lo que le acabo de contar.

—¿Te esperabas algo como «quería ser modelo»?

—¿La verdad? Supongo que sí —se ríe.

Tiene una risa preciosa, abierta, despreocupada y contagiosa que le forma mil arruguitas en la cara. Mil arruguitas adorables. Empiezo a divagar sobre por qué yo nunca me río así, porque nunca sonríó más allá de una mueca y recuerdo a mi madre diciendo que nunca se es demasiado joven para el bótox y el ácido hialurónico. Para ella las arrugas son lo más horrible del mundo. Todo lo que haga ver que vas cumpliendo años, en realidad. A mis treinta años conozco un montón de tratamientos de belleza, anti-edad, para el cabello, para la celulitis y la piel de naranja... Me hice la depilación láser siendo aún adolescente y he sido fiel a mis extensiones de pestañas hasta que lo sustituí por el lifting y, más tarde, por un sérum maravilloso. Por no hablar de los labios, el pecho, el abdomen... No solo me machaco, mejor dicho, me machacaba, en el gimnasio entre una hora y media y dos horas al día, también cuido absolutamente todo lo que como, de hecho, ni siquiera he tocado el crepe, sólo el relleno de espinacas y nueces sin crema ni queso que he pedido y dos vasos de agua con hielo y limón. Le miro fijamente, tan despreocupado, tan natural, tan... él. Y creo que por eso me gusta, porque no tiene artificios, no mide cada paso, cada palabra, cada caloría... Es él. ÉL. Tan él que me inclino sobre la mesa y, sin pensarlo, poso mis labios perfectamente pintados sobre los suyos. Son carnosos, suaves, húmedos... El beso se vuelve más intenso y, de repente, me da vergüenza estar haciendo eso en mitad de un bar, con tanta gente alrededor y me entran las prisas por salir de allí. Por lo que veo, a él también, porque deja tres billetes de diez en la mesa a los pocos segundos de pedir la cuenta y me lleva todo lo deprisa que nos deja mi muleta por unas calles sombrías hasta un portal que parece un poco cochambroso.

Empiezo a temer que el piso sea igual de roñoso, pero lo cierto es que está decorado con gusto a pesar de lo sencillez del mobiliario. No hay muchas fotos ni cosas por medio, apenas una manta en el respaldo del sofá, un marco con una imagen de él con otro chico, ambos vestidos con ropa de ciclismo, una televisión conectada a una consola... Y dejo de fijarme en todo porque Ekaitz ha dejado su americana en el respaldo del sofá y me ha cogido de la cintura para volver a besarme. Dejo la muleta a un lado para encaramarme a su cuello. En algún momento decidimos que será más cómodo para mí ir a la cama. La ropa se pierde por el pasillo y nosotros entre las sábanas. Reconozco su tacto en cuando sus manos rozan mi piel desnuda, pero es diferente. Siempre ha sido suave y dulce, ahora, además, es sensual, como si entre las yemas de sus dedos y mi cuerpo saltaran pequeñas chispas que viajan directamente a mi vientre y estallan en miles de colores. Como si supiera donde debe tocar. Me retuerzo cuando acaricia con destreza mi pecho y pellizca uno de mis pezones mientras su boca se centra en mi cuello.

Le noto duro contra mi vientre. Me pone muchísimo notarle así, y estoy deseando que siga, pero se aparta. No entiendo nada hasta que le veo estirarse hasta el cajón de su mesilla y sacar de allí un paquetito plateado que rasga con destreza y se coloca el condón. Tantea mi entrada un par de veces y cuando se cuela dentro siento que toco el cielo. No quiero pensar en el tiempo que hace que no me acuesto con nadie, pero me viene el recuerdo de anotar en la agenda las noches románticas con Fede. Hasta ese punto programábamos nuestra vida. Aprieto los ojos porque no

quiero pensar en mi ex mientras Ekaitz entra y sale de mi con suavidad. Se mueve despacio, sin dejar de mirarme, de acariciarme, de besarme... Quiero rodar en la cama, quiero ponerme encima, pero al intentar hacer fuerza para movernos siento un dolor profundo en la pierna y decido quedarme quieta y jugar con mi cadera. Todo me parece tan erótico, tan espontáneo... La habitación huele a sexo y solo se escucha el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y salpicadas de jadeos. Embate con fuerza una vez, llegando tan profundo que creo que podría correrme si lo repite. Me mira pidiendo permiso para repetir, aunque creo que mi gemido profundo y el hecho de que, ahora mismo, me esté mordiendo el labio para no gritar, le da una pista. Repite una vez, dos, tres... Repite hasta que me dejo ir con un aullido de placer y sigue otra vez con suavidad, rotando la cadera mientras palpito a su alrededor y me esfuerzo por seguir su ritmo con mi cadera mientras noto como subo de nuevo, como en una montaña rusa, después de la caída, la subida se hace más intensa, más veloz, más potente, más... Noto que se tensa y embiste de nuevo con más fuerza.

—Oh, joder —jadea dejándose caer sobre mí, palpitando en mi interior, arrastrándose con su orgasmo.

Rueda en la cama y se levanta. Por un minuto creo que la magia del momento se ha esfumado y que todo se quedará en un polvo magnífico y si te he visto, no me acuerdo, pero solo entra en el baño, se deshace del preservativo y me pasa una toalla por si quiero asearme un poco. Se me mete en la cabeza que quiere que me marche, así que me envuelvo en la toalla y salgo cojeando al pasillo para recoger el resto de mi ropa antes de encerrarme en el baño para lavarme y vestirme, estoy a punto de salir de la habitación cuando aparece por el otro lado del corto pasillo con un vaso de agua con limón. Me mira extrañado, y me ofrece su brazo para que me apoye. Mis botas están en el salón, me ayuda a calzarme y, cuando estoy lista para marcharme, dice:

—Puedes quedarte, si quieres.

—Yo... Pensé que querías que me marchara —susurro muerta de vergüenza.

—¡No! No, no quiero que te vayas, yo... No tengo demasiada experiencia en estas lides. Quiero decir, con mis ex todo era más... rápido. No sé explicarlo. Era como si solo fuera sexo, sin sentimientos. Contigo no tengo esa sensación y no sé muy bien qué hacer después, no sé si te gustaría que nos abrazáramos o si quieres salir pitando a la ducha. No sé si quieres quedarte a dormir o pedir un taxi e irte a tu casa.

—Un coche con conductor, yo no cojo taxis —me río—.Y no, no me acurrucaría antes de asearme, pero necesito recuperarme después de correrme dos veces —le hago un guiño.

—Vaya...

—Así que, ¿puedes prestarme una camiseta? —tanteo.

—Vengo enseguida.

Capítulo 21

Es un despertar extraño, hace demasiado que no lo hago acompañada, acurrucada en el pecho de un hombre que sigue dormido mientras le miro. El pelo le cae por los ojos, hay una ligera sombra de barba haciendo aparición en su mentón. Con la luz del día colándose por la ventana, puedo apreciar el vello de su pecho y una hilera que baja desde su ombligo por su vientre plano hasta desaparecer por el elástico del pantalón. Se remueve cuando le acaricio y una parte concreta de su anatomía se despierta dando un respingo. Le escucho gemir en sueños mientras mi mano desfila por su miembro y me siento muy tentada de sentarme sobre él. Lo intento sin pensar demasiado, sin acordarme de que tengo una pierna rota que, al apoyarse en el colchón, me hace chillar de dolor.

Da un brinco en la cama, la erección matutina ha desaparecido y corre a la cocina a por una bolsa de gel congelada que coloca cuidadosamente envuelto en una toalla sobre mi pierna. Rebusca algo en el botiquín y vuelve con una pastilla y un bote de crema azul.

—Tómate esto, es ibuprofeno. Voy a darte un masaje —dice con profesionalidad—. Tienes que tener más cuidado —me abronca—. Anoche te pasó también. ¿Te gusta llevar la batuta? —levanta una ceja y le quita peso a la situación.

—Me gusta ponerme arriba —contesto lloriqueando, intentando no pensar en el dolor.

—Lo tendré en cuenta para cuando esta pierna esté al cien por cien —dice masajeando con delicadeza—. Ahora voy a lavarme las manos y preparar el desayuno... Ay, no, mejor salimos a desayunar, tengo que hacer la compra —se ríe despreocupado.

El camino hasta una cafetería bastante mona cerca de su casa es mi propio paseo de la vergüenza; ese que das con la misma ropa de la noche anterior, peinada de aquella manera porque te faltan tus productos y con el maquillaje vagamente retocado con lo que llevas en el bolso de mano. Recuerdo que Meli nos mencionó alguna vez que sus hermanos lo llamaban el paseo de los triunfadores y cuando me veo reflejada en el cristal de un escaparate no sé si sentirme una triunfadora o salir corriendo a esconderme donde el mundo no pueda ver mi cola de caballo y la máscara de pestañas a pegotones. Soy de la clase de personas que no repite modelito dos días seguidos. De hecho, tengo ropa suficiente para no repetir nunca un *outfit*, así que estar paseando por Madrid con la misma ropa que llevaba la noche anterior no es demasiado propio de mí. Pero en cuanto veo a Ekaitz se me pasa la vergüenza y me siento un poquito más triunfadora. Además, el rubor natural que el buen sexo le ha dado a mis mejillas me da un aspecto genial, casi ni me acuerdo de la marca de la mejilla.

Dudo que en esta cafetería, por cuca que sea, tengan smoothies de los que me gustan, de hecho, dudo que tengan un café decente, magdalenas ecológicas o un sándwich vegetal con pan de cereales de grano completo. Tengo ganas de decirle que podemos acercarnos a mi barrio y desayunar algo por allí, pero ya se ha acercado a la barra y está ojeando una carta que me pasa en cuanto llego a su lado. Elijo lo que me parece la opción más saludable: un té English Breakfast y una tostada con aceite de oliva virgen extra y tomate rallado. Le veo engullir un trozo de bizcocho de zanahoria y un café con leche y me pregunto qué hará para mantenerse tan en forma, en serio, lo intuía con el uniforme, pero después de lo de anoche y de haber podido contemplar su cuerpo

fibrado y modelado al despertar, pensé que sería una de esas personas que cuida su alimentación y se machaca en el gimnasio. Alguien más como yo...

—¿Quieres? —me ofrece un trozo de su bizcocho.

—No, gracias, tengo que... Cuidar lo que como.

—Claro —me mira de arriba abajo y sacude la cabeza.

—Me refiero a que, ahora que no puedo hacer ejercicio...

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que no llevas toda tu vida cuidando lo que comes?

—¿Tú no? Quiero decir... mírate —señalo.

—Soy afortunado —se ríe—.No, de verdad, me cuido e intento comer bien, pero no me obsesionan las calorías, de vez en cuando me doy un gusto. Y, sí, voy al gimnasio un par de días a la semana y no perdono las rutas en bici los fines de semana. ¿Qué hay de ti? A parte de esa dieta extraña...

—Pues... tengo un entrenador personal, entreno un par de horas al día. También tengo una coach nutricional y, además, de vez en cuando, me hago algún tratamiento. Este cuerpo requiere un esfuerzo.

Intento banalizarlo, pero las palabras resuenan en mi cabeza y me doy cuenta de que no tiene nada de banal. ¿Cuándo fue la última vez que disfruté comiendo? ¿Y la última que me salté un entrenamiento? Sin contar los meses después del accidente, claro. No lo recuerdo y seguramente sea porque nunca ha pasado. Nunca desde que empecé con esta rutina de cuidar todo, absolutamente todo, lo que concierne a mi cuerpo. Mi cuerpo es mi herramienta de trabajo, ¿por qué querría cualquier marca vestir a una chica con un cuerpo descompensado? Vale, se lleva lo no normativo, los cuerpos *reales* pero, seamos sinceros, las marcas se suben al carro por publicidad y a la hora de la verdad cuentan con las de la talla treinta y seis para sus campañas. Da igual si tienes pecas o si tu boca no es perfecta, pero tienes que ser delgada y eso requiere un esfuerzo sobrehumano.

—¡Macarrones con tomate! —se emociona al ver el menú del día en una pizarra mientras paseamos. Si tengo que ser sincera, no entiendo a qué viene esa emoción por unos simples macarrones.

Hemos dejado atrás Tetuán y ahora estamos paseando por el barrio de Chamartín, me siento mucho más en mi ambiente, pero él se las ha ingeniado para encontrar un restaurante, más bien un bar, donde sirven comidas, que no tiene nada de *cool*, ni elegante ni nada. Es castizo y me atrevería a jurar que lleva con la misma decoración desde que abrió hace treinta años. Me arrastra dentro y le pide al camarero una mesa para dos. Las mesas de madera oscura ralladas, las sillas con cojines raídos, platos de loza blanca y cubiertos que han perdido el lustre. El camarero es un hombre mayor, el mismo que atendía la barra, supongo que será el dueño. Se planta a nuestro lado y nos recita el menú como si se lo hubiera estudiado. Macarrones con tomate, ensalada mixta y cocido de garbanzos de primero. Filete de ternera con patatas fritas, lomo adobado también con patatas fritas y merluza en salsa verde de segundo. Los postres se reparten entre natillas, arroz con leche, yogur, fruta de temporada y helado. Me entran los mil males al oírlo. Mi comida suele basarse en una crema de verdura, ensalada o verduras escaldadas, algo de pollo o pavo a la plancha y una infusión. Me debato entre pedir la ensalada sin aliño ni aceitunas ni nada que tenga un mínimo de grasa, el filete sin guarnición y reservar la pieza de fruta para la merienda. Pero no me da tiempo, él se adelanta, pide macarrones para los dos, filete para los dos y arroz con leche. Una bomba de calorías.

Es hora de reconocer que hace como mil años que no como unos macarrones con su tomate,

sus trozos de chorizo y esa grasilla que se queda en el plato. Si lo pienso demasiado me dan hasta repelús. De primeras los miro con recelo, si al menos fueran integrales... Después de unos segundos me viene a la memoria una de las muchas veces que comía a solas con la asistente y mi niñera porque mis padres tenían la agenda demasiado ocupada para ir a comer a casa. Aquel día hizo unos macarrones con tomate porque «los niños tienen que disfrutar de la vida y no preocuparse por estar siempre perfectos, tienen que ensuciarse, jugar, ver dibujos animados»... Cuánta razón tenía aquella mujer que ahora recuerdo vagamente. Pincho macarrones, los miro con mil dudas, pero me los llevo a la boca y creo llegar al orgasmo cuando los saboreo. No es que sean los mejores del mundo, de hecho están algo pasados y sosos, pero es que hace demasiado que no los pruebo y me llevan a momentos muy felices, quizá los únicos momentos felices que he tenido en mi vida, aquellos que pasaba con alguna de mis niñeras y la asistente de turno, comiendo cosas prohibidas mientras veía el Inspector Gadget o Los Moomin.

Ekaitz me mira interesado, debo tener cara de lerda o algo así, porque sonrío y pincha un montón de macarrones de su plato y exagera un gesto de placer. Los dos nos reímos y comemos con ganas. Me va a doler el estómago si me como todo el plato, pero están demasiado ricos para dejarlos. Me siento incluso tentada de untar el pan en el plato para no dejar ni un resto de salsa. Lo primero que devoro cuando llega el segundo son las patatas fritas. Me las he prohibido durante años y si mi coach se enterase de esto me pondría un piso en la luna y una semana de dieta depurativa. Mi entrenador sólo me mataría a hacer abdominales y sentadillas porque todos esos hidratos y esas grasas irán a parar a mi culo y mi barriga, pero ¡por Dios, están deliciosas! Cuando llega el arroz con leche no puedo más, siento que el estómago me va a estallar y decido que una cucharadita será suficiente. Por lo que veo, a él le pasa lo mismo. Necesitaré andar durante horas para bajarlo.

—¿Te ha gustado? —pregunta con inocencia.

—Estaba todo delicioso —digo acariciándome la barriga, hinchándola con dramatismo.

—Disfruta, Ana. La vida está para vivirla, no tiene sentido pensarlo todo tanto. Sólo, vívela.

Capítulo 22

Macarrones con tomate. Si alguien me hubiera dicho hace años que la solución para conquistar a una chica iba a ser llevarla a comer unos macarrones con chorizo de un bar cutre de Chamartín, le habría llamado loco. Y aquí estamos, sentados en un parque comentando la jugada. Me cuenta que su niñera le daba macarrones cuando sus padres se iban de viaje para que no se enterasen, que su madre le tenía prohibidas un montón de comidas de esas que a los niños nos encantan, que nunca le dio chocolate ni chucherías ni helados... Era la típica niña apuntada a un montón de extraescolares, todo con tal de no tenerla mucho rato danzando por casa aunque, a decir verdad, creo que tampoco sus padres pasaban demasiado tiempo en ella.

—Gimnasia rítmica, inglés, francés... —enumera. Tenía que ser una chica de provecho y tenía que estar delgada y guapa —dice con cierta tristeza.

—Vaya... No les veías mucho, ¿verdad?

—Mi padre siempre ha estado muy ocupado dirigiendo su empresa como para pasar tiempo en casa. Y mi madre, entre organizar bodas y eventos, ir de compras y tomar café con sus amigas, tampoco es que pasara mucho tiempo en casa.

—¿Te criaste con la niñera?

—Diría que por desgracia, pero en realidad agradezco haberlas tenido. ¡Nunca habría probado el chocolate sin ellas! —se ríe.

—¿Ellas?

—¿Creías que había tenido solo una? En cuanto empezaba a encariñarme con ellas, mi madre las despedía. Supongo que tenía miedo de que las quisiera más que a ella.

—Y sin embargo, ella es tu modelo a seguir.

—En cierto modo, sí. No sé, es como si, a pesar de todo, de lo poco que ha influido en mi vida, sea mi ídolo. ¿Puedo contarte algo? —asiento—. Ya no estoy del todo segura de lo que quiero.

¡Zas! Esa sí que no me la esperaba. Podría haber previsto un poco de desorientación por los meses separada de su carrera, una vuelta a los orígenes suele ser normal en estos casos. En este momento me reconozco un poco en ella, en una época en la que estuve frustrado porque sentía que sólo ayudaba a niños ricos a deshacerse de contracturas que se hacían jugando a pádel o a aliviar dolores de espalda por pasarse horas frente al ordenador. Yo quería tratar lesiones importantes, a deportistas lesionados que ponen su carrera en mis manos, recuperaciones de accidentes graves... Perdí la vocación y las ganas de trabajar, pero un día me recordé a mí mismo que eso era lo que quería hacer, lo que siempre había querido. La verdadera frustración debe residir en perderse tanto que no encuentras quién eres.

Si soy sincero, cuando pienso en todo esto, me entra el miedo. Me estoy colando por una chica para la que, quizá, sólo soy un rito de paso, lo que necesita para volver a encontrar el camino. Hace tiempo blindé mis emociones y esta vez me he dejado llevar por ellas nada más y nada menos que con una influencer, una chica de la alta sociedad para la que, seguramente, en otras circunstancias, no hubiera sido más que un juguete. El Johnny de Baby, el Danny de Sandy, el Jack de Rose. ¿Quién dice que en estas no lo sea? ¿Quién dice que no sea un pobre iluso que se ha

creído que una transferencia es amor? Su forma se desdibuja, la tengo delante pero ya no la veo. Es como un espejismo.

—¡Ey! —sacude la mano frente a mis ojos—. Te has quedado embobado, ¿pasa algo?

—Es sólo que... No importa. Debería llevarte a casa.

Sueno serio, quizá demasiado. Pero ahora que no sé a qué atenerme, prefiero andarme con pies de plomo. Y ya sé que es tarde para dar marcha atrás, para borrar lo que hicimos anoche o este día que parecía especial, pero es justo ahora cuando quiero protegerme porque sé que podría salir malherido. Ella pide un coche que la lleve hasta la puerta de casa, podría haberla dejado subir y darme la vuelta para volver a mi piso, pero me monto con ella y la acompaño hasta su apartamento. Yo más bien lo llamaría palacio. Viviendo aquí, mi pisucho debió parecerle un zulo. Me invita a pasar, deja la muleta en la entrada y va cojeando hacia lo que, intuyo, es el salón, pero no quiero entrar, no quiero meterme más en su mundo, un mundo que no me corresponde y del que puedo salir muy escaldado.

—Ana, yo... Tengo que irme.

—¿Trabajas?

—Es sábado.

—¿Entonces? Deja que me cambie y damos una vuelta. Si quieres, te invito a cenar.

—Todo esto no es necesario, Ana. Es absurdo que sigamos fingiendo.

Me estoy creyendo lo que mi miedo me cuenta y estoy a punto de tirar por la borda lo que tengo con ella. Y terminaría por creérmelo si no fuera porque sale de lo que creo que es su dormitorio, puede que sea el vestidor, con otra ropa y se acerca todo lo rápido que su pierna rota le permite, coge las solapas de mi abrigo y tira para acercarme a ella y besarme con pasión, con angustia y una pizca de desesperación.

—Que sea la última vez que dices esas tonterías, Ekaitz.

Y dándome una palmada en el pecho da por finalizada la conversación, coge un abrigo del armario de la entrada y me apremia a dejar su casa. No suelo pasear por este barrio, demasiado ostentoso, demasiada falsedad, demasiado postureo, pero Ana se mueve como pez en el agua, está emocionada explicándome cada uno de sus rincones preferidos, instándome a mirar hacia lo alto de las fachadas, señalando cornisas espectaculares o escaparates con productos de lujo que cuestan más de lo que cobro en un mes. Acabamos cenando en un sitio donde todo es muy verde, incluso la comida. Echo de menos algo de pizza o un filete. Ana me cuenta que es un restaurante vegetariano, uno de sus favoritos, y yo empiezo a extrañar los macarrones grasientos del mediodía, aunque mi estómago no piense lo mismo. Además, estoy seguro que mañana, cuando estemos subiendo el puerto que tenemos planeado para la ruta, todo mi cuerpo lo agradecerá.

Me despido de Ana en su portal, cuando nuestros labios se juntan, mi polla se despierta y envía una señal a mi cerebro para que suba a su casa. Ella lo insinúa susurrando que es muy tarde para volver a Tetuán. El mensaje que acaba de mandarme Toño para decirme que se cae de la ruta porque María está enferma es sólo otro empujón. Quique responde rápido pidiendo que lo dejemos para otro día, excusándose en el cansancio aunque estoy seguro de que, en este momento, o está de fiesta o está acompañado. Y yo decido hacer caso a mi instinto y subo. Reprimo las ganas de quitarle la ropa en el ascensor, de cogerla en brazos y tirarla en el sofá. Vamos hacia el dormitorio cuando suenan unas llaves y la puerta se abre. No sé quién es el chico que acaba de entrar, pero, por lo poco que me ha hablado de él, creo que puedo hacerme una idea.

Capítulo 23

—¿Me puedes explicar qué haces con ese muerto de hambre? —gruñe señalando a Ekaitz.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono con firmeza.

—Caye os ha visto. ¿Besitos en el portal? ¿En qué clase de barriobajera te estás convirtiendo?

—¿Qué diferencia hay entre eso y subirlo a Instagram?

—¿De qué demonios hablas? Además, yo no me codeo con esa calaña —la mirada de desprecio hacia Ekaitz es como un cuchillo, tengo que sujetarle para que no se lance hacia Fede, pero no tengo demasiada fuerza y tengo que calmarle de otra manera.

—No le hagas caso —susurro poniéndome delante.

—Eres un niño y un clasista de mierda —espeta Ekaitz.

—¡Eh! Lávate esa boca con jabón. Ahora entiendo de quién se te está pegando esa vulgaridad. Bella, cielo, ¿por qué no nos dejamos de jueguecitos? ¿Ya has olvidado el anillo? —Miro mi mano izquierda y juego con el diamante antes de quitármelo y lanzárselo con toda mi mala leche.

—Y tú ¿has olvidado que te has liado con mi mejor amiga? —confieso que le añado algo de dramatismo, pero sólo consigo que Ekaitz se ofusque porque, seamos sinceros, la pelea entre Fede y yo parece de esas que acaban en reconciliación.

—¿Eso? ¡Estábamos bebidos! Ana, sabes que yo sólo te quiero a ti. Deja de jugar a Titanic con ese tío, te echo de menos.

—¿Jugar a Titanic? ¿De qué vas? Yo no estoy jugando a nada con él, estoy con Ekaitz porque quiero, porque me gusta, me siento bien a su lado. Y puede que sea un muerto de hambre, puede que sea de clase baja, pero, ¿qué más da? ¿A ti qué te importa con quien salga o me acueste?

Por el rabillo del ojo veo que la mandíbula de Ekaitz está tensa, como si estuviera conteniéndose. Fede sigue plantado en la entrada sin intención de marcharse, le conozco lo suficiente como para saber que no se irá sin su premio o sin que le echen a patadas así que tomo la iniciativa y le pido que se marche dándole un empujón cuando intenta besarme la mejilla. Huele demasiado bien, ese perfume amaderado siempre me ha gustado, es un olor demasiado sexy. Cuando me giro después de darle con la puerta en las narices, después de mirar el anillo que sigue en el suelo de mi entrada, me encuentro a Ekaitz poniéndose el abrigo con cara de enfado. Me disculpo por lo sucedido y las palabras de Fede. Me siento abochornada y profundamente culpable por lo que acaba de presenciar, pero él sacude la cabeza. No está molesto, ahora lo veo, está decepcionado y algo me dice que no es con Fede, si no conmigo.

—Me voy —gruñe —no necesitas un muerto de hambre en tu vida.

Se marcha dando un portazo que me resuena por dentro. Noto que el corazón se me encoge y algo dentro se rompe. La he pifiado, ni siquiera he pensado cuando esas palabras han salido de mi boca, me he limitado a repetir las para rebatir a Fede. ¿Pienso que es un muerto de hambre? No, rotundamente, aunque no puedo negar que no pertenecemos al mismo mundo, eso es una realidad y, aunque pueda parecer que la niña bien está jugando con el chico de clase trabajadora, nunca lo he visto de ese modo. Es curioso, hace unos meses ni siquiera me habría planteado salir con alguien que no estuviera en mi círculo, ahora me da exactamente igual que Ekaitz sea fisioterapeuta. Me daría igual que fuera camarero o albañil porque lo que de verdad me importa es que es una de las

personas más maravillosas de todas las que me he cruzado en mi vida.

Me acuesto apenada, abrazada a la almohada, no sin antes enviarle un wassap de disculpa, esta vez en mi nombre. No quiero que piense que me importa su condición. No quiero que piense que me parece poco para mí. No quiero que piense que sólo estoy jugando. Paso la noche mirando al techo, repasando las señales, buscando signos que puedan hacerle pensar que todo lo dicho es verdad, que creo que no me merece, que soy demasiado para él. ¿Quién puede juzgar eso? ¿Quién tiene la potestad? Pues, al parecer, todo el mundo. Después del numerito de Fede, llega un mensaje de Caye preguntando por el zarrapastroso ese con el que estaba cenando. Más tarde es Borja, asegurando que estoy muy perdida en la vida y debería centrarme en volver al trabajo. Meli espera a que amanezca. Son cerca de las nueve de la mañana cuando llega a mi casa. Soraya le abre la puerta e informa que *la señorita de la Vega* aún está acostada.

Salgo del dormitorio cojeando, con el antifaz que uso para dormir en la frente, ni siquiera me he molestado en lavarme la cara. Meli ha traído salvavidas: cappuccino con leche de soja y una especie de donuts veganos que nos encantan y deben tener como un millón de calorías.

—Lo han hecho para provocar —afirma—. Querían que saltaras, que salieras a la palestra para defender tu honor. Intentaban forzar que volvieras a las redes.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo hablé ayer con un amigo y creo que tiene razón. A los dos les va mal que te apartes de Instagram. Caye ha perdido muchos seguidores porque desde que no le das nada apenas saca novedades y ha perdido las pocas colaboraciones propias que tenía. Y Fede sin ti tiene el mismo interés que una ameba.

—Vino ayer a casa.

—Lo sé. ¿La lió mucho?

—Ekaitz estaba aquí. Discutieron y se fue tan enfadado, tan decepcionado... Meli, creo que se ha acabado —confieso con pena.

—Ay, Ana... No digas eso, seguro que tiene arreglo.

—No creo. Le llamó muerto de hambre y yo no le defendí, dije que me daba igual que lo fuera —me lamento escondiendo la cara entre las manos.

—Vaya...

—Me disculpé pero no es suficiente. ¿Qué hago?

—Si te viera, si te conociera bien... —hace una pausa y creo que está meditando qué debe decirme—. Ana, hace unos meses tal vez pensaras en él en esos términos, ahora... Eres una persona diferente, dudo mucho que te fijes en si Ekaitz es un trabajador o un empresario. Pero tienes que aclarárselo, habla con él cara a cara, sé sincera.

Meli es muy sabia, pero no entiendo muy bien cómo pretende que lo haga. Quizá debiera abrirme en canal y poner toda la carne en el asador, el alma en la mesa. Tal vez debería decirle que es la única persona en el mundo que me hace sentir especial, que es el único que me hace reír y soñar despierta. Quizá debería contarle que no hacía el amor con nadie desde hacía años, probablemente desde la primera vez que lo hice con Fede —aunque seguro que es mejor no mencionar a mi ex —y que despertarme a su lado ha sido una de las experiencias más bonitas y especiales que he vivido en mis treinta años de vida. Pero para eso debería cogerme el teléfono o responder a mis mensajes y, después de tres días intentándolo, buscándole por la clínica para hablar con él, tomo las riendas y fuerzo el encuentro.

Llevo un vaquero sencillo, un jersey blanco fino y una gabardina que tiene por lo menos tres años, puede parecer que no me he esforzado en arreglarme, pero conseguir este look que parece

desenfadado me ha llevado cerca de hora y media, aunque eso jamás se lo diré. La chica de recepción, creo que esta se llama Mónica, me dice que no puedo pasar sin cita previa, pero hago caso omiso y cojeo apoyada en mi muleta hasta la puerta de su despacho, cojo aire y abro sin llamar, sin pensar. Menos mal que no está con ningún paciente porque, si no, me da algo. Le encuentro tecleando en su ordenador tan concentrado que ni siquiera se da cuenta de que soy yo hasta que me siento en una de las aburridas sillas azules que tiene para sus pacientes y hablo.

—Vete, Ana, no quiero hablar contigo ahora. Y menos aquí —gruñe.

—No coges mis llamadas ni respondes mis mensajes...

—¿Y eso no te da una pista?

—Sé que estás enfadado...

—¿Enfadado? No, no estoy enfadado. Estoy decepcionado y ni siquiera sé si es contigo o conmigo mismo, por iluso. Pensé que eras diferente, pero eres una clasista de mierda. Eres una niña pija y engreída, tan acostumbrada a un alto nivel de vida que no sabe sobrevivir en el mundo real, donde subir una foto a Instagram no te saca las castañas del fuego ni te da de comer —boqueo buscando una respuesta, pero sigue hablando—. No soy ningún muerto de hambre, soy un currante. Y puede que no tenga tu nivel social, pero ¿clase baja? No sé quién te crees que soy, de dónde te crees que vengo, pero te aseguro que en mi casa jamás nos ha faltado un plato de comida y un abrigo en invierno. Que mis padres se dejaban los cuernos para sacarnos adelante a mi hermana y a mí, por supuesto, y siguen haciéndolo. Todos los meses envío parte de mi sueldo a casa para que puedan vivir decentemente y mi sobrino y mi hermana no tengan ninguna carencia, no lo negaré nunca. Prefiero vivir de una forma más humilde que ver a mi familia pasando fatiga. No necesito lujos para sentirme bien conmigo mismo, ni llevar ropa de marca o comer en sitios caros. Pero no somos unos muertos de hambre. Estoy orgulloso de mis raíces, de mi familia y de quien soy. Si no puedes soportar que no tenga tu clase ni lleve tu ritmo de vida, será mejor que te levantes y te marches.

—No pienso que seas un muerto de hambre —susurro sin poder hablar más alto, sus palabras me están estrangulando porque sé que, en el fondo, tiene razón y no soy más que otra niña pija de padres pudientes—. No sabía cómo expresarlo, a veces me pasa, soy mala con las palabras y sólo pensaba en rebatir de forma rápida. Me da igual que tu padre sea albañil o empresario, me da igual que nades en billetes o que lo pases mal para llegar a fin de mes... No me importa tu clase, me importa cómo eres y cómo me haces sentir, nada más. Espero que eso sea suficiente —digo con tristeza antes de levantarme y acercarme a la puerta.

Cuando salgo de allí, siento que algo ha cambiado. No tengo muy claro si he conseguido arreglarlo o he terminado de romperlo, pero dentro de mí noto que algo es diferente.

El siguiente paso es hablar con Fede para pedirle que me deje en paz. No quiero saber nada más de él ni de su historia con Cayetana. El anillo del compromiso roto quema en mi bolso. Entro en el edificio donde está su oficina muy decidida, pero en cuanto abro la puerta me paro en seco. Podría haber esperado a cualquier persona allí dentro menos a él. Él, que nunca tiene tiempo para nadie más que para su empresa. El que se perdió mi comunión, mi graduación y cualquier otro día importante en mi vida porque tenía otros asuntos más importantes y trascendentales que atender. Mi padre está sentado en uno de los sillones de la salita que mi ex tiene montada en su oficina y sorbe café solo con un chorrito de Baileys y una gotita de sacarina de una taza plateada y verde que le regaló la marca junto a la cafetera. Dejan de hablar en cuanto me ven. Nunca han estado muy unidos más allá de la relación empresarial y la profunda amistad que une al padre de Fede y al mío. Solo pueden estar hablando de una cosa: de mí.

—Vaya, justo la persona a la que quería ver —dice mi padre con cierto tono de enfado—. Fede me estaba contando que ya no estáis juntos... Y no solo eso, dice que tienes unas compañías, ¿cómo decirlo con delicadeza? Poco apropiadas.

—Y supongo que te habrá contado que esa compañía es un chico con el que estoy saliendo, ¿no? —mi padre se levanta y parece amenazador. Es un hombre alto y canoso, de facciones duras y ojos azules y fríos como el acero. No recuerdo haber tenido nunca una visión así de él. Fede se coloca en su asiento muy pagado de sí mismo. No sé qué se traerá entre manos, no sé qué pretende, pero empiezo a sospechar que he tentado a mi suerte admitiendo que estoy saliendo con alguien que mi padre no aprobaría.

—Tienes dos opciones, Ana Isabel —de todos es sabido que cuando un padre usa tu nombre completo no puede pasar nada bueno—. O dejas a ese chico y mantienes tu estatus o sigues con él y se acaban tus privilegios. Está en tu mano.

Esas son sus últimas palabras antes de salir sin despedirse de mí, sí lo hace de Fede, con un apretón de manos casi amistoso y un “mantenme al corriente”. Mi ex ha jugado sus cartas en una mano perfecta. Apuesta segura. Podría decir que el ultimátum me quema en las manos, pero en realidad lo hace en mi cerebro. Una parte de mí quiere mantener mi posición social, estoy demasiado acostumbrada a las cosas bonitas y caras y no tener que hacer nada por mí misma; la otra se inclina por Ekaitz, por el roce de sus manos, el calor de sus labios, la forma en que sus ojos verdes me miran o lo adorable que encuentro su nariz huesuda y algo grande para su cara.

Necesito aire y llego a pensar que necesito una segunda opinión, una charla con Meli de esas en las que terminaríamos arreglando el mundo si nos dejaran, pero algo me dice que la balanza ya se ha inclinado y ya he tomado una decisión.

Capítulo 24

Ayer le dije a Soraya que era su último día, no le di explicaciones no porque no las merezca si no porque no quiero preocuparla. Le agradecí todo lo que había hecho por mí en estos años, especialmente los últimos seis meses, desde mi accidente. En cierto modo ha sido una madre para mí, por eso, y aunque sé que voy a necesitar hasta el último céntimo, su sobre está bastante más abultado de lo que debería. Casi me echo a llorar cuando me dijo que me echaría de menos al darle la carta de recomendación, no sé cómo he conseguido aguantar mientras me abrazaba antes de salir del piso. Ha llegado el momento de confesar que a duras penas sé prepararme el desayuno. Me siento tentada de pedir comida a domicilio para evitarme la faena, pero recuerdo que debo empezar a valerme por mí misma. Mi padre me cerró el grifo en el momento en que planté la caja con el anillo de oro y diamantes en la mesa del despacho de Fedé. Solo el alquiler de mi piso ya tiene cuatro cifras y la amplia mayoría de los pagos que recibía por mis colaboraciones eran en especie. Un bolso de marca puede ser divino, pero no sirve para pagar al repartidor y no puedo seguir permitiéndome el salario de mi asistenta. Suena ridículo, soy consciente de ello, pero tengo que buscar en internet cómo preparar un *smoothie* con lo que tengo en la nevera porque ni siquiera sé para qué sirven la mayoría de los trastos que tengo en la cocina. Al final desisto y voy a Rawcoco a desayunar no sin antes llamar a Meli, necesito su ayuda.

«Amelia no es como nosotras», solía decir Caye refiriéndose a que los padres de Meli no tenían mucho dinero, no eran grandes empresarios ni se movían en círculos de la alta sociedad. Amelia sólo tuvo suerte de ser guapa y llamar la atención de un niño rico que, hasta entonces, Cayetana quería para ella. Borja no pudo resistirse a la melena rubia de aquella chica de barrio que intentaba hacerse un hueco en la prensa de moda. Asistía a eventos donde la flor y nata lucía sus mejores galas y, después, hacía breves relatos repletos de fotografías en su blog y en la pequeña columna que le cedían en la revista donde ejercía de becaria. Además de escribir artículos firmados por nombres más reconocidos en el sector. Pero en cuanto el pequeño de los Rivero-Ortiz de Zarra puso los ojos en ella, su caché subió como la espuma, las mejores publicaciones se la rifaban. Y es que en este mundo no hay nada como tener contactos y salir con Borja la convertía, inmediatamente, en amiga de la influencer más cotizada de España, es decir, yo. ¿Por qué te cuento esto ahora? Muy fácil, Meli no ha sucumbido a los encantos de la alta sociedad y, a pesar de la insistencia de Borja por que se fuera a vivir con él a su ático de lujo con vistas a El Retiro o ponerle una asistenta, ella siempre se ha negado, prefiere valerse por sí misma y eso la convierte, ahora mismo, en mi tabla de salvación.

Después de invitarla a desayunar, le pido que me acompañe a casa. He estado a punto de pedirle ayuda en el bar, pero sólo de pensar que alguien pudiera escucharnos hablar de esos temas me ha dado muchísima vergüenza. Sabe lo que pasa nada más entrar en el piso, está hecho un desastre, nunca he tenido que ocuparme de las labores domésticas así que mi salita parece el cuarto de la ropa sucia y la cocina acumula los platos de la cena del día anterior por las encimeras.

—¿Le ha pasado algo a Soraya? —pregunta y se nota que intenta disimular.

—Ya sabes lo que pasa —afirmo convencida de que Caye le habrá puesto al corriente.

—El ultimátum —murmura—.¿Estás segura?

—Sí —digo convencida aunque sé que sólo lo pregunta por educación.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Por ahora, ¿me enseñas a sobrevivir?

Meli se ríe, pero no sabe hasta qué punto soy un desastre. Desde niña he tenido quien me recogiera las cosas y por mucho que mis niñeras se esforzaran en repetirme que tenía que guardar los juguetes o que no podía dejar mi ropa tirada por la habitación, siempre venía detrás la asistenta a arreglar mis estropicios. Si quería un café o lo que fuera sólo tenía que pedirlo y lo tenía en pocos minutos pero ahora tendré que hacerlo todo por mí misma y no se me da bien. No es ni media mañana cuando mi amiga termina su lista de tareas del hogar. Ha aprovechado la pizarra que Soraya puso en la cocina para anotar cosas importantes y ha organizado un horario con todo lo que tengo que hacer cada día. Si lo miro, me estreso, me parecen demasiadas cosas a pesar de que mi amiga insiste en que no me llevará más de media hora. Con la comida ya es otro tema, ni siquiera se usan las microondas y no quiero recurrir a precocinados después de una vida dedicada a la comida sana. Aunque, de vez en cuando, me permitiré unos macarrones con tomate.

Creo que mi amiga ha decidido invitarme a comer porque ha desistido en su intento de enseñarme a cocinar y no se atreve a decírmelo. Después de un poke-bol en un Vip's —si alguien me hubiera dicho hace unos días que iba a comer en un sitio de esos, le habría llamado loco —, entramos en La casa del libro a comprar un libro llamado «cocina saludable para dummies» y mi amiga bromea sobre adquirir otro llamado «supervivencia para novatos». Volvemos a casa, revisamos la nevera y hacemos entre las dos una lista de la compra sana y variada con la que pueda tirar, al menos, una semana. La cuenta asciende a tres cifras y se acerca peligrosamente a las dos centenas. Comida real, biológica, ecológica, procedente de cultivos sostenibles y pesca responsable. Empiezo a plantearme que, de seguir con estos hábitos, mis ahorros se volatilizarán en menos de tres meses. De vuelta en el piso, Meli rebusca una sartén en la que pone unas gotas de aceite de oliva, después casca diligentemente dos huevos en un bol donde los bate con energía, añade queso proteico, sal y pimienta y lo echa en la sartén. Pierdo la pista de lo que hace en cuanto vuelca el contenido en un plato y lo devuelve a la misma para ponerlo de nuevo al fuego. A mí me cuesta tres intentos conseguir que el huevo batido y el resto de ingredientes no acaben escurriendo en la encimera, pero mi amiga no se rinde y quizá mi tortilla se parezca más a unos huevos revueltos, pero me sabe a gloria y no sé si es porque tengo hambre o porque es la primera vez en mi vida que como algo cocinado por mí.

—¿Has pensado pedir ayuda a Ekaitz? —dice mientras se pone un abrigo rosa monísimo que tiene una especie de falda de volantes y vi hace unos días en un escaparate de la calle de Goya.

—No le he dicho nada de esto, no quiero que lo sepa —respondo con contundencia—. Para él, todo sigue igual, sigo siendo una niña de papá.

—Ana...

—Tengo que buscar trabajo, necesito ganar dinero, no puedo vivir eternamente de mis ahorros.

—Pero tienes inversiones y esas cosas, ¿no?

—Mi padre me ha cortado el acceso a mis fondos, sólo puedo acceder a mi cuenta de ahorro y al fondo para la oficina que nunca monté. Y, para colmo, me han escrito de la editorial para decirme que cancelan el proyecto de la Agenda Blanca porque «ahora hay mucha gente haciendo eso mismo y no le ven futuro». Creo que son rodeos para no decirme que, como ya no tengo nombre, pasan de publicarme.

—Lo siento muchísimo —dice apenada y sé que lo hace con sinceridad—. Si necesitas

cualquier cosa...

—Lo sé —me abrazo a ella porque no quiero que se vaya, es mi salvavidas.

Estoy a punto de pedirle que se venga a vivir conmigo, si compartimos piso y gastos quizá no tenga que vender un riñón para llegar a fin de mes antes de diciembre.

No es hasta el día siguiente, mientras ando libremente por la sala común bajo la atenta mirada de Quique y pendiente de cada movimiento de Ekaitz, cuando me da por pensar en mi seguro médico y en cómo voy a afrontar los gastos de la rehabilitación que la póliza no cubra. Estoy jodida, con perdón. Creo que él lo nota y, cuando acaba mi sesión, se acerca para invitarme a tomar algo en cuanto acabe su turno, le queda poco. Hace unas semanas decidimos cambiar mi hora de terapia para que coincidiera con su salida de trabajar, así no tenía que esperarle y él no se preocupaba de salir a la hora. Eso fue antes del incidente con Fede y me extraña ese cambio repentino de opinión. Puede que, como yo, le haya estado dando vueltas a todo este asunto. Aún así acepto de buen grado su invitación y trato por todos los medios de disimular, de hacer ver que no pasa nada diferente a otros días, pero fracaso cuando mis ojos se abren de forma desorbitada al ver que un simple té con leche de soja cuesta cerca de seis euros en un Starbucks. Veo cómo me mira y lo sé, lo sabe o, al menos, lo sospecha.

Capítulo 25

Sé que pasa algo desde el momento en que me deja elegir destino. Ana es muy exquisita: nada de cadenas de comida rápida ni de cafeterías repartidas por el mundo. Por eso cuando elijo un Starbucks y no pone pegas, mi sentido arácnido se activa. Cuando la veo mirar la carta con los ojos como platos, se confirma: hay algún problema económico. Sé que, si pregunto, no me va a decir qué pasa, así que empiezo a tantear. Ya me dijo que muchas marcas, la amplia mayoría de sus colaboradores, le habían retirado su apoyo después del accidente y temo que eso haya causado un descalabro en su economía. Pero también recuerdo haberle escuchado que casi todos los pagos eran en especie y, seamos sinceros, por mucho que cueste un bolso, no te da de comer. Todos necesitamos efectivo y algo me dice que mi chica no anda muy sobrada ahora mismo. Pago la cuenta y tengo ganas de decirle que, con lo que cuesta esa pijada, podríamos comer los dos todo el día en mi casa, puede que día y medio. No soy exquisito, me cuido, pero busco siempre donde me sale mejor la compra. En mi nevera siempre hay verdura envasada y pescado congelado, la carne mejor si es fresca y, desde luego, no hay exceso de vicios ni tonterías. Soy práctico, mi madre me enseñó a vivir con lo justo y prefiero que me sobre a que me falte o llegar demasiado justo. Claro que me doy mis caprichos, no me faltan cervezas en casa ni unos frutos secos para cuando nos juntamos a ver la vuelta ciclista en casa o nos da por ir a ver una película, salgo con mis amigos, voy al cine de vez en cuando y me divierto, pero para eso no necesito pagar treinta euros por un cuenco de arroz con verduras bien adornado al que le han puesto un nombre moderno.

Pero ella no es así, necesita ir a sitios que están de moda, comer cosas que están de moda, llevar la ropa y todos los complementos a la última... y, por supuesto, colgarlo todo en internet. Cuando llego a casa paso algunos minutos revisando su cuenta. No hay stories recientes y su última publicación es de hace meses, recuerdo el día que se puso esa ropa porque fue el primero en que salimos a tomar café. Su blog y su facebook también están desiertos de publicaciones recientes. La idea de preguntarle directamente qué sucede me ronda la cabeza, no sé si tenemos ese nivel de confianza a pesar de lo que estamos viviendo, no quiero echarlo otra vez a perder ahora que creo haber entendido lo que pasó aquel día en su casa con su ex. Bastante tenemos con superar la brecha social que nos separa, el venir de mundos tan diferentes, de habernos educado de una forma tan distinta y haber crecido en ambientes tan opuestos. Ni siquiera pensamos igual, no tenemos las mismas ideas y, desde luego, no tenemos las mismas necesidades. Pero pensar que le ocurre algo, que puede estar pasándolo mal, me quita el sueño y acabo vistiéndome a las tres de la madrugada y cogiendo la bici para atravesar medio Tetuán hasta llegar a su piso en el corazón del barrio de Salamanca. Me debato entre llamar al timbre o volver a casa. ¿Desde cuándo soy tan impulsivo? Son cerca de las cuatro cuando decido que será mejor dejarle un wassap y, si contesta, pedirle que me abra la puerta.

Cinco minutos después estoy en su piso. Miro alrededor buscando algo diferente, pero no hace falta fijarse demasiado para ver que allí falta la mano de su asistenta por mucho que se halla esforzado en disimularlo. Como decía Sherlock en la serie de la BBC, el polvo habla y en su casa hay demasiado para que alguien lo hubiera limpiado esa misma mañana. Estoy a punto de preguntarle directamente si ha despedido a la asistenta y así no darle opción a andarse rodeos y

decir que no pasa nada, pero me siento violento con sólo pensarlo así que me limito a estrecharla entre mis brazos.

—Todo saldrá bien —murmuro acariciándole el pelo.

—Eso espero —farfulla.

—Puedes contármelo...

—Es el trabajo, no va nada bien, no consigo volver y no sé si tengo ganas de hacerlo —miente, se nota en su voz, aunque sé que parte de lo que dice es cierto.

—Pues no lo hagas, tienes treinta años, eres joven, puedes hacer lo que quieras. Por lo que me has contado, tu trabajo no es tan maravilloso como lo pintan. Dime una cosa, ¿qué querías ser de mayor? Cuando eras niña, ¿dónde te imaginabas a los treinta?

—En un despacho enorme, decorado con gusto, lleno de revistas de novias... Siempre tendría flores frescas en el escritorio y ayudaría a las parejas a tener la boda de sus sueños —sonríe, por primera vez desde que la conozco, la veo hablar de algo con ilusión, le brillan los ojos y hablo sin pensar.

—¡Hazlo! ¿Qué te lo impide?

—Pues —hace una pausa —, nada, supongo.

Nos hemos acurrucado en el sofá, Ana se ha tapado con una manta y está recostada en mi pecho, temo que se va a quedar dormida y en mis planes no entraba quedarme a dormir, aunque no sé qué esperaba al presentarme de madrugada en su casa. No pasan ni cinco minutos antes de que un gemidito me anuncie que se ha quedado frita. Me remuevo para levantarme sin despertarla, la cojo en brazos y la deslizo entre sus sábanas blancas bordadas antes de quedarme sólo con la camiseta y los calzoncillos para acurrucarme a su lado. Estoy a punto de dormirme cuando un pensamiento fugaz crece y se hace fuerte en mi cabeza, quizá no debiera estar allí, puede que no quiera tenerme en su casa cuando se despierte por la mañana.

Capítulo 26

Puede que sea porque es muy tarde y mi cerebro ha apagado los filtros. O porque siento que puedo confiar en él y contarle lo que sea. Lo que sea menos que mi padre me ha cerrado el grifo, paso de que piense que solo sobrevivo porque mi padre me mantiene. No, prefiero contarle una verdad a medias y acabo confesando que no tengo muchas ganas de seguir el camino por el que llevo andando diez años. Me sorprende explicándole que de niña me veía trabajando en un despacho que se parece mucho al de mi madre, pero tiene mi toque personal. Quería cumplir los sueños de las novias y me perdí por el camino. O cambié. Meli suele decir que nuestros sueños varían con nosotros pero lo que de verdad queremos siempre está ahí, escondido, esperando para volver a la palestra en el momento oportuno.

Me despierto temprano, el planning que me diseñó Meli incluye una alarma a las siete y media de la mañana para aprovechar el día y que me cunda la mañana. Según ella, a las diez ya debería tener hecha la casa, haber ido al gimnasio y estar arreglada. Como aún no puedo hacer más ejercicios que unas pequeñas rotaciones de tobillos y rodillas y tampoco le tengo pillado el truco a las labores del hogar, decido ajustarme a su horario. Lo que no esperaba era encontrar a Ekaitz a mi lado en la cama, tengo que hacer un esfuerzo para no dar media vuelta y acurrucarme en su pecho. Cuando duerme parece otra persona, tranquilo, despreocupado. Le doy un beso en la mejilla, me deslizo fuera de las sábanas y cojo el cuaderno donde Meli me apuntó todo lo que tengo que hacer y el orden que debo seguir. Empiezo por abrir las ventanas y preparar el desayuno. Mancho más de lo necesario, lo sé, tengo que mejorar en eso, pero al cabo de media hora tengo listos dos smoothies de mango y yogurt griego, unas tostadas de aguacate y té negro con una nube de leche. Ekaitz aparece en la cocina justo en el momento en que la tetera silba. Creo que no puede evitar preguntar.

—¿Y tu asistenta?

Boqueo, busco una respuesta convincente pero al final me decanto por decirle otra verdad a medias.

—Ahora viene menos.

—¿Y te apañas bien? —curioseosa.

—Más o menos —sonríe nada convencida—. Tengo una lista de tareas.

—¿Y cómo vas de cocina?

—Una aplicación —me río.

—Eso no puede ser.

Abre mi nevera como si estuviera en su casa y rebusca unas verduras y una pechuga de pollo. Después se pasa a los armarios: arroz integral que pone a remojo en un bol, sal y especias. No le cuesta encontrar unos dientes de ajo que pica muy finos y de una forma que parece profesional y pone en una sartén con un chorretón de aceite de oliva mientras me va explicando paso a paso lo que hace dejándome tiempo para anotarlo todo. Me cuenta que, al principio, sobrevivía a base de precocinados que parecían sanos pero le hicieron ganar unos kilos no deseados así que se apuntó a unos cursos de cocina gratuitos en el centro cívico de su barrio, donde intercambiaban conocimientos, y aprendió a hacer algunas cosas. Unas cuantas llamadas a su madre, la ayuda de

su amiga María y varios libros de cocina y blogs hicieron el resto. Después de saltar las verduras y el pollo, aclara el arroz y lo pone a cocer mientras nos ponemos en marcha con las labores. Apenas son las nueve, con su ayuda llegaré a tiempo y, además, tendré hecha la comida.

—Tengo que irme —dice de repente, nos queda muy poco para terminar con las labores —Mi turno empieza en veinte minutos —se justifica poniéndose la cazadora que aún descansa en el respaldo de mi sofá.

Antes de salir de mi casa me da un beso tierno y fugaz en los labios que me deja apoyada en la puerta como una tonta. Me he quedado con las ganas de decirle que vuelva a la hora de comer, tenemos dos poke-bowl esperando en mi cocina y me siento tan a gusto con él en casa que es como si siempre hubiera estado allí. Me ha encantado verle moviéndose por mi cocina como si fuera la suya, ayudándome con las tareas... Y despertarme a su lado. Verle nada más abrir los ojos es lo más bonito que me ha pasado en los últimos meses. Me siento cómoda a su lado, no me cuesta sincerarme cuando hablo con él y me hace pensar. Por eso en cuanto termino con mi lista de tareas de hoy, me siento con mi portátil a revisar mi cuenta bancaria y el fondo que tenía para la oficina y paso varias horas en Pinterest organizando tableros secretos y buscando ideas. Hay algo creciendo y haciéndose fuerte en mi cabeza, un sueño que llevaba mucho tiempo agazapado esperando su momento.

Le he enviado un mensaje para invitarle a comer, pero ha rehusado diciendo que no puede, apenas tiene una hora para comer en el trabajo y ha prometido que nos veremos después de la sesión de fisio, como todos los días. Me da pena que la comida se estropee así que aviso a Meli, comer con ella me irá bien, podremos seguir afinando el plan de tareas del hogar y puede que, entre las dos, saquemos algo en claro sobre qué hacer con mi vida para sacar un dinerillo sin tener que tirar de ahorros eternamente.

—Si quieres hablo con mi jefa, quizá haya un hueco para ti en la revista —propone antes de poner los ojos en blanco de gusto tras probar el poke.

—No sé si me veo de periodista y... Ya no tengo nombre. Casi nadie se acuerda de Bella Style. ¿Has visto mis seguidores últimamente? Hace días que no me llega un solo mensaje, ni una mención... Bella está acabada, ahora soy, simplemente, Ana.

—Bueno y, ¿qué quiere Ana? ¿Vas a pedir ayuda a tu madre en plan becaria?

—No. Mi madre es muy tirana, la he visto tratar a sus ayudantes y no quiero salir del despacho llorando como esas chicas. Quiero ser ella.

—¿Una tirana? —bromea.

—No, una wedding planner.

Meli da saltitos en el taburete mientras aplaude. Las dos sabemos que no será fácil, pero tengo algo bueno, una amiga periodista que se mueve en círculos de gente importante en los que siento que ya no encajo. Puedo empezar desde el despacho que tengo en mi piso, aprovechar el conocimiento que tengo de las redes para darme publicidad, empezar publicando ideas, cosas que veo en tiendas y podrían encajar, novedades de los diseñadores y, poco a poco, hacerme un hueco. Además, aunque me hayan dado la espalda, aún tengo el contacto de todos mis colaboradores y algunos son muy, pero que muy interesantes en el terreno nupcial.

Paso el día dándole vueltas a mi idea, recorriendo con mi muleta algunas tiendas de decoración de mi barrio, haciendo fotos a escaparates y detalles, anotando cosas que me gustan y dónde las veo. Cuando llego a mi sesión de fisioterapia tengo varias cosas claras: empezaré de cero con una cuenta nueva de Instagram, abriré un blog nuevo y, sobre todo, intentaré que Bella Style no se adueñe de mi nuevo proyecto. Tengo tantas ganas de terminar para poder contarle todo

a Ekaitz que por poco me caigo intentando andar más deprisa. Hace un par de días me hicieron una resonancia para ver cómo van mis huesos, los tornillos y las placas que me pusieron en la operación y es el momento de revisarlo todo con Quique a pesar de que el traumatólogo me dijo que la cosa iba bastante bien. A mi fisio le preocupa que el hueso no termine de soldar al cien por cien y que lo que me sujeta la pierna sea la placa de titanio. Apenas faltan unos milímetros, pero son decisivos, tenemos que tomárnoslo con calma, no tener prisa, la magnetoterapia ya no es factible y solo queda esperar.

Me decepciona un poco que no estemos solos cuando vamos a tomar algo al terminar su turno. Allí están Quique y otro amigo suyo que me presenta como Toño. Nos sobra una silla que, según dicen, es para María. Me siento un poco fuera de lugar mientras hablan sobre rutas en bici, tratamientos novedosos o técnicas de última generación, pero entre todas las conversaciones y mientras paso la vista por mi timeline de Pinterest, capto el nombre de Meli y me pongo alerta. Ha salido de boca de Quique, ¿me ha parecido escuchar que habían quedado o me lo he imaginado? Quizá sea otra Meli pero es demasiada coincidencia después de que se vieran el otro día y parecieran saltar chispas, ¿no? Mi amiga es una chica guapa, rubia con unos ojos color avellana que quitan el hipo y Quique es totalmente su tipo, un chico simpático, natural, algo descarado y guapo, me recuerda a Richard Madden con esos ojos grises y el pelo ensortijado. Desde luego, es mejor opción que Borja, llevaba ya tiempo harta de ese estirado que se piensa que lleva siempre la razón y es el único que sabe de lo que habla y, según él, sabe de todo. Pensándolo así, me recuerda mucho a Fede, son tal para cual, harían una pareja estupenda de no ser porque el mundo gay les asquea un poco a los dos. Mi cabeza empieza a hacer una lista de todas las cosas que no me gustan de Fede y es tan larga que me preocupa no haberme parado nunca pensar qué hacía con alguien tan homófobo, superficial, ignorante, engreído y, en ocasiones, machista, pero que no dudaba en aprovecharse de mi situación para subir como la espuma. No entiendo cómo aguante tanto tiempo a su lado habiendo en el mundo hombres como estos chicos que ríen despreocupados y han sabido hacerme partícipe de la conversación en cuanto han notado que me centraba demasiado en mi teléfono.

—Perdón por la tardanza —se disculpa una chica de pelo larguísimo moreno y rizado que da un beso en los labios a Toño antes de sentarse por lo que, intuyo, debe ser María—. Estoy ayudando a una amiga a organizar su boda. Tres horas atando lacitos para ahorrarse veinte euros.

Una bombilla se enciende en mi cabeza, algo que tiene mucho que ver con la idea que lleva fraguándose en mi cabeza todo el día. Las palabras de Meli resuenan en mi cabeza, cuando esta mañana le he dicho que quería ser como mi madre. Ahora sé que no. Ella se centra en bodas de alto copete y yo... Yo quiero ser para todos los públicos. Tengo que informarme bien de cómo va todo, pero no puedo evitar ponerme a hablar con María sobre la boda de su amiga. No sé muy bien cuando decidimos que sería una gran idea quedar las tres para que les eche una mano con las cosas que le faltan. Salgo de esa cafetería muy emocionada, acaba de nacer, definitivamente, mi nuevo proyecto.

Capítulo 27

He quedado con María y su amiga, llevo mi Agenda Blanca impresa y encuadernada, es sólo un borrador que quiero ir perfeccionando para poder regalárselo a mis novias. Me parece un detalle precioso que puedan ir anotando cada paso del gran día y poder guardarlo después como recuerdo. Si la editorial no lo quiere, al menos le daré un buen uso a todo ese trabajo. A decir verdad, la amiga de María lo tiene casi todo cerrado, se casa en tres meses y apenas le quedan unos pocos detalles, pero siempre se escapan cosas y son precisamente esos detalles para los que estoy aquí. Para eso y para ayudarle a que el día de su boda no falle nada. No tiene quien le coloque las flores, quien decore el espacio o quien se encargue de que se cumplan los tiempos. Y tampoco tiene presupuesto. Tengo que hacer números antes de decirle lo que voy a cobrarle por mis servicios, pero le he prometido ajustarme a su presupuesto. Por un momento se me cruza la idea de ir a ver a mi madre y preguntarle por sus precios, luego recuerdo que tengo su dossier en casa porque será mi madre, pero iba a cobrarme sus servicios por organizar mi boda.

Cuando llego a casa rebusco los papeles que preparamos juntas cuando empezamos a mirar las cosas, por suerte no llegamos a cerrar ningún contrato antes de que mi prometido decidiera cancelar la boda y por eso no he tenido que poner un duro. No recordaba que mi madre tuviera esas tarifas tan desorbitadas, pero teniendo en cuenta que se vende como un lujo, no es de extrañar que esas cuatro cifras sean tan altas. No, no me sirven de guía, prefiero hacer números por mi cuenta. Además, se lo he prometido a María. Paso la tarde tan concentrada en los presupuestos que no me doy cuenta de la infinidad de mensajes que me han llegado. Tengo mensajes de Ekaitz, Meli, María, Quique... ¡Mierda! Se me ha olvidado la sesión de fisioterapia de hoy. He dejado el móvil en silencio para no desconcentrarme y tengo tres llamadas perdidas de la clínica. Me disculpo mil veces con Ekaitz cuando llega a mi casa con un par de ensaladas que ha comprado de camino y un cabreo más que evidente.

—No puedes perderte las sesiones. Queda muy poco para que puedas dejar de usar la muleta, si pasas de la rehabilitación, lo retrasarás. Además, si no avisas con veinticuatro horas, te la cobrarán igual.

—Ya he dicho que lo siento —rezongo—. Estaba centrada en mi proyecto —sonrío y creo que me brillan los ojos cuando le enseño orgullosa el jaleo que tengo montado en el despacho.

Por primera vez en mucho tiempo siento que estoy haciendo lo que quiero, lo que me gusta. He arrancado con la cuenta de Instagram y ya tengo programadas varias entradas de tendencias para el blog. Sé que me va a costar arrancar, ganar seguidores y conseguir clientes, pero no me voy a rendir, tengo experiencia con las redes, sé gestionarlas a la perfección, tengo estilo, buen gusto y, aunque no me he movido demasiado por el mundo del low-cost, estoy segura de que no me costará hacerme con él. El primer paso ha sido crear una cuenta de Aliexpress, no me imaginaba la cantidad de cosas para bodas que se venden en esa web china, incluso venden material personalizado. También he concertado citas con varios proveedores y he anotado ideas para buscar materiales asequibles que pueda almacenar y alquilar a las parejas. Ekaitz asiente como si entendiera todo lo que le estoy contando, pero le noto distraído, puede que preocupado.

—¿Pasa algo?

—Me gusta verte ilusionada, pero nunca has emprendido de esta manera. Quiero decir, ¿cuánto invertiste antes de hacerte instagramer?

—Poco —me encojo de hombros—. Supongo que nada, todo era ropa que tenía o me compraba porque me gustaba y, poco a poco, me fueron regalando cosas.

—Ahora es diferente, tendrás que hacerte con un almacén para guardar los muebles y todas esas cosas que necesitas para decorar, quizá incluso necesites una oficina que los clientes puedan visitar; tienes que comprar esas cosas, investigar sobre tendencias, pagarte viajes a desfiles, ferias... Me da un poco de miedo que no salga bien, que te frustres o...

—O que me quede en la ruina —murmuro—. Yo también tengo miedo, estoy aterrada, pero si no lo hago ahora, ¿cuándo? No me veo trabajando para otra persona, vendiendo ropa o haciendo de comercial. Y mucho menos pidiendo un puesto a mi madre. Este es mi sueño, tengo que intentarlo.

Asiente y se levanta para recoger los platos de la cena. Está demasiado ensimismado, creo que le ha molestado que me saltara la sesión y no sé si debería disculparme más veces o es solo que le da miedo que me estrellé. Me gustaría poder decirle que todo irá bien, que confíe en mí, pero tengo que confesar que estoy intentando no pensar demasiado en todo esto porque me da pánico fallar y no quiero paralizarme, ahora tengo una ilusión, un objetivo, y tengo que ir a por él.

—¿Tienes alguna peli por ahí?

—Netflix y HBO, ya he cancelado la suscripción, pero aún quedan un par de semanas...

—Ana no tienes que renunciar a todo —suena poco convencido.

—Lo sé, pero es algo innecesario. Ya no soy una niña de papá, mi vida ya no consiste en subir fotos y esperar que lluevan los *likes*...

—Hay algo más, ¿verdad? No es solo que veas que tu carrera ha terminado...

—Mi padre ha cerrado el grifo —digo sin ganas y sin pensar que, en realidad, no quiero decírselo.

—Deberías habérmelo dicho antes —dice cogiendo la manta del respaldo del sofá antes de sentarse a buscar algo en el catálogo de las plataformas—. Podría ayudarte.

—Tengo que aprender a hacer todo esto sola, a sobrevivir.

—Pero quiero estar a tu lado. ¿Cuánto tiempo llevamos viéndonos, seis meses? Quiero ayudar.

—Pues hazme un hueco debajo de esa manta y deja que me acurruque.

Es sábado, el despertador suena a la misma hora, pero me falta la fuerza de voluntad para salir a la cama cuando le veo tumbado a mi lado, solo lleva la ropa interior y huele a una mezcla de su colonia, mi suavizante y sudor. Recuerdo haberme quedado dormida acurrucada en su pecho, con mi pierna izquierda enlazada cuidadosamente entre las suyas. Ahora estoy recostada, con el codo clavado en la almohada y la cabeza apoyada en la mano derecha, le observo dormir, tranquilo, despreocupado, y es como si tirase de mí y me obligara a quedarme a allí. Y, aunque estoy siendo metafórica, en realidad sí hay algo que tira de mí, su brazo me rodea de repente y acabo tumbada sobre él. Siento un ligero pinchazo en la pierna cuando mi rodilla se hince en el colchón, pero intento no pensar en ello. Me concentro en sentirle duro debajo de mí. Balanceo la cadera y siento como empuja, con sus dedos clavándose en la piel de mi trasero. Empiezo a pensar que sobra ropa entre nosotros, me estorba el pijama y la ropa interior, que no tarda en volar y caer al suelo del dormitorio. Deslizo las manos por su pecho y su abdomen hasta llegar a su entrepierna, le ayudo a entrar en mí, después de ponerse un condón, y sigo moviéndome despacio, apretando los músculos, siento como crece y le oigo gemir. Creo que me vengo arriba, me encanta estar encima, llevar el mando, y casi lo había olvidado porque con Fede todo era rutina, cinco minutos de

misionero cuando lo teníamos marcado en la agenda y ya está, un simple desahogo. Ese pensamiento me distrae, no sé muy bien qué hago pensando en mi ex mientras me acuesto con mi novio. Un momento, ¿Ekaitz es mi novio?

Me he descentrado por completo, mi cabeza viaja a mil por hora de un pensamiento a otro y no consigo disfrutar de lo que Ekaitz me está haciendo. Y lo digo así porque yo me he quedado inmóvil y es él quien sube y baja la cadera hasta que rueda en la cama y hace que mi espalda quede pegada al colchón. Para en seco y me mira fijamente.

—¿Pasa algo? —susurra hundiendo la cabeza en mi cuello y repartiendo besitos que me devuelven al momento.

Gimo, no lo puedo evitar, el cuello es mi punto débil. Elevo la cadera y se me clava tan dentro que creo que nunca me han tocado en ese punto. Casi provoca que estalle en un orgasmo de inmediato, pero sólo consigue que el placer crezca y crezca hasta hacerse tan grande que me mareo cuando me corro retorciéndome en la cama. Él se sujeta en el cabecero y sigue embistiendo hasta derrumbarse sobre mí. Respira entrecortadamente cuando rueda por el colchón y se queda tumbado boca arriba. La habitación huele a sexo del bueno, del satisfactorio para los dos, del que no es algo pactado y fijado en el tiempo. Me cuesta enfocar, creo que el orgasmo aún me retumba por dentro y me fallan las fuerzas cuando intento levantarme. Sólo me apetece dar media vuelta y volver a dormir entre esas sábanas que huelen a él.

Me da miedo que se vaya, hoy que no tengo nada más que hacer que ver las horas pasar y trastear por internet en busca de algunas de las cosas que me pidió la amiga de María, temo que mi cabeza hierva en pensamientos que acaben por hacerme daño o termine por cambiar de opinión, llamando a mi madre para pedirle un hueco en su plantilla. Además, me quedo embobada mirándole cuando sale de la ducha con una toalla enroscada en la cintura y secándose el pelo con otra. Tiene el abdomen ligeramente marcado y una fina línea de vello negro baja desde su ombligo hasta perderse por debajo del rizo blanco de la toalla. Me muerdo el labio inferior y mi cabeza grita que le pida que se quede. Pero no es necesario, va directo a la cocina y escucho como trastea con el exprimidor y la tostadora, también escucho la cafetera italiana, esa a la que yo aún no he pillado el punto y solo consigo sacarle un café aguado, antes de arrastrar los pies hasta uno de los taburetes. La casa huele a café recién hecho, tostadas y zumo de naranja recién exprimido. Ha machacado un aguacate y lo está extendiendo sobre el pan. Debe ser el hombre perfecto, de verdad. Y yo debo de estar volviéndome gilipollas o algo así, porque no puedo dejar de mirarle embobada. Es calma. Eso es. Ekaitz es la tormenta que ha traído la calma a mi vida.

Siempre he pensado que tener todo lo que quería era tener la vida perfecta. Nunca me ha faltado nada, tenía las cosas antes incluso de pedir las o saber que las quería, lo he ido consiguiendo todo casi sin esfuerzo, sin ningún problema. Mi vida era color de rosa: el trabajo de mis sueños, los amigos de mis sueños, la pareja de mis sueños... Pero a veces los sueños no son tan bonitos y no es hasta que te despiertas cuando te das cuenta de que, en realidad, estaba más cerca de ser una pesadilla. Y él me ha hecho despertar y entender que la vida es más que una agenda plagada de eventos, ropa de lujo y un novio que tus padres aprueban y al que tus amigos adoran. Bueno, todos menos Meli, a ella nunca le ha caído demasiado bien. Y, sin embargo, Ekaitz le encanta. Y, al parecer, también Quique. He conseguido sonsacarle a mi chico que esos dos se han visto un par de veces y parecen estar haciendo muy buenas migas.

—Quique está contento, creo que es la primera vez que le veo así con una chica. No te voy a engañar, no es el típico que se ata, pero creo que con tu amiga le ha dado fuerte.

—Pues espero que se comporte. Meli es muy princesa, no le van los rollos de una noche...

—Tenemos que dejarles —dice serio—. Por experiencia, meterse en lo que pasa en una pareja no suele salir bien.

Llámame suspicaz, pero creo que lo dice por algo, que habla por algo que le ha pasado. Y también sé que preguntarle directamente hará que se cierre en banda así que me quedo callada esperando que me cuente qué pasa.

—Mi hermana se casó con un desgraciado que le hacía la vida imposible desde que eran novios. No dejaba que saliera con sus amigas, controlaba dónde iba, cómo se vestía... Llegó a dejar su trabajo de camarera porque al muy cretino no le parecía bien que saliera tan tarde de trabajar y se pasara el día hablando con otros hombres. Traté de decírselo, hacérselo ver, pero lo único que conseguí fue apartarla de mí y que su boda fuera un mero trámite al que ni siquiera invitó a nuestros padres. Ella quería ser madre, él no quería niños, no le gustaban. Todavía no sé si fue un fallo, si es que mi hermana lo hizo a posta o pasó algo que nunca nos ha contado... El caso es que un día Gadea apareció en la puerta de mis padres con el bebé y nos dijo que se quedaba allí. Mi sobrino ha crecido con nosotros, mi hermana aún sigue en casa de mis padres porque con su trabajo a media jornada en una cadena de comida rápida no le llega para criar a su hijo y pagar un alquiler. Al menos conseguí que volviéramos a acercarnos, pero me costó un mundo recuperar a mi hermana. En serio, Ana, no te metas. Si estos dos quieren un rollo de una noche, genial; si deciden ir más en serio, genial también.

Asiento. Toda esa historia de su hermana me ha pillado descolocada. Es algo demasiado personal como para ir contándolo a la ligera, quizá tenga razón y, sin haberlo planificado, nos hayamos convertido formalmente en novios. Siento que también tengo que contarle algo privado pero hace demasiado tiempo que no pasa nada privado en mi vida y mi infancia es demasiado monótona. Quizá podría decirle lo mucho que me fastidiaba que mi padre se perdiera todos los momentos importantes, que a veces no era suficiente con que la niñera o la asistenta estuvieran a mi lado, que necesitaba a mis padres y no estaban nunca, pero hasta en mi cabeza suena demasiado elitista y no es el momento. Nuestros mundos tan diferentes empiezan a acercarse y no quiero ser quien abra de nuevo la brecha.

A media mañana se le ocurre una idea, quiere aprovechar que no tiene que ir a trabajar ni tiene planes con nadie para hacer una prueba. Nos acercamos a El Retiro en Metro. Hacía siglos que no cogía uno de esos y sólo lo hice porque no lograba encontrar un taxi en la época en que alquilar coches con conductor no era una opción. Me siento un poco insegura sin la muleta, ni siquiera me deja agarrarme a su brazo y temo que mi pierna falle y acabe de morros contra el suelo. Huele a tierra mojada, suena “My Way” al saxofón desde algún rincón del parque, hace frío a pesar de que el sol brilla en el cielo y los turistas acaparan las barcas del estanque. Caminamos despacio, al principio me paraba para asegurar cada paso, pero ya lo hago por inercia. Primero un pie, después el otro, no consigo dejar de mirar al suelo, aun no tengo suficiente confianza para hacerlo. Casi no me doy cuenta de que estoy subiendo unas escaleras. Llevamos un buen rato hablando de cosas banales como el tipo de música que escuchamos y me he concentrado tanto en la conversación y en la pasión con que me cuenta que, a pesar de no ser muy melómano, no puede evitar sentir que hay algunas canciones que marcan momentos en la vida que subo peldaño tras peldaño sin inmutarme.

—A veces —dice— escucho una canción y me parece que habla de mí, de alguna cosa que me pasa, de la vida... Pasé muchos años obsesionado con «Todo», de Pereza. Me recordaba a Amaia y lo que sentía por ella, era como un huracán. Ahora me ha dado con «Electricidad», de Leiva... No me preguntes por qué. Tengo días en los que pongo a Nina Simone, o que escucho todas las versiones posibles de La Vie En Rose porque me recuerda a mi madre y esa forma suya de cantar

en francés con acento vasco. Nunca he sido de escuchar música comercial, suelo ir con retraso y descubro las canciones cuando ya están pasadas de moda, pero no me importa, la música cuenta historias que hacemos nuestras porque parece que hablan de nosotros.

—Vaya, nunca he escuchado a Peseza. En mi casa la música era algo secundario, algo que sonaba de fondo cuando la asistente cocinaba o mi madre trabajaba en el despacho, nunca le prestaba demasiada atención a lo que ponían, pero me pasaba el día obsesionada con BackStreet Boys, N'Sync o lo que fuera que escucharan mis compañeras de clase cuando era adolescente. Era fan de lo que se llevaba y, supongo, sigo siendo así.

—Déjame ver tu Spotify —comenta sentándose en un banco cerca del Palacio de Cristal y yo le paso mi teléfono—. La lista de los 40, reggaetón, ¡Operación Triunfo! Rosalía... Vaya, Ana, tengo que culturizarte.

Saca unos auriculares de su bolsillo y su móvil. Es un modelo antiguo de Samsung que, al lado de mi iPhone X se ve anticuado. Rebusca en su Spotify una lista que se llama «Los momentos de mi vida». Veo canciones de Queen, Nina Simone, Peseza, Robbie Williams, Vanessa Martín... Es una mezcla extraña, diferente, ecléctica y, sin embargo, viéndola, escuchando esas canciones, no puedo evitar pensar que habla de él, que cada una me cuenta algo. Siento una punzada de envidia, mi música no dice nada de mí, ni siquiera tengo una canción favorita, ni una película favorita o un libro preferido. Las últimas películas que he visto han sido preestrenos a los que me han invitado o esas que dicen «no te puedes perder». Lo mismo con los libros, leo lo que se supone que debo leer, desde «La magia del orden» hasta «El código DaVinci» y libros de compañeras de profesión pasando por alguna que otra colaboración editorial que sólo les sirve de publicidad. Siento que no he hecho nada personal en los últimos años, nada por voluntad propia y me siento... Creo que la palabra que busco es *perdida*. Siento que me he perdido mi vida y, en ese justo momento, en mitad del parque, mientras por los auriculares se escucha a Édith Piaf cantando La Vie En Rose, decido que ese será el primer día del resto de mi vida.

Capítulo 28

Han pasado tres meses desde que decidí que sería buena idea llevar a Ana a andar sin las muletas. Tres meses desde ese día en que me levanté en su casa, preparé el desayuno y le hablé de mi hermana, de mis canciones, de mi vida. Tres meses desde que acepté que lo que yo quería que fuera algo sin importancia ni etiquetas era una relación seria. ¿Éramos novios? Pues, por lo visto, sí. Pero, además, en estos tres meses, Ana ha terminado la rehabilitación, camina perfectamente sin ayuda aunque aún tiene que tener cuidado y no hacer demasiados esfuerzos, nada de tacones ni carreras, pero es cuestión de tiempo que pueda hacerlo sin preocupación. Y, por si fuera poco, ha arrancado un negocio propio que, siendo del todo sincero, me acojona un poco. Respecto a mi vida... Me estoy planteando seriamente dejar mi piso, paso más tiempo en el de Ana que allí, está más cerca del trabajo y es más amplio, pero no termino de sentirme a gusto, no me siento en mi sitio. No me gusta salir a tomar algo y que todo valga tres veces más de lo que valdría en cualquier otro barrio, sentir que me miran y me juzgan porque no voy vestido a la última o mi abrigo no es de marca o de última temporada y tampoco me entusiasma dejar de enviar dinero a mis padres porque lo necesito para pagar mi parte del alquiler y los gastos. Al lado del maravilloso ático de Ana, mi piso es un zulo algo oscuro, con una distribución que deja muchísimo que desear y unos muebles que no conjuntan demasiado. Lo he intentado por ella, porque sé que es su hogar, el lugar donde encontró su sitio en el mundo, pero no puedo seguir escondiendo mi frustración y una mañana, después de pagar treinta euros por un café, un té, dos zumos y dos tostadas de aguacate, estallo.

—Esto no puede seguir así —digo y sueño demasiado brusco.

—No entiendo —susurra apartando la vista de su móvil—. ¿Te molesta que esté con el teléfono? —dice alarmada, guardando el aparato en el bolso.

—No, no es eso. Es que —agacho la cabeza cuando una pareja de chicas demasiado arregladas para un miércoles por la mañana me repasa de arriba abajo y hacen un gesto de desagrado.

—No les hagas caso —espeta—. Son una panda de superficiales —levanta la cabeza con orgullo y se cruza su abrigo de Zara, eso sí, de última temporada.

—Es algo más. Es que... Aquí es todo tan caro, tan pijo, tan de moda... No logro sentirme a gusto —confieso.

—¡Menos mal! Pensé que era algo más grave.

—Y, otra cosa, sabes que hablamos de venirme a vivir aquí, compartir gastos... He hecho números y, si quiero seguir ayudando a mis padres, no puedo permitirme esta casa. Es demasiado dinero y no quería reducirlo todo a eso, pero es imposible, con mi sueldo, no llego. Y menos si nos dejamos treinta euros cada vez que salimos a desayunar.

—Vaya... Y, ¿qué propones?

—Tetuán. Sé que mi piso no es lo ideal, que no te gusta como está decorado, pero creo que podría servirnos. Podrías poner el despacho en la habitación que uso para los trastos, llevar los muebles que quieras... Prométeme que lo pensarás —pido mirándole a los ojos.

—Lo haré. Puedo vender algunas cosas, tendré que hablar con el casero para finalizar el

contrato y ver si quiere quedarse con algo. ¿Puedo ser sincera?

—Espero que lo seas.

—Últimamente me siento un poco fuera de lugar aquí. No tiene que ver con que me miren por la ropa o porque las cosas sean carísimas, es que no es mi sitio. Ya no. Y tampoco que es que pueda permitirme seguir en el ático.

—¿Entonces?

—¿Cuándo me mudo?

Sonríe. Sonríe. Y, de pronto, todo parece ordenarse. Tengo que pellizcarme para creer que no estoy soñando, durante el último año parece que todo va demasiado bien, demasiado rodado y empiezo a temer que se escacharre por cualquier lado. Ana está poniendo de su parte, hay que reconocer el gran esfuerzo que hace para adaptarse a la nueva situación, lo volcada que está en negocio de organización de eventos y, concretamente, en la boda de la amiga de María, a la que, por cierto, ha quitado un gran peso de encima encargándose del trabajo que, sin duda, le habría tocado hacer a ella. Y, sin embargo, una parte de mí sigue creyendo que un día me despertaré y todo habrá desaparecido, seguiré amaneciendo solo en mi cama, en mi apartamento, trabajando más horas de las que debo porque no tengo mucho más que hacer en la vida, saliendo los fines de semana de ruta con la bici... Otra parte es algo más agorera y piensa que un día ella se cansará de llevar una vida de chica normal, de trabajar de sol a sol buscando proveedores, ideas y clientes, volverá con Fede, le dirá a su padre que acepta sus condiciones y acabará con un anillo muy brillante y muy caro en el dedo anular de su mano izquierda antes de que su boda sea portada en todas las revistas digitales y en cientos de cuentas de Instagram. No puedo evitarlo, pensar que todo saldrá bien, creerlo de verdad, me resulta algo imposible. Las chicas como ella no salen con chicos como yo, se divierten con ellos, nada más. Después de un año sigo sin creer que sea posible.

Estoy tan abstraído en esos pensamientos que no me doy cuenta de que mi paciente lleva demasiado tiempo con los electrodos apagados después de su sesión. No puedo concentrarme, hasta Quique lo nota mientras nos tomamos una cerveza. Y eso que últimamente sólo habla de Meli y lo a gusto que se siente, lo bien que están juntos, lo mucho que le gusta pasar tiempo con ella... Parece un cantautor o uno de esos poetas de bragueta que vagan por las redes sociales. A veces creo que sonrío tanto que creo que se le va a bloquear la mandíbula. Parece un elfo feliz hasta que me pregunta.

—¿Qué coño te pasa?

—No lo sé, estoy rallado...

—Estás paranoico —afirma—. Deja que fluya, tío, lo que tenga que pasar, pasará, pero no puedes estar pensando eternamente en que saldrá mal porque acabarás por joderlo tú mismo.

Quiero creerle, intento interiorizar sus palabras porque en algún lugar de mi cerebro sé que tiene razón, que estar siempre tan a la defensiva hará que Ana se canse y se aleje, así que intento relajarme y no pensar demasiado cuando llega con su bolso enorme, y mirando el móvil, pero me da demasiado miedo que siga enganchada a su cuenta de Instagram o, mejor dicho, que vuelva a estarlo. No me relajo hasta que se sienta y guarda el teléfono en el bolso.

—Se acabó el trabajo por hoy —sonríe—. He conseguido otra boda, quieren algo rústico-chic y ni siquiera sé a lo que se refieren.

—¿Qué diablos es eso? —cuestiona Quique.

—Flores silvestres, balas de paja, pizarras... Pero todo muy cool y en un sitio muy caro —se ríe Meli, que ha llegado justo detrás.

—Lo quieren low-cost y es una mini boda, cincuenta invitados a lo sumo. Así que me estoy volviendo loca buscando los materiales. Al final vamos a necesitar ese trastero —se ríe, pero parece agobiada y eso me abruma.

No quiero pensar que sus agobios por el dinero van a arrastrarla al despacho de su madre o, peor, al de su padre, pero la idea me cruza la mente y se instala en un punto demasiado visible, creo que se me nota en la cara porque Quique me da una patada bajo la mesa y Meli cambia de tema a la velocidad de la luz. Llevamos días pensando en hacer una ruta sencilla a pie por la sierra, algo para que Ana ejercite las piernas pero que no le canse demasiado y así tener una excusa para pasar un día lejos del cemento y el humo de los coches. Hay que reconocer que es una chica de recursos, saca de su bolso un cuaderno donde tiene anotadas varias rutas con su duración, lugares donde parar a hacer un picnic, puntos fotográficos... Les echamos un ojo mientras ella nos enseña en su móvil fotos de los lugares por los que pasan las distintas rutas para ayudarnos a escoger.

—¿Sabéis? Hace un año estaría planificando qué modelitos me llevaría a la ruta, donde sacaría fotos y cuándo las subiría —dice Ana con melancolía—. A veces lo echo de menos...

¡Pum! Puñetazo en el estómago. Me está poniendo difícil lo de fluir y dejar que las cosas pasen. Ahora mismo tengo la necesidad de coger su mano fuerte y sujetarla para que no se vaya de mi lado. Tengo miedo de perderla y es tan extraño que no sé cómo actuar.

—Unos leggins, una camiseta y algo de abrigo, las deportivas y andando. Yo no pienso echarme ni anti ojeras —ríe Meli—. Todo esto me recuerda a cuando era niña y pasábamos los fines de semana en el pueblo de mi padre, en verano íbamos a comer al río, con las sillas y la mesa de camping. Mi madre solía hacer ensaladilla rusa o tortilla rellena, eso en Madrid no tenéis ni idea de lo que es y no sabéis lo que os perdéis, y pasábamos el día corriendo y bañándonos... Eso sí lo echo de menos —suspira con nostalgia.

—Nunca he tenido eso —murmura Ana.

—Hasta que vine a Madrid, todos mis fines de semana los pasaba en el campo. El viernes por la tarde salía un poco a correr, el sábado ruta por la montaña con la bici con mis amigos o mi tío, y los domingos algo más sencillo, con mis padres y mi hermana en un cerro cercano a mi casa. Eran buenos tiempos...

En algún momento, esta quedada para tomar unas cervezas y pasar un buen rato se ha convertido en el paseo de los tristes, todos nostálgicos rememorando momentos pasados que, ahora mismo, parecen mejores. Desde luego, eran más relajados, sin tantas comeduras de cabeza, sin problemas. Fluyendo. Creo que esa es la palabra. Cuando somos jóvenes nada nos preocupa, nada nos aflige. Las parejas vienen y van, no hay horarios y parece que el cielo es límite. ¿Qué nos pasa cuando crecemos? ¿Cuándo nos roban esa sensación de poder con todo y dejar que el destino nos alcance? El trabajo, las obligaciones... De repente todo tiene peso, ya no puedes dejar algo para otro día y quedar para hacer una ruta o, simplemente, para comer parece una misión imposible. Alguien me dijo una vez que quien quiere, puede. Pero olvidó comentar que es la agenda quien manda y te dice cuándo se puede. Y no siempre llega ese momento.

Al llegar a su casa, Ana me cuenta que ha estado haciendo inventario de todo lo que tiene, buscando sus precios y pensando en cómo y dónde puede venderlo. No quiere que se sepa que lo vende ella, no le apetece que se convierta en «El mercadillo de Bella Style» y se llene de cotillas y gente que quiere aprovecharse de su venida a menos. El casero se quedará con los muebles a excepción del despacho que vamos a reubicar en mi piso. Eso sumado a la fianza hace una buena cantidad que le ayudará en su nueva empresa. La única pega es que tiene que dejar el piso vacío

antes de fin de mes y para eso quedan sólo seis días.

Hay que reconocer que, para la inmensa cantidad de cosas que tiene, es muy organizada. Cuando llegamos a su piso al día siguiente, un par de horas antes de empezar mi turno, me encuentro con que ha seleccionado su ropa en varios montones y tiene preparadas varias cajas perfectamente rotuladas con las palabras «mercadillo», «beneficencia» y «marcas». No puedo evitar preguntarle por la última.

—Me estoy planteando vender cada cosa por un lado —mira hacia los montones de ropa—. No puedo poner un Dior al lado de una camisa de Zara —sonríe como si entendiera algo de lo que me está diciendo. De hecho, hasta que no habla de números no me doy cuenta de a lo que se refiere.

—¿Estás convencida de hacerlo de forma anónima?

—Sí, quizá alquile algún espacio de esos que montan pop-up store o contrate alguna empresa que se dedique a ello. Quiero confidencialidad, si alguien sabe que todo esto es mío... No quiero ser la influencer que se arruinó.

—No estás arruinada, Ana.

—Seamos sinceros, para mí, esto es la ruina. Renunciar a todo lo que tengo, a todo lo que tenía... Y, que conste, no me arrepiento. Esto va a sonar a locura, pero prefiero no tener nada de esto —señala a su alrededor— y ser feliz.

—Vaya —tengo un nudo en la garganta que no me deja decir nada más. No me esperaba algo así de ella. Es feliz y creo que con eso me basta.

Capítulo 29

Estoy atacada de los nervios. Es mi primera boda. Profesionalmente hablando, claro. La amiga de María se casa a mediodía en un lugar maravilloso: un parador cerca del pueblo donde nacieron sus padres. No he pegado ojo en toda la noche, primero repasando todos los detalles, los planes, el *timing*... Después han sido los nervios, la ansiedad, el querer que todo salga perfecto y no saber si seré capaz de hacerlo. He quedado con las chicas de la floristería a las ocho así que debería salir de mi casa a las seis y media si quiero coger el tren que me acerque a la estación del pueblo. Me cuesta aceptar la oferta de Ekaitz de ser él quien me lleve. Una tontería teniendo en cuenta que anoche tuvimos que alquilar una furgoneta para llevar todas las cosas hasta el parador. Llego pronto, así que me da tiempo a dar una vuelta y repensar los planes alternativos por si la lluvia hace acto de presencia. Las floristas llegan pronto también, hacemos una pequeña reunión mientras tomamos un café y nos ponemos al día con los detalles de la decoración. Diez minutos más tarde estamos manos a la obra colocando el arco en el jardín, una mesa que hará las veces de altar, las sillas de la ceremonia, una zona para que los invitados cojan arroz y pétalos de flores para lanzar al grito de «¡viva los novios!», la zona de bienvenida, centros de mesa, cartelería, mesa dulce... Me agobia no llegar a tiempo, pero cuando damos por finalizado el trabajo aún falta una hora para que empiecen a llegar los invitados. Las chicas de la floristería se van y me quedo sola al pie del cañón. Estoy emocionada y nerviosa a partes iguales y me da pánico sufrir un ataque de nervios cuando veo aparecer el autobús de los invitados.

Oigo comentar a la gente lo bonito que está todo, la delicadeza de las flores, lo fina y elegante que es la decoración y, sobre todo, que no se esperaban que quedase tan bonito teniendo en cuenta que no tenían demasiado presupuesto. Y, a decir verdad, después de ver el presupuesto que mi madre había hecho para mi boda con Fede, su presupuesto es mínimo, pero hay que ver lo que se puede hacer estirando al máximo el dinero y buscando materiales low-cost, de segunda mano, en anticuarios, mercadillos... Sólo hay que tener imaginación y recursos y eso es algo que siempre he tenido aunque parecía estar escondido bajo varias capas de maquillaje de alta gama y ropa cara.

María se me acerca en un momento, minutos antes de que lleguen los novios, estoy retocando unos detalles de la zona del altar.

—Esto está precioso —dice antes de que me dé tiempo a decir nada.

—¡Tú estás preciosa!

—Vaya, gracias —se sonroja y veo a lo lejos a Toño. Lleva un traje gris claro y una corbata a juego del maravilloso vestido azul que lleva María—. En serio, has hecho un trabajo espectacular. Gracias por todo.

La música que los novios eligieron para el momento en que los invitados se sienten empieza a sonar e indico a familiares y amigos que deben elegir un asiento. Ahora me embarga la emoción y a punto estoy de ponerme a llorar cuando escucho las notas de la canción elegida por la novia para dirigirse al altar con un precioso vestido que me recuerda que la próxima semana tengo que quedar con otra novia para ir a buscar el suyo. El día pasa demasiado rápido, o quizás lo esté disfrutando tanto que por eso ha pasado volando. Casi ni me doy cuenta de que Ekaitz me está llamando por teléfono porque ha llegado a recogerme. Ha pasado el primer baile, de hecho han

pasado unos cuantos más, incluido un divertido *flashmob* que han organizado los amigos de la novia y tuve que meter en el horario con calzador y un emotivo vídeo que hemos proyectado a petición de los hermanos de la pareja y me ha parecido un detalle precioso; la novia ha tirado el ramo y la fiesta está en pleno apogeo, ha llegado el momento de marcharme, pero no sin antes despedirme de ellos y asegurarme de que no necesitan nada más. Son maravillosos, mis primeros novios, creo que no les olvidaré nunca.

La satisfacción del trabajo bien hecho me embriaga. Me siento feliz y relajada, pero sé que ahora no debo bajar el ritmo. Lo primero es subir una foto genérica del enlace a Instagram, aunque ya he colgado varios stories con el permiso previo de la pareja. Tengo que darme a conocer y, si es verdad eso de que «de una boda sale otra boda», entonces hoy he hecho bastantes contactos. Mi pequeña cuenta de Instagram ya tiene más de mil seguidores, la foto no tarda en alcanzar un par de cientos de *Me gusta* y varios comentarios y mensajes privados. Estoy emocionada y abrumada y noto a Ekaitz algo preocupado cuando bajamos del coche para ir a cenar.

—¿Pasa algo? —cuestiono.

—No, es sólo que... A ver, te veo con el móvil y me da miedo que vuelvas a caer en las redes de ese mundo.

—Tranquilo, está controlado. ¿Ves? —digo guardando el móvil en el bolso. Es la última vez que lo tengo en la mano hasta que lo pongo a cargar justo antes de acostarnos.

Cuando me despierto caigo en la cuenta de que tenemos que dejar mi piso hoy. No había querido pensarlo y, a decir verdad, tampoco he tenido demasiado tiempo de hacerlo. En cierta parte me entristece tener que hacerlo, me independicé en ese piso, he vivido gran parte de mi vida en él, incluso perdí la virginidad entre sus paredes y ahora... Ahora las pocas cosas que quedan están metidas en cajas, los muebles ya no son míos y, aunque le he sacado un buen beneficio, sé que va a costarme no volver a él. El piso de Ekaitz es práctico, un poco oscuro y decorado con lo básico. De hecho creo que el despacho es lo único que está montado con un poco de gusto y con todos los muebles acorde, me costará adaptarme a vivir en un barrio obrero a pesar de que está al lado del barrio de Chamartín y que estoy a pocas paradas de metro de mi adorado barrio de Salamanca. Pero él tiene razón, no es viable que sigamos allí, todo es demasiado caro, absurdamente caro. Hay que verlo desde fuera para darse cuenta. Pero allí, en mi piso de diseño, mientras me tomo el último café de mi cafetera de cápsulas, me cuesta darme cuenta de todo lo malo. Quiero quedarme con las cosas bonitas que han pasado entre esas cuatro paredes. Y ahora mismo estoy viviendo una de ellas viendo a Ekaitz salir de ese baño de diseño que me encanta, después de bañarse en la ducha de techo que tanto he disfrutado y que no he tenido el placer de compartir con él, con una toalla enroscada a la cintura.

Me abraza por la espalda pegando su pecho húmedo a mi cuerpo que reacciona reclinándose contra él. Cuando sus manos se cuelan bajo mi camiseta de pijama sé que vamos a darle una muy buena despedida al piso. Me giro en el taburete para encararle y no sé muy bien como acabo sentada en la barra de la cocina, con sus manos grandes desfilando por mis piernas desnudas, colándose por debajo del pantalón corto hasta agarrar mi trasero. Nuestros cuerpos encajan tan bien como nuestros labios. En pocos segundos somos todo lengua y saliva, nos besamos con ganas, con ansia. Enroscó las piernas en su cintura y con cuidado me lleva hasta la habitación donde me deja caer en la cama para tumbarse encima. Agradezco estar al cien por cien con mi pierna cuando consigo tumbarle con la espalda pegada al colchón y me siento justo sobre su cadera. Su miembro presiona en un punto demasiado sensible de mi anatomía, me pongo tan a tono que no sé cómo consigo quitarme los pantalones y el tanga. Quiero recrearme en ese momento,

acariciar cada centímetro de su piel, grabarla a fuego en las yemas de mis dedos, aprenderme esa anatomía perfecta antes de besarla y memorizarla también con mis labios.

Noto sus dedos calvarse en la carne de mis nalgas mientras tantea mi entrada sin conseguirlo, tengo que ayudarle con una de mis manos, pero cuando se me clava dentro, justo en ese punto tan fácil de alcanzar en esta postura, me arqueo y reprimo un grito de placer. Siento que podría correrme así, sin moverme un milímetro, pero cuando hace un giro con su cadera, una corriente recorre mi espina dorsal y empieza a expandirse por todo mi cuerpo. Se me atasca un jadeo en la garganta, me balanceo sensual, notando como crece dentro de mí. Nos movemos acompasados, con nuestros cuerpos chocando y el sudor corriendo por nuestras espaldas. Nuestros gemidos inundan el espacio y rebotan en las paredes desnudas cuando nos corremos casi al mismo tiempo. Ruedo por el colchón, voy a echar de menos esta cama *king size*. Y esta habitación. Y esta casa...

Pero mientras me doy una vuelta para comprobar que he dejado todo bien limpio y recogido me doy cuenta de que esas cuatro paredes ya no tienen nada que ver conmigo. Quizá sea porque mis cosas favoritas ya no están, porque esos muebles caros ya no me llenan ni me hacen sentir cómoda o porque la persona que vivía en esa casa ya no soy yo. Esa casa ya no es mi hogar. Y quizá sea por eso por lo que no miro atrás cuando cierro la puerta.

Capítulo 30

Voy a ser sincero, mi casa está llena de cosas que no sabemos dónde meter, lo que será el estudio está a medio montar, con torres de cajas amontonándose en los rincones. Eso sí, el ordenador está en su sitio, encima del escritorio blanco perfectamente colocado y en el que ya se ha preocupado de disponer una rejilla dorada con un montón de pincitas del mismo tono que no entiendo demasiado bien para qué sirve. Ella dice que es un tablero de inspiración, pero ¿no dice eso mismo de la aplicación que tiene en el móvil? No lo entiendo. Como tampoco entiendo cómo puede haber tantísima ropa en los armarios teniendo en cuenta toda la que ha donado y vendido. O a cantidad inmensa de zapatos que ha guardado bajo la cama en sus respectivas cajas con la promesa de comprar un organizador más adelante y, de paso, hacer una pequeña purga. Reconozco que no pensaba que traería tantas cosas. Al fin y al cabo la idea era dejar su antigua vida atrás, ¿no?

—Sí, pero en mi nueva vida necesito ir bien vestida, que ahora soy empresaria— sentencia con un guiño que pretende enternecerme.

Nos va a costar adaptarnos. A mí a que haya una mujer rondando por casa, tengo algo de respeto ante esta situación después de la experiencia con Amaia. Y a ella... Supongo que se le hará cuesta arriba el tema del espacio, sobre todo si tenemos en cuenta que mi piso es del mismo tamaño que su antiguo salón. Su ropa no cabe en los armarios y descansa colgada en burros que hemos comprado para la ocasión, la mayoría de las cosas que ha llevado no encajan con las mías y no estoy muy seguro de querer tirar mis viejos muebles para poner los suyos de diseño o cambiar los pocos objetos decorativos que tengo por sus pijaditas de marca.

Prometo que pensaba que lo tenía más claro pero ahora que todas sus cosas se esparcen por mi casa robando casi todo el espacio... Quizá sea que me cuesta ver todas esas cosas allí sin tenerla a ella rondando. Ha ido a reunirse con una pareja para empezar a organizar la que será la tercera boda desde que arrancó. La veo tan feliz que se me olvida lo peligroso que puede ser tenerla enganchada a las redes sociales. Solo cuando comenta algo acerca de sus seguidores, los *likes*, o ese tipo de cosas que se escapan a mi entendimiento, se me encienden las alarmas e intento que desconecte y deje de darle tanta importancia. No quiero que vuelva a caer en eso, que vuelva a obsesionarse con números, fotos y regalos de marcas. Me preocupa bastante que quiera volver a ser Bella Style, la influencer, la chica que conocí hace ya más de un año a la que solo parecía importarle estar guapa e ir a la moda. Y no es solo porque piense que, si vuelve a ese camino, se olvidará de qué es lo que le gusta de mí y me deje, no es eso. Es que la veo tan feliz con su nueva empresa, con sus objetivos, con sus parejas de novios, sus visitas, sus ideas de decoración y sus contactos que, aunque me cuesta imaginar que quiera dejarlo, no puedo evitar pensar en que, como suele decir mi madre «la cabra tira al monte».

Por otro lado, no me atrevo a meter mano en sus cajas, no sé si quiere que coloque las cosas o prefiere hacerlo ella porque, a pesar de la evidente falta de espacio, no sé dónde quiere ponerlas, si son cosas para guardar, para regalar o para vender, y tampoco sé qué me voy a encontrar dentro porque, aunque estén etiquetadas, temo encontrar algo demasiado privado o desordenar algún

papel de los miles que tiene, así que, cuando salgo de casa para ir a trabajar, le dejo una nota sobre la encimera de la cocina.

—Estás en tu casa.

Me sorprende encontrarla en la puerta de la clínica a última hora de la tarde, me dice que ha quedado con María para tomar unas cañas y que, quizá, nos apetezca unirnos a ellas. Me hace ilusión que se lleven tan bien y que Ana empiece a relacionarse con gente después de que prácticamente todo su círculo le diera de lado cuando me puso a mí por delante del dinero y la comodidad de su antigua vida. Qué fuerte suena decir esto, ¿verdad? Todavía me cuesta aceptar que es cierto, que es real, que soy tan importante para ella como para desprenderse de todo eso. Me quedo pensando quizá demasiado rato en lo feliz que me hace tenerla así y no reacciono hasta que pasa la mano por delante de mis ojos. Creo que Toño irá, así que me apunto y le comento a Quique dónde vamos por si quiere venirse. Y lo hace, claro, justo después de llamar a Meli. Hasta donde sé, Ana lleva sin ver a sus amigas un par de meses, desconozco si habla o no con ellas. Tengo que reconocer que me tenso cuando la veo aparecer como si viniera de una sesión de fotos. Ana me ha contado que Meli está muy lejos de ser una influencer, pero sigue intentándolo porque le chifla el mundo de la moda y todo lo que le rodea, además, el código de vestimenta de la revista en que trabaja le exige un estilo muy concreto y siempre de tendencia. Pero claro, entre tantos vaqueros y camisetas o blusas normalitas, su vestido negro entallado y los tacones de infarto con una reconocible suela roja destacan demasiado y la multitud se gira para mirarla cuando aparece en la puerta del bar con el bolso de marca colgando de su codo y la americana de un color morado que Ana describe como *orquídea* brillando entre colores neutros.

Quique está encantado, claro, habla maravillas de ella, de lo bien que se llevan, de lo mucho que le gusta, de lo guapa y simpática que es..., pero no puedo evitar tener un poco de miedo de este acercamiento.

—No te rayes, tío —dice por lo bajo mientras observo cómo Meli y Ana se saludan con dos besos sonoros y hablan como si no hubiera pasado el tiempo—. He hablado mucho con ella de todo esto y opina como tú, no debería volver a ese mundo. Pero al contrario que esos otros amigos suyos, lo dice por su bien, Ana se consumió, sólo vivía para las fotos y no quiere eso para ella. Está encantada con cómo le va ahora, la ve feliz, como antes del aluvión de seguidores que la encumbraron.

La tarde se alarga poco a poco y acabamos tapeando por los bares de la zona antes de volver a casa. Cuando entro parece que todo lo que hay diferente resalta sobre el resto de las cosas, como si hubiera flechas luminosas que las señalaran para que me dé cuenta de la pequeña invasión que supone tenerla en casa. Hay una pila de revistas sobre la mesa de la salita, su portátil descansa en el sofá porque el despacho sigue lleno de cajas y aún no hemos desembalado la silla y, claro, en algún sitio tiene que trabajar. Me resulta tan extraño ese toque femenino que se está adueñando de mi piso que me genera cierto rechazo, pero cuando la veo aparecer en pijama, restregándose una toalla por la cara con el pelo recogido en un moño en lo alto de su cabeza, se transforma en ternura. La veo natural, sencilla... Ella. Claro que resulta extraño tener a otra persona metida en un piso que siempre ha sido mi espacio personal. Claro que da vértigo ver como todo se vuelve más formal, más serio. Claro que asusta, dado mi historial lo más lógico es que algo salga mal y se termine de repente, como si todo hubiera sido un bonito cuento con final infeliz, pero por ahora prefiero centrarme en ella y la imagen divertida de verla sentada en el sofá con una careta de papel que no entiendo muy bien qué función tiene.

Después de una semana parece que todo está en orden. El despacho que antes era una habitación oscura llena de trastos parece lleno de luz. Los muebles blancos, las estanterías estratégicamente colocadas, un par de cuadros que vinieron de su piso y preferiría no saber qué precio tienen porque podría darme un pasmo, su portátil azul MAC brillante sobre la mesa y esa lámpara de diseño que se negó en rotundo a dejar en el ático y lleva, al menos, cuarenta bombillas han convertido ese cuartucho en una zona donde hasta yo querría trabajar. Me encanta verla sentada allí cuando vuelvo a casa, casi siempre tecleando con el pelo sujeto con un lápiz formando un moño, haciendo álbumes de recortes para sus parejas en el ordenador o pegada al teléfono hablando con proveedores. Me entusiasma verla así de entregada a su nuevo trabajo, pero lo que más me gusta es que siempre hay música puesta, no hay día que llegue a casa y no haya alguna de mis listas de Spotify sonando bajito desde ese rincón de la casa que es solo suyo. Me gusta imaginar que lo hace para sentirme cerca y me siento orgulloso de que mi música le sirva para concentrarse en el trabajo. Siempre me apoyo en el marco de la puerta y espero que aparte la vista de lo que está haciendo, me gusta ver su sonrisa cuando se da cuenta de que la estoy mirando, justo antes de dar por finalizada su jornada laboral.

Podría acostumbrarme a esta rutina, a verla cada mañana al despertar, a no comer solo, a su forma de pasear por Madrid y encontrar la inspiración en todo, a la forma en que sus ojos se iluminan con cada idea que le asalta y como los entrecierra cuando se concentra para anotar todo lo que se le pasa por la cabeza. A esa forma suya de encajar todas las piezas y formar el puzle perfecto para cada pareja. Y es que, a veces, parece hacer magia. Quizá por eso en menos de un año ha conseguido establecerse entre las wedding planner más importantes del país y tantas parejas contactan con ella para hacer realidad la boda de sus sueños. Quizá por eso tiene la agenda del 2020 casi completa a pesar de que acaba de abrir fechas. Quizá por eso me encuentro parado en la puerta de esta joyería, con el miedo agarrado a mis entrañas y dispuesto a dar el mayor salto de mi vida. Sin red.

Epílogo

Después de un tiempo organizando bodas para los demás hoy, por fin, me toca a mí. Quizá haya sido el proyecto más difícil de mi carrera y es que cuando se trata de los sueños propios es más complicado identificar donde acaba lo difícil y empieza lo imposible, donde toca empezar a hacer magia. Mientras preparaba este día tan especial, con todo el jaleo de la lista de invitados me di cuenta de que en los momentos más duros, la gente se va, pero las personas permanecen. Esas son las que de verdad importan. Hace dos años Bella Style desapareció de las redes. Guardo las fotos de aquellos días como un álbum de recuerdos de aquello que fui y nunca más seré, de esa persona que ya no soy ni quiero volver a ser. En los momentos difíciles es donde más se aprende. Leí una vez que no siempre se gana ganando, a veces, se gana perdiendo. Y yo perdí mucho. Perdí mi forma de vida, perdí mucha gente que solía llamar amigos y familia. Perdí mi compromiso, mi piso en el barrio de Salamanca, gran parte de mi ropa y mis cosas... Pero gané más de lo que podría imaginar. Gané amigos de esos de verdad, de esos que están en las buenas pero en las malas están aún más, de esos que casi puedes llamar familia. Una familia que se elige. Y le gané a él. Mi apoyo. Mi sol en los días nublados. Mi amante. Mi amigo. Mi confidente. Mi tormenta que arrasó con todo para que pudiera ver la vida a pleno color. Es duro admitir que tu familia y gran parte de tus amigos te han dado la espalda porque has decidido luchar por algo que no encaja en sus vidas brillantes y perfectas. Y Ekaitz no encaja en ellas ni con ellos, pero nadie sabe lo muchísimo que me alegro de eso..

Comparar es odioso pero, a menudo, inevitable. El día que Ekaitz me pidió matrimonio en medio de la Puerta del Sol con un sencillo pero maravilloso solitario de plata y circonitas vino a mi memoria esa coreografía que montamos Fede y yo para nuestro compromiso. Pero no es un recuerdo bonito ni tierno, lo veo como el montaje que fue toda nuestra relación, algo de conveniencia que nos venía bien a todos, de lo que saldríamos ganando. Sinergia, como decía mi padre. Si tengo que ser sincera, no quiero pensar en él. Ni en Fede, al que se ve muy feliz paseando su amor con Cayetana por los mejores barrios madrileños, ni en mi padre. Me pone triste pensar en que no va a llevarme al pequeño altar que hemos montado debajo del árbol del amor que hay en la finca de Ondárroa donde nos casaremos dentro de un par de horas. María y Meli ejercen de damas de honor y me están ayudando a ponerme el vestido con el que el padre de Ekaitz me llevará por el pasillo. Estoy de los nervios, quiero que salga todo bien y, aunque confío en las dos ayudantes que he tenido que contratar para que cumplan a rajatabla con el plan, no puedo evitar querer ser yo quien está controlando que el día sale perfecto.

Me miro en el espejo cuando han terminado de abrochar todos los diminutos botones que cierran mi vestido de satén con escote barco por delante, de corte clásico, sencillo pero elegante y con el punto divertido que le dan los bordados de colores que añadí desde los hombros a lo largo de todo el escote de la espalda. Es tan diferente a lo que siempre me imaginé llevando. Los que seleccionamos mientras preparábamos esa boda que nunca se celebró eran el sumun de la moda, no importaba si era o no mi vestido, ni siquiera si me gustaba, porque solo era un escaparate para una marca, un maniquí. Pero este... Este es mi vestido, cuando me lo probé en la tienda entre los elegidos, sentí que estaba hecho para mí, no volvió a gustarme ningún otro. Ni siquiera las dudas

de Meli me hicieron cambiar de opinión. Era ese. Era EL vestido. Y hoy vuelvo a sentir lo mismo que aquel día, solo que tengo la emoción tan a flor de piel que empiezo a llorar en cuando Oier, el padre de mi futuro marido, me coge del brazo y nos encaminamos hacia el lugar de la ceremonia. Empieza a sonar *La vie en rose* poco antes de llegar al principio del pasillo que forman las sillas blancas decoradas con unos sencillos lazos de yute. El altar es un arco formado por ramas que recogimos nosotros mismos en los bosques cercanos, los atamos con unas cuerdas que hemos cubierto con un tul color rosa empolvado, el resto de la decoración son pequeñas rosas de pitiminí en diferentes tonos de rosa y blanco. En primera fila está la familia de Ekaitz y nuestros mejores amigos, su madre llora a moco tendido mientras su hijo espera de pie junto a unas butacas también rosas que hemos colocado a un lado del altar, un antiguo aparador que encontré hace unos meses en el rastro de La Latina. Su hermana mira hacia atrás, sonriente, nerviosa, emocionada. Esas dos mujeres me han acogido tan bien que me hicieron sentir en casa desde el minuto uno. Sin ellas, este día tan especial no habría sido posible. Organizar desde Madrid una boda en el norte de España no es nada sencillo y, sin embargo, hemos logrado que todo parezca sacado de los mejores tableros de Pinterest.

Miro a todos y cada uno de nuestros apenas sesenta invitados entre las lágrimas que brotan descontroladas y sin poder dejar de sonreír. El sobrino de Ekaitz camina ligero unos pasos por delante, lleva un pantalón corto azul, camisa blanca y pajarita además un cartel que reza «aquí viene el amor de tu vida». Y es lo que siento, que Ekaitz es el amor de mi vida, el de verdad, el que hace que el mundo se pare sin dejar de dar vueltas. Sonríe emocionado, veo sus ojos brillar a punto de desbordarse como los míos y su mano coge tan fuerte la mía cuando su padre me deja a su lado que creo que podría romperme los dedos, pero solo son los nervios y esa idea de que no queremos dejarnos marchar jamás.

Escucho el sermón que ha preparado Quique para la ceremonia atentamente, intentando no emocionarme más sin conseguirlo. Me imagino que habrá tenido ayuda de Meli para escribirlo, o quizá sea más observador de lo que aparenta. Tengo un nudo en la garganta que apenas me deja pronunciar el «sí, quiero» después de leer los votos que nosotros mismos escribimos. Pero cuando nuestro amigo pronuncia el «puedes besar a la novia», desaparece y deja espacio a todas las emociones que había intentado mantener a raya. La alegría se expande por cada rincón de mi cuerpo, estamos tan eufóricos que salimos corriendo y dando saltos por el pasillo al ritmo de *Sugar* de Maroon5 mientras nuestros amigos y familiares lanzan confeti y pétalos de flores. No hay móviles que entorpezcan los gritos de «viva los novios» ni la lluvia de colores porque así lo quisimos, queríamos que fuera algo íntimo y privado, sin que las redes sociales fueran otro de los protagonistas de nuestro día, sin que nadie se perdiera algo por pensar en salir bien en las fotos para Instagram o se distrajera colgando tal o cual momento. Queríamos disfrutar de nuestra gente con libertad, que fuera una fiesta sin fin y lo conseguimos gracias a la ausencia de teléfonos móviles.

Ya no soy Bella Style, mi vida ya no pertenece a ninguna marca ni ninguna red social, yo decido que aspectos de mi vida quiero publicar y este... este no es uno de ellos. Este momento es sólo nuestro. Como el resto de nuestras vidas.

AGRADECIMIENTOS

¿Por dónde empiezo? Se supone que esto debería ser más fácil con cada libro y siento que cada vez es más complicado. Quizá porque hay más personas a las que agradecer que estén ahí, al otro lado de las páginas.

Supongo que lo ideal es empezar por lo básico: a mis amigos, mi familia, mi pareja... No hay suficientes palabras para agradecer el apoyo, el empuje y esa forma que tenéis de soportar mis locuras, mis idas de olla y esos momentos en que suelto cualquier cosa que no tiene nada que ver con la conversación y os dejo a todos pillados. También por ser inspiración, aunque no lo sepáis. Gracias, gracias, gracias.

Tengo que agradecer especialmente a Garbi, @wolfirisa, el precioso trabajo que ha hecho con la portada, por saber plasmar tan bien la idea que tenía en la cabeza. ¡Eres una artista!

A toda esas personas que me apoyáis desde la distancia, los que preguntáis cómo va el libro o si mi mano me deja escribir en condiciones —qué guerra da la maldita—. Angie, Mamen, Cristina, Olaia... Seguro que me dejo a alguien, mil gracias por creer en mí.

A Irene y Pedro, gracias por aceptar la labor de ser lectores beta, por vuestra opinión sincera y vuestra ayuda para mejorar.

A los colegas escritores a los que escucho, leo y de los que tanto aprendo. A Marta Sebastián y Eva, de La Reina Lectora, por su apoyo siempre y enseñarme a fiarme de mi intuición.

A Dara, propietaria de la librería Las mil y una Daras, un lugar maravilloso para que los niños se inicien desde bien pequeñitos en esto de la lectura, por darme la grandísima oportunidad de firmar en mi primera Feria del libro, apoyarme en mis locuras, empujarme a salir de mi zona de confort y subir a un escenario a leer un relato y luchar por acercar los libros a la gente.

Y, por supuesto, a ti, que tienes este libro en las manos, que has creído en mí, que confías en los autores independientes y les das una oportunidad.



SOBRE LA AUTORA

Vanessa Hernando Cabero nace el 9 de Enero de 1987 en Miranda de Ebro. Desde bien pequeña empieza a mostrar interés por la lectura, primero con los cuentos que le lee su madre antes de dormir y, más tarde, en el taller de lectura del colegio donde estudia. Pronto empiezan sus pinitos con los relatos y pequeñas historias que aún guarda en un cajón. Un día pensó que, quizá, sería buena idea publicarlos en un blog. Poco a poco fueron creciendo y convirtiéndose en novelas cortas hasta que llegó el primer proyecto serio. No llores por los hombres es su ópera prima, una historia de superación y amistad. Dos años después llega Mirando al mar, que supone la consagración de la autora mirandesa.

[1] Es una persona que asesora y ayuda a las parejas con el diseño, la planificación y la organización de su boda.

[2] Feed: página donde aparecen todas las publicaciones de un solo perfil.

[3] Comúnmente conocido como perretxiko, perro chico, seta de San Jorge o seta de primavera. Seta muy apreciada especialmente País Vasco, Navarra y La Rioja, donde aflora en marzo. En Italia es un comestible muy popular.

[4] Anglicismo que une las palabras *breakfast* (desayuno) y *lunch* (almuerzo) para denominar a una comida que tiene lugar entre estas dos.

[5] Plato hawaiano que consiste en pequeños trozos de pescado y vegetales marinados y condimentados generalmente acompañados por algún tipo de cereal o alimentos ricos en hidratos de carbono.

[6] Nombre de un color de labial de la marca MAC

[7] Fixit es una férula fabricada a media con impresora 3D

[8] Siglas de Throw Back Thursday, tendencia popular en redes sociales con la que los usuarios publican fotos nostálgicas en jueves acompañadas del hashtag con las siglas.

[9] Bizcocho de almendra con forma de lingote.

[10] Estilo de maquillaje sencillo que aparenta no llevar ningún producto en el rostro.

[11] Nombre de un color de labial de la marca MAC

[12] Sensación de enamoramiento hacia una persona que se preocupa, de alguna manera, por la otra.

[13] Referencia a la serie «Cómo conocí a vuestra madre» cuando un grupo de personas se reúnen para ayudar a uno de sus amigos al que algo se le está yendo de las manos sin ser consciente de ello.

[14] Vestido de líneas sencillas y sin adornos. Suele ser de manga larga y tener un único color.